



LAS SIETE PALABRA DE CRISTO EN LA CRUZ

CHARLES JOURNET

Indice

LAS SIETE PALABRA DE CRISTO EN LA CRUZ	1
LAS PALABRAS DEL VERBO	2
PRIMERA PALABRA: PADRE, PERDONALOS.....	7
SEGUNDA PALABRA: HOY, CONMIGO EN EL PARAISO.....	14
TERCERA PALABRA: HE AHI A TU MADRE.....	22
CUARTA PALABRA: DIOS MIO, DIOS MIO.....	33
QUINTA PALABRA: TENGO SED	47
SEXTA PALABRA: TODO ESTA CONSUMADO.....	58
SÉPTIMA PALABRA: EN TUS MANOS.....	67
NOTAS	1

Al más recoleto de los Carmelos, el Carmelo de Reposoir, donde el silencio de la montaña da a cada palabra de Jesús sus resonancias infinitas.

Las siete palabra de Cristo en la Cruz nos introducen en el drama de un Dios crucificado por el mundo. Cada una de ellas descubre un matiz de este misterio único, que excede toda expresión y es capaz de iluminar todas las agonías de los hombres y de los pueblos.

Acercarse a este misterio con suave contemplación silenciosa es el único modo de honrarlo y de dar a la propia alma la dimensión de profundidad. Cuanto uno puede escribir para hacerlo amar, fuera de estas siete divinas palabras, uno quisiera, de golpe, quemarlo todo.

Navidad, 1951

LAS PALABRAS DEL VERBO

Et Verbum caro factum est.

Y el Verbo se hizo carne (Io 1, 14).

Al principio era el Verbo... (Io 1, 1). Verbo significa Palabra. Dios, que es transparente a Sí mismo, conociéndose se expresa necesariamente, eternamente, totalmente, en una. Palabra interior a Él. Existe el que concibe, engendra, profiere la Palabra: es el Padre. Y existe la Palabra concebida, engendada, proferida: es el Hijo. El que engendra es distinto realmente del que es engendrado. El Padre es distinto realmente del Hijo. Pero lo que es dado por el Padre y recibido por el Hijo es toda la sustancia divina, toda la naturaleza divina, todo el ser divino. El que es Padre es distinto de Aquel que es Hijo; pero lo que uno es, a saber, la divinidad toda entera, lo es también el otro. Uno como donante de la divinidad, el otro como receptor de ella; uno, como eterno Origen del otro, que es Termino eterno. Y el Verbo estaba en Dios, el Hijo era relativo al Padre, pura relación subsistente al Padre, y el Verbo era Dios (Io 1, 1). El Padre es Dios como pronunciante, el Hijo es Dios como pronunciado. De ahí su nombre de Verbo. El Verbo es Palabra pronunciada por Dios a Dios mismo. Palabra silenciosa. Palabra que contiene el infinito silencio de Dios; el Silencio que es Dios. «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma»¹.

Porque esta Palabra puede ser escuchada. Ha descendido hasta nosotros. Se ha hecho carne, se ha entregado a nosotros de dos maneras.

Ante todo, se hizo carne para que nosotros pudiéramos recogerla toda entera, con su silencio infinito; y para que, una vez recogida, pudiéramos ofrecérsela a Dios en nuestro nombre, sabiendo que no podrá rehusarla. Así la recibió y ofrendó la Virgen María desde el instante de la Encarnación: «Oh Virgen, Madre de Dios, dice la Liturgia, Aquel a quien el mundo entero no puede abarcar, tú lo llevaste en tu seno hecho hombre»². Simeón, a su vez, la estrechó contra su corazón. También yo recibo en mí esta Palabra subsistente cuando comulgo; y puedo ofrecérsela a Dios: en lugar de mis palabras sin consistencia, en lugar de mis palabras mentirosas.

Y la segunda razón por la que esta Palabra subsistente, silenciosa, inefable se hizo carne y habita entre nosotros es para expresarse hacia afuera y manifestárenos en palabras de humano lenguaje. La Palabra única va a decir múltiples y fugitivas palabras. El Verbo va a decir palabras carnales. El Verbo se hace carne también en este segundo sentido. Y nosotros poseeremos todo: la Palabra que es Jesús y las palabras de Jesús.

Pensemos en la formación del lenguaje humano en Jesús.

Tiempo de los balbuceos del Verbo. Entonces le aventaja la Virgen. Le enseña las palabras y sus entonaciones. Le enseñaría que Él se llama Jesús.

Las primeras palabras carnales de Jesús se parecerían a las primeras palabras de los niños corrientes. Él decía las cosas divinas como le enseñaban a decir las. Sólo la fe hacía saber a María que Él era la Palabra Creadora. La necesidad obligaba a la Madre y al Hijo a hablar frecuentemente de las cosas ordinarias de la vida humana. Bajo este velo se ocultaba el Misterio de la Encarnación. ¿Por cuánto tiempo?

Se reveló en las primeras de las palabras carnales del Verbo recogidas en el Evangelio: «Y le dijo su Madre: Hijo, ¿por qué has obrado has con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andamos buscándote. Y Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Y ellos no entendieron lo que les decía»³. Era la irrupción súbita de la misión del Verbo en la trama de la vida cotidiana. He aquí que el Dios Único engendrado, que está en el seno del Padre, venía a darnos a conocer al Dios que nadie ha visto jamás (Io 1, 18). No son ya su madre y su padre los que mandan y Él quien obedece. Los papeles se han cambiado. Y esto no sucede sin desgarrón. Ellos lo comprenderán mis tarde. Las palabras de Jesús jamás se nos abren inmediatamente en todo su sentido; jamás se entienden del todo aquí abajo.

A Juan, que tiembla de pensar en bautizarlo, Jesús (tal es la primera palabra conocida de su vida pública) le responde: «Déjame hacer ahora, pues conviene (a Jesús y a Juan) que cumplamos toda justicia. Entonces Juan se lo permitió» (Mt 3, 15). Pues ¿qué más justicia que Aquel que está sin pecado reciba el bautismo de purificación de los pecados? Sí. Pero, ¿en qué nuevo e inaudito sentido de la palabra justicia! Como la deuda del pecado del mundo era hasta cierto punto infinita, era necesario colocar en la balanza, como contrapeso, un sufrimiento infinito. Pero el sufrimiento de un Dios hecho hombre es infinito en sentido estricto; por ello, salda la deuda y cambia en adelante la condición del mundo en relación con Dios. Una humanidad de la que Jesús forma parte, honra a Dios incomparablemente más de lo que le había ofendido y podría ofenderle nunca. Recibiendo el bautismo de los pecadores para que se cumpliera toda justicia, Jesús sin pecado inaugura públicamente la misión del Siervo de Yahvé, del que se había dicho en Isaías que carga con nuestras iniquidades (53, 11). Y la voz que en este momento desciende de los cielos sobre Él: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias» (Mt 3, 17), es la misma que había anunciado antes: «He aquí a mi Siervo, a quien yo sostengo; mi elegido, en quien se complace mi alma» (Is 42, 1). La profecía sobre el «Siervo de Yahvé» se cumple en el «Hijo muy amado». De ahí, la palabra de Jesús: «Conviene que cumplamos toda justicia».

Hay, pues, continuidad, pero también novedad imprevisible, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Durante las tentaciones —la segunda circunstancia de su vida pública en que el Evangelio muestra a Jesús hablando— sobresale la continuidad: por tres veces (Mt 4, 4; 4, 7) Jesús opone al demonio pasajes del Antiguo Testamento (Dt 8, 3; 6, 16; 6, 13-14); el Verbo recoge, pero con solemnidad desconocida, palabras ya dichas. Al poco tiempo, en el Sermón de la Montaña, descuella ante todo la novedad; el Verbo crea sus propias palabras: «Habéis oído que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo...» (Mt 5, 21-22).

Tales son según el Evangelio las primeras palabras temporales de la Palabra eterna.

Las palabras en que Jesús declara en el Evangelio lo que hace con sus amigos continúan cumpliéndose a través de los tiempos. Palabras carnales, que no brotan más que una sola vez, pero que son el prototipo de palabras secretas, espirituales, que empapan el corazón de los santos. Siempre habrá en adelante verdaderos pobres de espíritu, verdaderos hambrientos de justicia, corazones puros. Siempre habrá hombres semejantes al mercader que encontró una perla de gran valor. Habrá siempre hombres sobre los que las bienaventuranzas y las invitaciones del Salvador caigan como el águila sobre su presa; hombres que sean transformados por las palabras del Salvador como la leña se transforma en fuego. Son los santos.

Se comprende lo que los místicos llaman palabras sustanciales. Dice San Juan de la Cruz: «Imprimen sustancialmente en el alma aquello que ellas significan. Tal como si Nuestro Señor dijese formalmente al alma: *Sé buena*; luego sustancialmente sería buena. O si la dijese: *Ámame*; luego tendría y sentiría en sí sustancia de amor de Dios. O si temiendo mucho, la dijese: *No temas*; luego sentiría gran fortaleza y tranquilidad. Porque el dicho de Dios y su palabra, como dice el Sabio, es llena de potestad (Eccl 8, 4); y así hace sustancialmente en el alma aquello que le dice»⁴. Y la Ursulina María de la Encarnación escribe: «Durante el tiempo de mi vocación religiosa, los pasajes que tratan de los consejos del Evangelio eran para mí como otros tantos soles que hacían ver a mi espíritu la eminente perfección de ellos y al mismo tiempo inflamaban toda mi alma en el amor de poseerlos; y operaban eficazmente lo que Dios quería de mí, según mi estado, en el ejercicio de las divinas máximas del adorable Verbo encarnado. Estas luces y gracias sustanciales no procedían de estudio alguno por mi parte, sino que a la manera que los rayos preceden a la tormenta, yo sentía que todo provenía, desde el centro de mi alma, de Aquel que había tomado posesión de ella y que la consumía en su amor y de la que hacía brotar estas luces para conducirme y dirigirme»⁵.

Se comprende también lo que es la Iglesia. La Iglesia es el Evangelio continuado. Es la más simple y quizás la más bella de sus definiciones.

Hay palabras que Jesús pronunció después de haber pasado la muerte, estando ya en posesión de su vida gloriosa. Están llenas también de toda la ternura de Jesús, de todo su amor. Ternura inmensa como antes, como antes infinita, pero ya sin angustia, sin tristeza. Una ternura semejante a la ternura impasible de la Divinidad. Impasible no por disminución de delicadeza, de intimidad, sino porque Jesús, con su corazón de carne, ha pasado ya al Cielo, donde las nubes de la angustia y de la tristeza ya no existen. Nada se ha perdido de las antiguas delicadezas: «Jesús le dijo: *Mujer, ¿por qué lloras, qué buscas?...* Jesús le dijo: *¡María!...* Jesús le dijo: *No me toques, porque todavía no he subido al Padre*» (Io 20, 15-17). Como si dijera: Sobre esta tierra de amargura y de destierro, puedes quedarte unos momentos prostrada junto a mis pies, taladrados por los clavos, para tomarte un breve descanso, para experimentar una cierta dulzura. Pero no me toques demasiado tiempo, porque no es aquí abajo sino más tarde, cerca del Padre, cuando podrás descansar definitivamente y saber lo que es la Patria. Ahora es menester todavía por un poco de tiempo andar los caminos de la tierra: «Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Io 20, 17).

Y están además las palabras que Jesús pronunció antes de su muerte, durante su vida mortal. La dignidad, la majestad de estas palabras es infinita. Pero dejan a menudo traslucir algo de las penas de su alma. Se le acusa de intemperancia: «Porque vino Juan,

que no comía ni bebía, y dicen: Está poseído del demonio. Y vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Es un comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11, 18-19). Se le llama poseído del demonio: «Y si yo arrojo a los demonios con el poder de Beelzebul, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos?» (Mt 12, 27). Se le molesta pidiéndole milagros: «¡Oh generación incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros?, ¿hasta cuándo os soportare?» (Mt 17,17). Se le tienden trampas: «¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo» (Mt 22,18). A veces sus palabras son como sollozos: «¡Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste!» (Mt 23, 37). Dirá en Getsemaní: «Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26, 38).

El Verbo es una Palabra silenciosa. Incluso las palabras de Cristo en su vida mortal están rodeadas de silencio. Nacen del silencio en que Él ansia vivir.

Ante todo, del silencio de su vida oculta. Venido para anunciar la verdad a todos los tiempos del mundo, he aquí que no habla más que tres años y se calla durante treinta y, sin embargo, cada una de sus palabras podía iluminar la desesperación de una vida humana.

En segundo lugar, de los silencios de su vida pública, después del Bautismo, «en seguida el Espíritu le empujo hacia el desierto; y permaneció en el cuarenta días, tentado por Satanás y moraba entre las fieras» (Mc 1, 13). Está solo cuando la Samaritana viene al pozo de Jacob. Le gusta retirarse a los montes: «Salió hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día, llamó a Sí a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a quienes dio el nombre de apóstoles» (Lc 6, 12-13). Cuando la primera multiplicación de los panes, «una vez que despidió a la muchedumbre, subió a un monte apartado para orar, y llegada la noche, estaba allí» (Mt 14, 23). En la agonía, se separa de los tres apóstoles a la distancia «como de un tiro de piedra» (Lc 22, 41).

En la tierra el silencio es la garantía de las palabras verdaderas. ¿De qué valen las palabras que no van transidas de silencio? Son hojas muertas que lleva el viento.

Las siete palabras de Cristo en la Cruz, que concluyeron con un gran grito, son las últimas de su vida mortal.

El drama que contienen estaba ya anunciado en las siete bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, que culminan en la octava, la de los perseguidos a causa de la justicia.

El monte del Calvario es la respuesta al monte de las bienaventuranzas.

En el monte de las bienaventuranzas Jesús se sienta para enseñar. Se le aproximan sus discípulos. Escuchan en silencio. Uno de ellos recoge las bienaventuranzas y las narra luego en su Evangelio.

En el monte Calvario Jesús es crucificado para morir. Los que se le aproximan son sus verdugos. No se dispone a enseñar. Sus palabras, separadas por pesados silencios, caen en el tumulto. Son hojas de otoño en la tempestad. Se las encuentra en varios evangelios: en San Juan, San Lucas y San Marcos.

Se puede dudar sobre la forma de agruparlas. No obstante, hay un orden interior que las une: el orden del desarrollo de la pasión redentora. El Verbo empuja libremente hacia la muerte a su naturaleza humana, en la que lleva todo el peso del mal en nuestro mundo. Las siete palabras son los pasos de su aproximación a la muerte. Ellas dan una voz al dolor final de Cristo y nos entreabren este misterio. Lo que es drama espantoso se convierte por ellas en una enseñanza. Se nos ha encendido una luz. Es la del Verbo, oculta en el corazón sangrante de la Cruz, para hacer brillar estos siete Rayos.

PRIMERA PALABRA: PADRE, PERDONALOS...

Jesús autem dicebat: Pater dimitte illos, non enim sciunt quid faciunt.

Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23, 34).

La Cruz de Jesús es la luz infinita del Verbo bajo el velo del supremo sufrimiento humano.

Jesús tiene la Ciencia de lo que le va a ocurrir. Sabe que viene al mundo para morir en la Cruz: «No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo... Entonces yo dije: Heme aquí que vengo, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad» (Hebr 10, 5-7). Por tres veces manifiesta abiertamente la presciencia que tiene de los hechos de su pasión. Primero, junto a Cesárea de Filipo, después de la confesión de Pedro: «Comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y al tercer día resucitar» (Mt 16, 21). Luego cerca de Cafarnaúm, al atravesar Galilea: «El Hijo del hombre tiene que ser entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten y le crucifiquen, pero al tercer día, resucitará» (Mt 20, 18-19).

A medida que se acerca su hora, quiere que se vea que conoce de antemano el desarrollo de los hechos: «Sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para que le crucifiquen» (Mt 26, 1). A los que se escandalizan de la unción de Betania, Él revela la secreta finalidad de esa acción: «¿Por que molestáis a esta mujer?... Derramando este unguento sobre mi cuerpo, me ha ungido para mi sepultura» (Mt 26, 10-12). Él sabe que uno de sus discípulos piensa entregarle: «Llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce discípulos, y mientras comían dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará» (Mt. 26, 20-21). Sabe también que Pedro le negará, a pesar de que sólo piensa en serle fiel: «En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces» (Mt 26, 34).

¿Por qué este extraño cuidado de Jesús por manifestar su presciencia? Quiere que se comprenda que, si en apariencia es víctima de los hechos, en realidad los domina, y que va a la muerte con la soberana lucidez y con todo el poder de un Dios. Clavado en la Cruz, sigue dominando el curso de los acontecimientos. Hay en Él una magnanimidad inalterable. No es su dolor terrible lo que aflora en su primera palabra. Lo que le preocupa es hacer descender sobre la tierra el perdón de su Padre.

La primera palabra es relatada por San Lucas. Jesús, poco antes de ser puesto en la Cruz, hizo entrever el abismo de la injusticia de los hombres. Los castigos que esta desencadena son espantosos. «Le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de

mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por Él. Vuelto a ellas, Jesús dijo: ¡Hijas de Jerusalén!, no lloreis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque vendrán días en que se dirá: “¡Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron!”. Entonces dirán a los montes: “Caed sobre nosotros”; y a los collados: “Ocultadnos”; porque si esto se hace con el leño verde, con el seco, ¿qué será?» (Lc 23, 27-31).

El leño verde es el retoño salido del tronco de Jesé, sobre quien reposa el Espíritu de Yahvé (Is 11, 1-2). Los días terribles son los días del castigo. De tiempo en tiempo aparecen en la historia, abalanzándose como los golpes de mar, y entonces, como en la ruina de Samaría, los hombres gritan a las montañas: “Cubridnos”, y a los collados: “Caed sobre nosotros” (Os 10, 8). Al final asolarán el mundo. Si viene el perdón de Dios —y vendrá maravillosamente a causa de Jesús— no será para impedir que la injusticia del mundo fructifique en catástrofes, sino ante todo para salvar, en el seno mismo de estas catástrofes ciegas, el destino supremo de las almas. En tiempo del diluvio, «cuando la paciencia de Dios esperaba», esto no sucedía para detener la subida de las aguas, sino para salvar a aquellos espíritus hasta entonces «incrédulos», pero al fin desengañados; a ellos descenderá el alma misma de Cristo en la tarea de Viernes Santo para llevarles con su presencia la libertad y darles la visión beatífica ⁶.

«Con Él llevaban a otros dos malhechores para ser ejecutados. Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí, y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Lc 23, 32-34).

A los condenados se les crucificaba fuera de la ciudad, a lo largo del camino. Según el uso romano, se fijaba primeramente en tierra la cruz, es decir, un poste vertical. Probablemente se clavaba luego al condenado por las manos a la barra transversal o patíbulo, *patibulum*. La barra era entonces levantada y colocada en forma de T sobre el poste. Finalmente se clavaban los pies con dos clavos sobre una especie de soporte ajustado al poste ⁷.

¡Padre! Es la primera palabra. Jesús dice «Padre», como en la resurrección de Lázaro: «Padre, tu doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas» (Io 11, 42). También ahora será escuchado: el centurión lo confesará (Lc 23, 47), habrá muchos bautismos en el día de Pentecostés (Act 2, 41).

«Padre, *perdónalos...*» No es su dolor lo que le preocupa; es nuestro pecado: ante todo, la herida, la ofensa que hace a Dios; después, el daño que nos hace a nosotros mismos. Para un mal tan grande no hay remedio en la tierra. ¿Vendrá de lo alto? ¿Vendrá el perdón? Será entonces la vida saliendo de la muerte, una fiesta en los corazones, una primavera de la tierra.

Pide con su corazón de hombre que el Padre perdone; es preciso pedir, con nuestro corazón de hombres, que el Padre perdone. Contra el odio y el desenfreno de los instintos de aquí abajo, Jesús apela a la magnanimidad del cielo; es necesario seguir apelando con Él a la grandeza de lo alto contra el odio, las locuras y los crímenes de la

tierra. Con Él entra en el mundo, para no abandonarlo jamás, una nueva fuerza, más poderosa que el mal del mundo. El antiguo reino de la violencia va a enfrentarse con otro, que es un reino nuevo.

Le seguirán los santos, los mártires: «Puesto de rodillas, Esteban gritó con fuerte voz: Señor, no les imputes este pecado. Y diciendo esto, se durmió» (Act 7, 60). En adelante un gran cambio aparece en la tierra.

«Lo que fue, eso será. Lo que ya se hizo, eso es lo que se hará; no se hace nada nuevo bajo el sol. Una cosa de la que dicen: “Mira, esto es nuevo”, aun esa fue ya en los siglos anteriores a nosotros.» Tales son las palabras del Eclesiastés (1, 9-10).

Pero San Pablo escribe: «Vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo; mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer...» (Gal 4, 3). Jesús no había venido en épocas anteriores. Hay, pues, algo verdaderamente nuevo bajo el Sol. Es un reino, largo tiempo esperado. Es el reino de los perdones del Amor.

Hay momentos en que Jesús no reza por el mundo, sino solamente por sus discípulos mas próximos: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que Tú me diste, porque son tuyos... y yo he sido glorificado en ellos»⁸.

En otros momentos, extiende su plegaria abarcando también a todos los fieles: «No ruego solo por estos, sino por cuantos crean en mí por su palabra» (Io 17, 20).

Pero, además de estas plegarias especiales, hay en Él una súplica permanente para todos los hombres sin excepción. Es al mundo entero a quien viene a buscar, a quien quiere salvar, por el que muere: «Tanto amo Dios al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él» (Io 3, 16-17).

Y hay momentos en que Jesús ruega muy especialmente por los que más les desconocen: «Padre, perdónalos.»

¿Perdonará Dios la ofensa hecha a Dios? ¿Perdonara el Padre la ofensa hecha a su Hijo?

Jesús perdona de corazón la ofensa hecha a su humanidad. Al criado del sumo sacerdote que le abofeteo, le dijo: «Si hablé mal, muestra en qué, y si bien, ¿por qué me pegas?» (Io 18, 23).

Ahora, no reprocha nada a los hombres. Mira por encima de ellos. Ve el destino eterno que les espera. Por ellos está en la Cruz. Y dice: «Perdónalos».

El día que aparezca ante Él, después de haberle ofendido —sabiendo, yo sí, que era el Hijo de Dios—, ¿qué diré cuando me acusen los pecados y traiciones de mi vida? Habré tenido, sin embargo, esta Cruz en que Él va a estar en agonía por mí, donde va a derramar por mí hasta la última gota de su sangre, donde va a decir por mí: «Padre, perdónalo.»

Oh Jesús, Dios mío, hazme sentir desde ahora cuánto os he hecho sufrir.

«Padre, perdónalos, *porque no saben lo que hacen.*» Saben y no saben. Algo saben, si es que hay pecado. Y no lo saben todo, lo cual es un título para el perdón. Sin embargo, es desigual su responsabilidad.

«Los mayores (*majores*) y los principales de entre ellos (*príncipes*), explica un antiguo texto ⁹, conocieron, como también los demonios, que Jesús era el Mesías prometido en la ley: pues todos los signos anunciados por los profetas eran visibles en Él. Pero ignoraban el misterio de su divinidad.» Por ello, el Apóstol puede decir que, si le hubieran conocido, jamás habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor 2, 8). «No obstante, continúa Santo Tomás, su ignorancia no les impedía ser criminales, pues era en cierto modo afectada. Veían, en efecto, señales evidentes de la divinidad de Cristo, pero por el odio y la envidia, las deformaban; de modo que no quisieron creer en las palabras de Jesús, con las que se declaraba Hijo de Dios. Por eso Cristo dijo de ellos: “Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado” (Io 15, 24)»¹⁰.

«En cambio, los pequeños (*minores*), las gentes del pueblo (*populares*), que no estaban instruidos en los misterios de la Escritura, no conocieron plenamente ni que era el Mesías ni que era el Hijo de Dios. Ciertamente, muchos creyeron en él; pero la mayor parte no creyeron. En ciertos momentos, ante la multitud de milagros y la grandeza de su doctrina, incluso llegaron a preguntarle si era el Cristo, como se ve en el capítulo séptimo de San Juan; pero en seguida fueron mal aconsejados por sus jefes y no comprendieron ni que era el Hijo de Dios ni que era el Mesías. De ahí, las palabras de San Pedro en su segundo discurso: “Sé que habéis hecho esto por ignorancia” (Act 3, 17)»¹¹.

Las palabras del Apóstol en este segundo discurso contienen un profundo misterio: «Disteis muerte al príncipe de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos... Ahora bien, hermanos, ya se que habéis hecho esto por ignorancia, como también vuestros príncipes (vuestros *arjontes*). Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas, la pasión de su Ungido» (Act 3, 15-18). Así, la ignorancia de los hombres atenúa este mal, del que Dios toma ocasión para dar a los hombres a Cristo, que es para ellos el mayor bien. Los hombres son menos poderosos para hacerse mal que Dios para hacerles bien.

También San Pablo habla de la ignorancia de los jefes de los arcontes: «Hablamos entre los (cristianos) perfectos una Sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados (aquí) a la destrucción; sino que enseñamos una Sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria, que no conoció ninguno de los príncipes de este mundo; pues si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria» (1 Cor 2, 6-8). Los príncipes de este siglo son los jefes, los poderosos que dirigen el mundo sirviéndose de la religión, de la política y del pensamiento; pero que se dejan endemoniar por los que San Pablo llama en otra parte «los principados, las potestades, los dominadores de este mundo tenebroso, los espíritus malos de los aires» (Ef 6, 12). Colectivamente considerados, han podido conocer que Jesús era un ser excepcional, hacia quien parecían converger las profecías, «pero ignoraron el misterio de la Encarnación y no comprendieron, ante la sorprendente llegada que desbarató todos sus planes, todos sus

cálculos, con qué plenitud de sentido Jesús se llamaba Hijo de Dios» ¹². De lo contrario, jamás habrían crucificado al Señor de la gloria que, algún día, pulverizaría la de ellos.

La excusa, pero también la condenación, de la sabiduría de los príncipes de este siglo y de los adoradores de la voluntad de poderío está en no haber reconocido la Sabiduría de Dios aparecida en el misterio. «Los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles» (1 Cor 1, 22-23).

¿Sabía San Pablo lo que hacía cuando perseguía a los cristianos? Era por celo de la Ley, tal como se la entendía en el judaísmo. Escribe a los Gálatas: «Habéis oído mi conducta de otro tiempo en el judaísmo, como perseguía con ardor a la Iglesia de Dios y la devastaba, aventajando en celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación y mostrándome defensor de las tradiciones paternas» (Gal 1, 13-14). En el mismo sentido escribe a los Filipenses, azuzados también por los judaizantes: «No ponemos nuestra confianza en la carne. Aunque yo podría confiar en la carne, y si hay algún otro que crea poder confiar en ella, yo más todavía. Circuncidado al octavo día, de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, y según la Ley, fariseo, y por el celo de ella, perseguidor de la Iglesia; según la justicia de la Ley, irreprochable» (Phil 3, 3-6). El testimonio de su celo judaico es mas neto aún ante el rey Agripa: «Yo me creí en el deber de hacer mucho contra el nombre de Jesús Nazareno, y lo hice en Jerusalén, donde encarcelé a muchos santos, con poder que para ello tenía de los príncipes de los sacerdotes, y cuando eran muertos, yo daba mi asentimiento. Muchas veces, por todas las sinagogas, les obligaban a blasfemar (apostatar) a fuerza de castigos y, loco de furor contra ellos, los perseguí hasta en ciudades extranjeras» (Act 26, 9-11).

Este celo de violencia podría parecerle puro a una mirada apasionada y partidista. Pero ¿lo era a los ojos de la verdad? El apóstol sabe ahora que no. Y comprende también que su ceguera le condenaba y excusaba a la vez; por eso dirá al fin de su vida: «Gracias doy a nuestro Señor Cristo Jesús, que se fortaleció, por haberme, juzgado fiel al confiarme el ministerio a mí, que primero fui blasfemo y perseguidor violento, mas encontré misericordia, porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad; y sobreabundó la gracia de nuestro Señor con la fe y la caridad en Cristo Jesús» (1 Tim 1, 12-14).

Tal es el entrecruzamiento de las ignorancias del hombre y los perdones de Dios.

Sabemos y no sabemos lo que hacemos cuando pecamos. Sabemos que hacemos mal, que destrozamos en nosotros una pureza, que traicionamos una fidelidad, una libertad, una grandeza. Pero no sabemos el fondo de este mal, lo irreparable que lleva consigo, la libertad, la pureza, la grandeza que destruye en nosotros. Más tarde se querrá que esto jamás hubiera sucedido.

Sobre todo, medimos mal la herida, la afrenta, la ofensa que se le hace a Dios, al Dios Amor. La ofensa del pecado consiste no en alzarse contra un Bien que sea una cosa, sino que se ataca a una Persona infinita, que me ama con un Amor infinito, de quien he recibido todo lo que en mí no es despreciable y que ha tenido a bien pedirme mi amor, mi pobre amor. Yo puedo dárselo: «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y

vendremos a él, y en él haremos nuestra morada» (Io 14, 23). Y puedo hacerle afrenta, ofenderle; entonces el mal es infinito.

Los teólogos distinguen en el pecado la falta o daño que produce en nosotros y la ofensa que hace al Amor; en este segundo aspecto el pecado es un mal verdaderamente infinito, que solo podía compensar la venida de un Dios hecho hombre. Dar o rehusar a Dios el propio amor, nuestro pobre amor; optar por un bien infinito o por un mal infinito: he aquí el dilema de toda vida humana. El hombre es incomparablemente más grande de lo que él cree, sea para el bien o para el mal. «Los elegidos, —dice Pascal—, ignoraron su virtud y los malvados la enormidad de sus crímenes: Señor, ¿cuándo te hemos visto tener hambre, sed, etc.?»¹³.

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» No saben ni la ofensa que hacen a tu Amor ni la profundidad que tu Amor alcanza. No saben siquiera el daño que se hacen a ellos mismos y que el rechazo del Amor es, ya en la tierra, el infierno que inauguran libremente en ellos. No saben lo irreparable del pecado, la catástrofe del primer pecado mortal, la horrible tristeza del segundo: «porque el que peca por segunda vez despierta al dolor un alma muerta y la despoja de su sudario manchado y le hace sangrar nuevamente gruesas gotas de sangre, ¡y la hace sangrar en vano!»¹⁴.

Sin embargo, el perdón de Dios repara lo irreparable. No a base de hacer que lo que ha sido roto no haya sido roto. Sino haciendo que, en el mismo corazón en que el pecado ha deshecho las rosas del primer amor, florezcan de nuevo la pureza y la frescura, y las rosas lozanas de un segundo amor, que resultan tan bellas y a veces mucho más que las primeras, con su arrepentimiento, sus lágrimas y su renovado ardor.

He ahí, en un nuevo sentido, el Reino de los perdones del Amor. No se trata ahora del Reino de los que, a imitación del diácono Esteban, y hasta el fin del mundo, responden al odio con el perdón; sino del Reino de los que, como María de Magdala, hasta el fin del mundo y por toda la tierra, son los perdonados del Amor.

Tal vez hayan sido asesinos. Se les enterrará en el patio de una cárcel. Los hombres no pondrán flores en sus tumbas: «Creen que un corazón de asesino corrompería cualquier simple semilla que sembrasen. ¡No es verdad! La buena tierra de Dios es mas generosa de lo que creen los hombres, y la rosa roja se abrirá más roja, y la rosa blanca, más blanca. ¡Por encima de su boca, una rosa, roja! ¡Y encima de su corazón, una blanca! Porque ¿quién puede decir de qué extraña manera manifiesta Cristo su voluntad...?»¹⁵.

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» La primera palabra de Cristo en la Cruz es una palabra de inmensa misericordia para el mundo.

«Bienaventurados los misericordiosos...» (Mt 5, 7). Hay corazones llenos de perdones. Parecen no sentir mas preocupación que la de perdonar. Se las ingenian para perdonar. Tienen maravillosas, divinas ocurrencias para difundir el perdón. El Espíritu Santo los llena de sus luces, de sus consejos, desarrollando así su iniciativa para dar y perdonar. Son los misericordiosos. Sus actos, transidos por los rayos del don de consejo, son tan magnánimos, tan puros, que los teólogos, siguiendo al Evangelio, les dan el nombre de bienaventuranzas: «Bienaventurados los misericordiosos...» Son los santos, los verdaderos discípulos de Jesús.

Tratándose de Cristo, no son ya los rayos, sino la fuente misma y el principio del don del consejo lo que ilumina su corazón.

Un retoño, había dicho el profeta, «saldrá del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el Espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza...» (Is 11, 1-2). ¿No es el mismo Espíritu de consejo quien le recuerda que los misericordiosos son bienaventurados porque su recompensa consistirá en alcanzar misericordia y quien le impulsa así, desde el momento en que le levantan clavado en la cruz, a implorar del Padre, en nombre de su horrible sufrimiento, el perdón del mundo entero? ¿Y cómo una intercesión tan vehemente podría quedar sin eficacia para cuantos, a lo largo de los siglos, recurrieran a ella con amor para obtener el perdón, aunque fuesen los mayores pecadores de la tierra?

Durante su vida pública, Jesús se defendió contra las acusaciones que lanzaron contra Él: poseído de Beelzebul (Mt 10, 25; 12, 24), comilón y bebedor de vino (Mt 11, 19), revoltoso (22, 21), blasfemo (26, 65), seductor del pueblo (27, 63). Ahora que ha triunfado la máquina de la iniquidad, cuando ya no queda nada que esperar de los hombres ni de su justicia, cuando la medida del mal se ha colmado, Jesús sale a favor de ellos, apelando a las profundidades del Reino de Dios y a los perdones incomprensibles de su Amor: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

En la salvaje lucha que la voluntad de dominación del ateísmo, ebrio de sus violencias, de sus victorias políticas, de sus mentiras, mantiene hoy contra todo lo que lleva todavía un sello de la fe de Dios, el deber del cristianismo es combatir hasta el fin en el plano humano en nombre de la justicia, de la rectitud, de la dignidad inalienable del hombre y de su alma inmortal. Cuando la máquina del mal le ha triturado, cuando se le ha condenado a los campos de la esclavitud y de la muerte lenta, cuando se le ha hecho bajar a las celdas de una prisión subterránea donde comprende que tratan de degradar, a base de una bien medida dosificación de la tortura, su psiquismo humano; cuando se le ha robado a sus hijos para arrancar de su alma la fe bautismal y verter en ellas el odio a Dios; cuando no tiene ya recurso alguno posible contra la vorágine de este abismo de maldad, entonces aún le queda volver por última vez su corazón hacia las profundidades del Reino de Dios y decir, también él, con Jesús: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

SEGUNDA PALABRA: HOY, CONMIGO EN EL PARAISO...

Et dixit illi Jesús: Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso.

Y Jesús le dijo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23, 43).

La luz infinita del Verbo brilla en el centro mismo del sufrimiento de Jesús. En su corazón mora la paz de Dios, dominando las vicisitudes del tiempo. Sus tres primeras palabras no reflejan su propio dolor, están abiertas sobre el de los demás: perdona al mundo, salva al bandido y nos entrega a su Madre.

Sin embargo, la escena, desde fuera, es atroz. La crucifixión de Jesús es un espectáculo espantoso. «Los primeros cristianos, dice un historiador, tenían horror de representar a Cristo en cruz. Habían visto con sus ojos aquellos pobres cuerpos completamente desnudos, fijos a un tosco palo con una barra transversal superpuesta en forma de T, con las manos y los pies clavados a este patíbulo, el cuerpo desplomándose bajo su propio peso y la cabeza colgando; los perros, atraídos por el olor de la sangre, mordiendo los pies; los buitres revoloteando sobre este campo de carne, y el ajusticiado, consumido por las torturas y abrasado de sed, llamando a la muerte con gritos hondos y sin voz. Era el suplicio de los esclavos y de los bandidos. Esto fue lo que soportó Jesús»¹⁶.

Ahí donde los ojos de la carne no ven más que una horrible tragedia, los ojos de la fe contemplan un misterio grandioso. Este crucificado ensangrentado es el Hijo Único de Dios. Parece arrastrado por el mecanismo de los acontecimientos y, sin embargo, son los acontecimientos los que van a donde Él los conduce. «Dios, dice San Pablo, estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo» (2 Cor 5, 19). Le plugo a Dios, dice también, «que en Él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo todas las cosas, pacificando con la sangre de su Cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col 1, 19-20).

No es el dolor de su cuerpo lo que le hace gritar. Al menos, hasta ahora. Su primera palabra es para dispensar al mundo el perdón: «Padre, perdónalos». En adelante, el perdón del Padre está ya a punto para repartirse. El perdón va a perdonar. Va a perdonar al bandido inmediatamente y de modo maravilloso, concediéndole incluso la salvación.

La segunda palabra de Jesús se encuentra también en San Lucas. «Con Él llevaban otros dos malhechores para ser ejecutados. Cuando llegaron al lugar llamado Calvario le crucificaron allí, y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda... había también una inscripción sobre Él: “Este es el Rey de los judíos.” Uno de los malhechores crucificados le insultaba, diciendo: ¿No eres tu el Mesías? Sálvate, pues, a ti mismo y a nosotros. Pero el otro, tomando la palabra, le respondía, diciendo: ¿Ni siquiera tú, que estás sufriendo el mismo suplicio, temes a Dios? En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo de nuestras obras; pero este nada

malo ha hecho. Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Él le dijo: “En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso”» (Lc 23, 32-33, 38-43).

La suerte de estos dos hombres que suben con Jesús hacia el Calvario es misteriosa. Toda vida que se aproxima a Jesús, para rechazarle o para aceptarle, alcanza de golpe la profundización de su misterio.

Pretenden mezclar el nombre de Jesús con el de los culpables, disipar su memoria con la de hombres despreciables. Porque se les crucifica a los tres juntos, Él en medio. «Crucificaron con Él a dos bandidos, uno a la derecha, y otro a su izquierda», dice San Marcos (15, 27); el versículo siguiente, que parece una glosa sin interés, recoge un punto de la profecía del siervo de Yahvé: «Fue contado entre malhechores» (Is 53, 12).

Pero para las generaciones venideras, el nombre de Jesús no cae en el olvido ni se pierde su memoria. Sucede al revés: queda fijo para siempre el recuerdo de estos dos bandidos y de su muerte diversa.

El destino desigual de estos dos hombres representa las dos actitudes extremas ante el sufrimiento. El dolor puede liberar a las almas y puede también rebelarlas. Dios lo orienta hacia la santidad, pero las almas pueden alzarse contra Dios y llenarse de amargura. Hay cruces de blasfemia y cruces de paraíso.

Sobre la colina del Calvario, las tres cruces sangrientas parecen iguales. Para los ojos, es el mismo espectáculo horrible, la misma tragedia. Para los soldados, el mismo servicio de guardia. Por pura simetría han puesto en medio aquella en que había de clavarse una inscripción: “Este es el Rey de los judíos”.

«Muchos, dice San Agustín, sufren en la tierra por sus pecados y por sus crímenes. Por esto es necesario discernir con mucho cuidado no el sufrimiento, sino la causa. La pena de un criminal puede ser igual a la de un mártir, pero la causa es distinta.

Hay tres hombres crucificados: uno da la salvación, otro la recibe y otro la menosprecia; para los tres es igual la pena, pero distinta la causa: *tres erant in cruce; unus salvator, alius salvandus, alius damnandus; omnium par poena sed impar causa*»¹⁷.

Tres palabras, que brotan del corazón de las tres cruces, hacen ver el abismo que las separa.

«Uno de los malhechores crucificados le insultaba, diciendo: ¿No eres el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Sabía que Jesús se llamaba el Mesías. Como se crucificaba a lo largo de los caminos podía oír también las ironías de los transeúntes: «Los transeúntes le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: ¡Bah!, tu que destruías el templo de Dios y lo reedificabas en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz» (Mc 15, 20). Igualmente los príncipes de los sacerdotes «se mofaban entre sí con los escribas, diciendo: A otros salvo, a sí mismo no puede salvarse. ¡El Mesías, el rey de Israel! Baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos!» (Mc 15, 31-32).

¿Habría odio en este hombre? Había vivido totalmente al margen de las leyes, que él juzgaba injustas; había sido un revolucionario. Ahora estaba preso, sin posibilidad de escaparse, clavado en una cruz. Definitivamente había perdido la partida. Y le invade una vehemente cólera. ¡Si al menos este hombre crucificado a su vera tuviese algún poder! ¡Por qué llamarse el Mesías cuando se es impotente lo mismo

frente a los hombres que frente a su sistema social! Si fue este su caso, entonces sin duda dijo con despecho, con odio: «¿No eres el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros».

Pero tal vez la rebeldía de este hombre fuera más profunda. Quizás se había rebelado contra la vida haciéndose bandido. Sabía que se exponía, había aceptado de antemano cualquier eventualidad. Ahora estaba atrapado: era una regla del juego. No quedaba ya más que morir en silencio para salir de un mundo sin esperanza. ¿Cómo este iluminado, este débil de espíritu, que muere a su lado, no ha comprendido la nada de toda existencia? ¿Cómo ha podido creer en la posibilidad misma de un Mesías y de una salvación? No es hora ya de que despierte de su sueño? Si todo esto fue así, entonces habría que considerar como fruto de una piedad burlona aquellas palabras: «¿No eres el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.»

¿Cual de estas dos formas de desesperación mina el corazón del primer crucificado? En cualquier hipótesis, lo cierto es que pasa, sin reconocerla, junto a una salvación que no volverá jamás. ¿Entró así, con esta conciencia, en la muerte? ¿Se habrá eternizado su odio, su desafío? ¿O disipó su noche un destello de luz en el último instante, tal vez después de las siete palabras, incluso después de la muerte de Jesús?

«Pero el otro, tomando la palabra, le reprendía...». También el dolor del segundo crucificado es atroz. Y, si embargo, ¿por qué la destrucción del cuerpo va a llevar consigo la del alma? Hay un valor en el que piensa el buen ladrón más que en sí mismo: en la justicia. La ha violado a menudo con sus hechos, pero jamás ha renegado de ella en su corazón. No se resquebraja el mundo cuando se ejecuta a unos malhechores como ellos. Eso sucede únicamente cuando se ejecuta a un justo. La justicia es imperecedera, brilla como una estrella de Dios. No se la puede maldecir: «¿Ni tú que estás sufriendo el mismo suplicio temes a Dios? En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo de nuestras obras; pero él nada malo ha hecho» (Lc 23, 40-41).

¡Oh, si pudiese él también ser justo! Y como olvida un instante pensar en su tortura por afán de la justicia, he aquí que, en respuesta, una nueva claridad interior le ilumina.

Adivina, comprende de repente, qué profundidad, qué limpísima justicia hay en este hombre de quien los demás se burlan, a quien se trata tan brutalmente. Se decide. Definitivamente apuesta por este condenado a muerte, contra la iniquidad del mundo entero. Su corazón le arde ya en el pecho. Y grita: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,42).

Llega entonces la respuesta de Jesús.

Hacia ya algún tiempo que la presencia silenciosa de Jesús actuaba sobre este hombre. Desde el instante en que se les encaminó a los tres hacia el Calvario, su mirada se fijó en seguida sobre sus dos compañeros. Esa mirada intensa de los condenados a muerte, ávida de penetrar el destino último de las cosas: ¿qué es lo que hay detrás de ellas, la nada o una vida? La dignidad de Jesús le había impresionado. Este misterio de la muerte de un justo, que colma las justicias de este mundo, era como el despuntar de las luces del alba sobre este día de muerte. Esto desplazaba el centro de gravedad del

universo, esto daba esperanza; no en el plano del orden establecido, sino más arriba, en un mundo donde también hay sitio para condenados a muerte. Las palabras del otro malhechor le ofenden. Son una blasfemia contra la santidad de la esperanza. Y vuelve su rostro dolorido hacia Jesús. Toda su vida, toda la esperanza, aún confusa pero ya invencible de su alma, la pone en su grito: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.»

«A tu reino.» ¡Qué inmensa palabra! «Salto de alegría, hermanos, mi corazón se llena de gozo viendo la fe de este ladrón santo. Un moribundo ve a Jesús moribundo y le pide la vida; un crucificado ve a Jesús crucificado y le habla de su reino; sus ojos no perciben más que cruces y su fe solo ve un trono»¹⁸. Un trono en «estos cielos nuevos y esta tierra nueva, en que morará la justicia» (2 Petr 3, 13).

«Y Jesús le dijo: *En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23,43).

Jesús podía no haber dicho nada. En ese caso, todo el drama de la justificación y de la salvación de este hombre habría quedado en secreto. Pero para que sea ensalzado abiertamente este hombre que abiertamente le confiesa, para que quede al descubierto como gesta gloriosa la diferencia de las tres cruces, para que se sepa que una de ellas es el Origen de la salvación, capaz de purificar instantáneamente nuestros peores crímenes, Jesús dijo tres palabras, que Bossuet ha comentado con otras tres: «*Amen dico tibi, hodie mecum eris in paradiso. Hoy, ¡qué prontitud!. Conmigo, ¡qué compañía! En el paraíso, ¡qué reposo!*»¹⁹.

En verdad te digo... He aquí de nuevo, en Jesús, esta presciencia que todo lo abarca, infinitamente serena, en la que se revela todo el misterio de la Encarnación. Está en el tiempo para soportar los peores ultrajes; y, simultáneamente, está más allá del tiempo para disponer con una seguridad infalible el destino de todos.

Hoy... Antes de que el sol haya tocado el horizonte y un día más concluya sobre la tierra, este hombre pasará de la duración del tiempo a la duración del más allá del tiempo. Dejará el cambio por la plenitud, el suplicio por la bienaventuranza. También para mí habrá en la tierra un día que no acabará, porque pasaré instantáneamente a otra clase de duración. ¡Ojalá sea la duración del amor!

Estarás... Es un futuro. Hay un plazo. No es largo; y, sin embargo, es atroz sobre esta cruz en que cada segundo resulta más pesado que años enteros. Pero es también un presente. ¿No consiste precisamente el misterio y la dialéctica de la esperanza en hacer ya presente lo que todavía no es más que futuro? ¿No consiste en llenar de claridades la noche del dolor? Es exacta la palabra de la *Femme pauvre*: «No entra en el paraíso mañana ni pasado mañana, ni en diez años; se entra *hoy*», se entra incluso *inmediatamente*, «cuando se es pobre y crucificado» (Leon Bloy).

Conmigo..., rodeado por mí, iluminado por mí, abrazado por mí.

Si tu amas a Jesús en el tiempo, serás amado por Jesús en la eternidad. «¡Porque a todo el que me confesare delante de los hombres, Yo también le confesaré delante de mi Padre, que esta en los cielos!» (Mt 10, 32).

Jesús, ¿esta vida mía, tan fugazmente pasada entre los hombres, llegará a ser tan clara confesión de Vos que podréis reconocerla ante vuestro Padre, que esta en los cielos?

En el paraíso. «Estas palabras del Señor —dice Santo Tomás—, no deben entenderse, como algunos han pretendido, del paraíso terrestre y corporal; sino del paraíso espiritual, donde están todos los que gozan de la gloria divina. Es cierto que, por lo que se refiere al *lugar*, el ladrón descendió a los infiernos con Cristo para estar con Él, según lo que le había dicho: *Estarás conmigo*. Pero por lo que se refiere al *premio*, estaba en el paraíso, puesto que disfrutaba ya desde este momento de la posesión de la divinidad de Cristo, como los otros santos»²⁰.

La teología precisa en este punto que el alma de Cristo bajó al Limbo de los Justos, donde estaban los santos de tiempos pasados²¹, aceptando por salvarles el estar presente temporalmente, desde su muerte a su resurrección, en el mismo sitio que ellos, como una última penalidad, según lo que dicen los Hechos de los Apóstoles (2, 24): «Al cual Dios le resucitó después de soltar las ataduras de la muerte, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella»²².

Afirma también la teología que decir que el alma de Cristo estaba presente en el Limbo de los Justos según su esencia y no solo según su potencia o su efecto²³, significa que se encontraba allí, no a la manera de un cuerpo circunscrito por el lugar, sino a la manera de los Ángeles, pues estos están por esencia en el lugar en que su virtud se ejerce sin intermediario²⁴.

¡Oh Jesús, que prometéis el paraíso a un crucificado, vuestro gozo a un bandido, vuestra intimidad a un malhechor, para acabar trastocando, antes de morir, nuestra jerarquía de valores, y que preparáis así aquel momento solemne en que diréis: «He aquí que hago nuevas todas las cosas»! (Apoc 21, 5). El pobre, roído de úlceras, es llevado por los Ángeles al seno de Abrahán y el rico, vestido de púrpura, es sepultado en los tormentos del infierno: «Hijo mío, le dijo Abrahán, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tu atormentado» (Lc 16, 25). ¡Oh cambio adorable, cambio terrible, que hace temblar todo mi ser! ¿Pero es que anuncian otra cosa las divinas paradojas del Sermón de la Montaña?

¡Oh Jesús, que dais al bandido el paraíso *inmediatamente* con un solo rayo de luz desprendido de vuestra cruz sangrienta, lo purificáis tan maravillosamente que no habrá para él demora después de la muerte, sin necesidad de expiación, y cuyo último suspiro señalará el instante de su entrada en la visión beatífica del Dios tres veces santo! En adelante la fuerza de los perdones del Cielo quedará manifiesta en la tierra. La Cruz donde sangra el Salvador será levantada a lo largo de los tiempos como una radiante estrella capaz de lavar todos los crímenes y de iluminar todas las desesperaciones. Bastará que un corazón invoque, con plena conciencia, aunque sea en el último instante, esta infinita Bondad de un Dios «que amó tanto al mundo que le dio a su Hijo Unigénito» (Io 3,16), para que al momento quede limpio de todas sus vergüenzas. «Nos ha amado y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre» (Apc 1, 5).

En la obra, *La devoción de la Cruz*, hacia el final, un homicida, un sacrílego, acosado por la justicia humana y a punto de expirar, se arroja de pronto a los pies de una

Cruz, esperando de sus verdugos una muerte corta, y de la cruz, una vida eterna. «¡Oh Cruz,

Flor del nuevo paraíso...
Pecador soy, tus favores
Pido por justicia yo;
Pues Dios en ti padeció
Sólo por los pecadores.
A mí me debes tus lores;
Que por mí solo muriera
Dios, si más mundo no hubiera:
Luego eres tú, Cruz, por mí,
Que Dios no muriera en ti,
Si yo pecador no fuera.
Mi natural devoción
Siempre os pidió con fe tanta,
No permitiéiseis, Cruz santa,
Muriese sin confesión.
No seré el primer ladrón
que en vos se confiese a Dios,
Y pues que ya somos dos,
Y yo no lo he de negar,
Tampoco me ha de faltar
Redención que se obró en vos ²⁵.

¡Oh Jesús, que habéis *querido* dar el paraíso desde la cruz, para que los hombres supieran cuán grande tortura es el precio de su bienaventuranza! «Habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como Cordero sin defecto ni mancha, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro» (1 Pet 1, 18-20).

¡Oh Jesús, que no habéis *podido* dar el paraíso a nadie, antes de que hubiese concluido en vos este horrible «hoy» de la redención sangrienta!

¡Oh Jesús, que, aún en medio del atroz dolor de la cruz, seguís gozando en lo hondo de vuestra alma, del paraíso de la visión de Dios, y que contáis los segundos de este «hoy» desgarrador, porque cuando concluya inundaréis del gozo de esta visión a un condenado a muerte, a un criminal, asociándolo así a los primeros elegidos de vuestra Iglesia triunfante!

El amor que difundimos cuando estamos en la cruz se parece un poco al amor redentor. Es el más puro de nuestros amores, el que Jesús acoge con mayor alegría, el que más aviva en nosotros el deseo del cielo.

«Vuestro sacrificio —ha dicho a Santa Catalina de Siena—, debe ser del cuerpo y del espíritu a la vez, como la copa y el agua que se ofrece al Señor ²⁶: no podría dársele el agua sin la copa, y la copa sin el agua no le causaría alegría. Así, os digo, debéis ofrecerme la copa de las múltiples pruebas corporales, en la misma forma en que yo os las envío: sin escoger el lugar ni el tiempo, ni la prueba según vuestro deseo, sino conformándoos con el mío. Pero esta copa debe de estar llena de afecto, de amor y de

verdadera paciencia, de suerte que llevéis y soportéis los defectos de vuestro prójimo, teniendo odio y dolor de vuestro pecado. Sólo entonces acepto este presente de mis dulces esposas, es decir, de toda alma que me sirve»²⁷.

Hoy, la cruz; después, la eternidad del paraíso. Es necesario ir a las cosas mirando siempre al más allá de ellas. Es la única manera de ir a las que son amargas, y el único modo también de acercarse a las que son agradables. Las cosas son a menudo negras y desgarradoras. Y cuando son bellas, su luz y grandeza está siempre más allá de ellas mismas. San Pablo escribe: «Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rom 8, 18).

Y también: «La momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable, y no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas» (2 Cor 4, 17). Estamos hechos para ver lo visible atendiendo siempre a lo invisible.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

No todos los sufrimientos son benditos, no todas las lágrimas son santas. Hay dolores ensombrecidos por la rebeldía, que es una forma de desesperación; hay lágrimas que son pecados mortales.

Pero hay también padecimientos benditos. Son sufrimientos verdaderos, incluso a veces terribles. Podrán quizás deshacer el cuerpo, pero no ahogar el grito del alma. Se lee en el relato de la muerte de San Pio V: «Cuando algún momento volvía en sí, se le oía rogar en voz baja: Señor, aumentad mis dolores, pero aumentad también mi paciencia»²⁸.

Estos sufrimientos vienen del exterior, incluso causados a veces por faltas anteriores, pero el alma los ha aceptado interiormente tan de buena gana que ya no pide que se los quiten, ni desea tampoco volver a su primer estado de vida y a sus ocupaciones. La luz del don de ciencia hace ver el vacío irremediable de las criaturas y de cuanto es relativo y pasajero; y así, el tiempo resulta tan esencialmente miserable y el cielo tan sumamente deseable, que lo que aparta del uno y aproxima al otro es para el alma una clara ganancia. El buen ladrón no piensa pedir que le libren de la cruz. No tiene más que un único deseo: ese reino en que Jesús se acordará de él. Este es todo su consuelo.

Hay otros sufrimientos más perfectos todavía. No provienen de fuera; nacen espontáneamente de las profundidades del don de ciencia. El don de ciencia les hace sentir a las almas la locura de una creación fascinada por el pecado y huyendo del Amor que la busca, y así les causa un dolor tan intenso, que las hace llorar. Adquiere entonces para ellas una fuerza de verdad suprema y evangélica la palabra del Eclesiastés: «Creciendo el saber, crece también el dolor» (1, 18). Por esto, San Agustín, comentando el Sermón del Señor en la Montaña, relaciona con el don de ciencia la bienaventuranza de las lágrimas y la divina consolación que obtienen²⁹. Dichosas estas almas, a quienes deja una incurable herida el saber cuánto le falta al mundo, a la vida, al arte para poder

llenar jamás un corazón bautizado; almas de cuyos ojos brotan las lágrimas más puras. Son lágrimas que unen al Salvador. En Él reposó el Espíritu de Yahvé, que es un espíritu de conocimiento del fondo mismo de las cosas. «No se fiaba» de los que venían a Él a causa de sus primeros milagros, porque, como dice el Evangelio, «sabía lo que hay en el hombre» (Io 2, 24-25). Se compadecía de la gente; viendo «que eran como ovejas sin pastor» (Mc 6, 34). Y junto a la tumba de Lázaro, considerando lo que eran la vida y la muerte de un hombre, «Jesús lloró» (Io 10, 35).

Santa Catalina de Siena dice que, además de las lágrimas de los ojos, hay también lágrimas del corazón o del deseo, que ella llama lágrimas de fuego. Son lágrimas que llora en nosotros el Espíritu Santo por la salvación del mundo: «Digo que mi divina caridad, con su llama, abrasa el alma que ofrece en mi presencia deseos ardientes, sin una lágrima en los ojos. Son lágrimas de fuego, y es el Espíritu Santo quien las llora»³⁰. Estas lágrimas de fuego son las que abrasaban el corazón del Salvador cuando, en la tarde del Jueves Santo, veía aproximarse la hora bendita de su pasión que salvaría el mundo: «Y cuando llegó la hora, se puso a la mesa, y los apóstoles con Él. Y les dijo: Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios» (Lc 22, 14-16). Y este ardiente deseo suyo de sufrir y de morir es ya como visitado por las primeras luces del alma consoladora; porque he aquí que es ya inminente el «hoy» en que va a comprarnos con su sangre el paraíso. Bienaventurados los que lloran porque ellos serán, lo son ya, consolados.

TERCERA PALABRA: HE AHI A TU MADRE...

*Dicit matri suae: Mulier, ecce filius tuus.
Deinde dicit discipulo: Ecce mater tuae.*

Dijo a su Madre: “Mujer, he ahí a tu hijo”.
Luego dijo al discípulo: “He ahí a tu Madre”
(Io 19, 25-27).

La tercera palabra de Jesús en la cruz tampoco es para, gritar su dolor. No se refiere a Él. Como las dos primeras, se dirige al mundo que quiere salvar. Una vez que ha implorado el perdón para los hombres que, crucificándole, «no saben lo que hacen», este perdón capaz de santificar en un instante a los que, como el ladrón arrepentido, recurrirían con afán a Él, Jesús, viendonos tan poco deseosos de pedirle nada, más aun como sumergidos en la fría sequedad de nuestros corazones, quiere que al menos su Madre lo implore por nosotros. Cristo pone a San Juan en manos de María; al hacerlo, nos entrega a todos nosotros como hijos de ella; de todos va a ser ella en adelante la Madre responsable ante Jesús. Esto significa que Él le promete a María escuchar toda plegaria que ella le dirija por nosotros, tan maravillosamente como lo hizo antes en Caná de Galilea, si nosotros no ponemos obstáculos.

La tercera palabra nos la refiere San Juan. Veamos primeramente el contexto.

«Escribió Pilato un título y lo puso sobre la cruz; estaba escrito: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*. Muchos judíos leyeron este título, porque estaba cerca de la ciudad el sitio donde fue crucificado Jesús, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Dijeron, pues, los príncipes de los sacerdotes a Pilato: No escribas *rey de los judíos*, sino que *Él ha dicho: Soy rey de los judíos*. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito está» (Io 19, 19-22).

Hay aquí un drama. Lo mismo Pilato que los príncipes de los sacerdotes simulan creer que Jesús se presenta como príncipe temporal: «Díjoles Pilato: ¿A vuestro rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: “Nosotros no tenemos más rey que al César”» (Io 19, 15). Jesús morirá, pues, por haber intentado usurpar el poder político. He ahí la ficción jurídica. Porque ni los príncipes de los sacerdotes ni Pilato pueden aducir ignorancia. Lo que los príncipes de los sacerdotes no pueden sufrir, lo dicen ellos mismos, es que Jesús se proclame Mesías, Hijo de Dios, en el que se realiza toda la extensa profecía de Israel: «Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios» (Io 19, 7). En cuanto a Pilato, él mismo ha oído de qué extraño reino se decía rey Jesús: «Mi reino no es de aquí abajo. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú lo has dicho, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Io 18, 36-37). Desde entonces entrevió Pilato algo del profundo misterio de Jesús. Y quedó conmovido. Cuando luego oye decir a los príncipes de los sacerdotes que Jesús debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios, su temor aumenta de pronto: «Entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Jesús no le dio respuesta ninguna» (Io 19, 8-9). San Mateo añade aquí: «Mientras estaba sentado en el tribunal, envió su mujer

a decirle: No te metas con ese justo, pues he padecido mucho hoy en sueños por causa de él» (Mt 27, 19). Sin embargo, Pilato cede a la presión de los príncipes de los sacerdotes. Y ahí queda, para siempre, su pecado. Pero cuando escribe sobre la cruz *Rey de los judíos*, no es en su pensamiento una ironía. Es más bien una revancha de lo íntimo de su conciencia contra el crimen que se le va a hacer cometer. Presiente ahora, tiene casi la certidumbre de que este Jesús traicionado por los príncipes de los sacerdotes de su nación, despreciado por la muchedumbre, y al que le obligan a que lo crucifique, es el verdadero Rey Mesías de los judíos. Entonces, cuando los príncipes de los sacerdotes vienen a quejarse de que haya escrito *Rey de los judíos* en lugar de escribir: *Este ha dicho: Yo soy rey de los judíos*, él responde iritado: *Lo que he escrito, escrito está.*

El Evangelista continúa: «Los soldados, una vez que hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida toda desde arriba. Dijéronse, pues, unos a otros: No la rasguemos, sino echemos a suertes sobre ella para ver a quien le toca. A fin de que se cumpliese la Escritura: *Dividiéronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes.* Es lo que hicieron los soldados» (Io 19, 23-24).

En los vestidos de un desaparecido hay siempre como un rastro de su alma, dividiéndolos, es como si se le rasgara el alma misma. La bella túnica sin costura, que echaron a suerte, había sido tejida con amor, sin duda por una de aquellas mujeres que están junto a la cruz, tal vez por la Virgen misma. Ahora tiene que pasar Ella por el dolor de ver profanadas estas humildes prendas, que pertenecieron antes a su Hijo.

Entonces se pronuncia la tercera palabra: «Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre; María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: *Madre, he ahí a tu hijo.* Luego dijo al discípulo: *He ahí a tu Madre.* Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Io 19, 23-24).

Parece que debe puntuarse como lo hemos hecho: «...su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás, y María Magdalena». En nuestra opinión, se trata de cuatro personas.

Un poco más tarde, en el momento en que muere Jesús, hay cerca de la cruz, según San Marcos, quien no nombra a la Madre del Señor, varias mujeres, entre las que se nombran tres: «María de Magdala, María de Santiago el Menor y de José, y Salomé» (Mc 15, 40).

La que San Juan designa como la hermana de la Madre de Jesús, que parece ser la mujer del Zebedeo y madre de Santiago el Mayor³¹ y de Juan, el discípulo a quien amaba Jesús, podría ser Salomé, que nombra San Marcos. Y la que San Juan llama María (mujer) de Cleofás, podría ser la que San Marcos llama María (madre) de Santiago el Menor³² y de José. Estas identificaciones gozan de verosimilitud entre los exegetas, aunque no resulten decisivas.

La presencia de las santas mujeres junto de la cruz no debe sorprender: ninguna ley impedía a los parientes aproximarse a los ajusticiados; los soldados guardaban las

cruces contra una posible insurrección o para impedir un excesivo tumulto; pero no alejaban ni a los curiosos ni a los enemigos, ni tampoco a las personas afectas a la víctima³³.

Los enemigos de Jesús han triunfado. Las muchedumbres que le habían aclamado no hace mucho se muestran ahora contrarias a Él. Sus discípulos han huido. Quedan junto a la cruz cuatro soldados, que se distribuyen sus vestidos y algunos corazones amigos: la Virgen y San Juan, unos familiares, aquella María Magdalena de la cual, según San Lucas, “habían salido siete demonios» (Lc 8, 2). Es muy probable que esta María sea la pecadora que el mismo Evangelista, un poco antes, nos mostraba en casa de Simón el Fariseo, lavando con sus lágrimas, enjugando con sus cabellos y ungiendo con perfume los pies del Salvador (Lc 7, 36-50). No obstante, en este momento, no es a ella a quien habla Jesús, ni al grupo de las «hijas de Jerusalén», mujeres santas que pertenecen al Antiguo Testamento. Es a su Madre a quien se dirige y «al discípulo a quien amaba». En el instante mismo en que todas las cosas le abandonan, su misma Iglesia todavía balbuciente parece disiparse también bajo la tempestad; pero he aquí que en la persona del discípulo ideal, la une para siempre a su Madre, con la fuerza de una doble y misteriosa palabra: *He ahí a tu hijo.—He ahí a tu Madre.*

Junto a la cruz de Jesús estaban en pie su Madre y algunas mujeres.

Hubo un tiempo, un tiempo muy largo, en que Jesús voluntariamente había mantenido a su Madre a resguardo de las vicisitudes de su vida pública. Ella había pensado, al principio, que permitiría que estuviese siempre cerca de Él, que fuese asociada a sus alegrías y a sus dolores, en la vida y en la muerte. Después de haberse unido a ella inefablemente con los lazos de la Encarnación, he aquí que comenzó ya a distanciarse de ella, para ocuparse sin ella de las tareas de su Padre, dejándola desolada. «¿Por qué me buscáis?», le dijo en el templo de Jerusalén. «¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?». Y el Evangelio añade: «No entendieron lo que les había dicho» (Lc 2, 49-50).

Más tarde, en una casa, cuando está con la muchedumbre y se le dice: «ahí fuera están tu Madre y tus hermanos que tu buscan», parece indiferente y pregunta: «¿Quiénes son mi Madre y mis hermanos?». Y mirando a los que están sentados en torno a Él, dice: «He aquí a mi madre y a mis hermanos». Y añade: «Quien hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 32-35). Que es preciso hacer la voluntad de Dios para ser Madre de Jesús, lo sabe ella, desde la Encarnación, mejor que nadie en el mundo. Pero lo que ella no cesa de aprender, lo que ella deberá aprender todavía durante tres años, es que la voluntad de Dios es una voluntad disociante, que separa a la Madre del Hijo, como separará, en la agonía y sobre la cruz, al Hijo del Padre: una voluntad que provoca, aquí y allí, «porqués» desgarradores; el por qué de la Madre a su Hijo: «Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote» (Lc 2, 48); el por qué del Hijo a su Padre: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34).

Tal es el misterio de la dialéctica separante y desgarradora de la Encarnación, a la que el Padre somete a su Hijo, a la que Jesús somete a su Madre.

Ahora que la muerte está próxima, cuando ya su Madre no puede hacer nada exteriormente por Él, Jesús no la aparta, quiere que esté presente. Es la hora en que más que nunca, de una forma suprema, está ocupado en las cosas de su Padre. Ella está entonces muy próxima a Él. Junto a la cruz de Jesús, dice el Evangelio, estaban en pie algunas mujeres, y, en primer lugar, su Madre.

Esta presencia es para los dos indeciblemente, inextricablemente, dulzura y a la vez dolor. Para ella, porque antes de retirarse, quiere contemplar hasta el final el suplicio de su Hijo,

*enterneciendo el sacrificio,
con su enorme compasión,*

pero esto le destroza más el corazón. Para Él, es como un bálsamo saber que su martirio redentor, en este momento, es comprendido y compartido por su Madre más intensamente que ninguna otra creatura en el transcurso de los tiempos; pero esto es, a la vez, una nueva tortura. El que ama, cuando descubre en el ser amado el eco de su propio sufrimiento, siente nuevos destrozos en su corazón.

Junto a la cruz, las mujeres *estaban de pie*. ¿En qué pensaban los artistas que, desde el Quattrocento, representaron a la Virgen desfallecida al pie de la cruz? ³⁴. *Stabant autem juxta crucem Iesu...* No es una criatura desvanecida lo que Jesús contempla desde la cruz. Es su Madre, traspasada ciertamente por el dolor de una manera inenarrable, pero preparada para llevar, unida a Él, todo el peso de cosufrimiento que le está reservado:

*Stabat mater dolorosa
Juxta crucem lacrimosa
Dum pendebat Filius³⁵.*

Aquella palabra llena de amor, sin duda, que Él le dirige, no es para reparar sus tambaleantes fuerzas, sino para introducirla, en aquel momento solemne, en el corazón mismo del drama de la redención del mundo.

Es preciso añadir aquí una palabra sobre la repercusión que la redención de Cristo tuvo en todo su cuerpo, que es la Iglesia.

«Uno es Dios, dice San Pablo, uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo para redención de todos» (Tim 2, 5-6). Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, es el único Redentor del mundo. «Con una sola oblación», la de su muerte en cruz, «llevó a la perfección para siempre a los que son santificados» (Heb 10, 14). El Amor divino tiene un derecho infinito a ser amado. La ofensa infinita que el pecado le inflige a este Amor privándole del nuestro, le hiere *a Él mismo*, aunque no en Sí mismo (en este sentido es absolutamente invulnerable), sino *en lo que Él quería que fuese* y que ya no será a causa de nuestro pecado (aquí si que es asombrosamente vulnerable) ³⁶. Esta ofensa infinita, pues, que el pecado le causa al divino Amor, sólo Jesús puede compensarla, en nombre de todos nosotros, por el precio más infinito aún de su sufrimiento y de su vida.

Pero si Cristo libremente quiso sufrir y morir por la salvación del mundo, es claro que la vocación de todos los que, a lo largo de los tiempos, estarán unidos a Él por el amor, que serán sus miembros y formarán su cuerpo, consistirá en que acepten sufrir

y morir con Él, cada uno según su estado y condición, por la misma causa de la salvación del mundo. Cuando un miembro de Cristo se sustrae, falta algo no sólo a este miembro, sino también a la pasión redentora de Cristo, que está reclamando prolongarse en compasión corredentora en todos los miembros de Cristo. Esto es el sentido de las palabras misteriosas de San Pablo a los Colosenses: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). Si Cristo Dios, que es la cabeza, es Redentor, la vocación de toda la Iglesia, que es su cuerpo, habrá de ser con Él, en Él y por Él corredentora. A la manera como Mónica cargaba con el peso de la salvación de Agustín, pero en lugar secundario, porque era Cristo en cruz quien portaba a Mónica, que cargaba con Agustín³⁷; así la Iglesia lleva, pero en segundo plano, el peso de la salvación del mundo y Cristo en cruz lleva a la Iglesia que carga con el mundo. Todo el peso de la corredención del mundo que llevan los miembros de Cristo recae sobre la única Redención del mundo realizada por Cristo Dios.

Pero en la Iglesia, la Virgen sola es la Iglesia más que toda la Iglesia misma. Ella es la Iglesia en el tiempo de la presencia de Cristo, desde la Encarnación a Pentecostés. Este es el sentido de la misteriosa visión del Apocalipsis (Apc 12). Es la Iglesia en aquella hora singular en que la Iglesia, en lugar de dar a luz a hijos de Dios por adopción, alumbró al Hijo de Dios por naturaleza. En ella está condensada toda la gracia colectiva de la Iglesia: la gracia del momento de la Encarnación y la gracia del momento de la Redención. En el relato de la Anunciación, San Lucas nos muestra toda la gracia de la nueva Iglesia en su fuente, que es la Virgen, digna Madre de un Dios que va a *nacer* para salvar el mundo: María comprende el mensaje del ángel, consiente libremente en lo que Dios le propone y se asocia a esta sublime misión. En el relato de la Pasión, San Juan nos muestra la oración corredentora de la nueva Iglesia en su fuente, que es la oración corredentora de la Virgen, digna Madre de un Dios que va a *morir* para salvar el mundo: María comprende lo que pasa, consiente en lo que consiente su Hijo y cumple su misión en este drama único.

San Juan nos ha recogido dos palabras solemnes de Jesús a su Madre: la primera en Caná de Galilea, cuando comienza Él su vida pública; la segunda en la cruz, cuando la acaba. Su relación es muy profunda y la intención del Evangelista de unir las es demasiado evidente para que puedan explicarse por separado. Solo unidas se las comprende.

La significación del misterioso drama de Cana desborda la literalidad del trozo y desconcertaría en una exégesis literalista. Una cosa, al menos, está clara: para nosotros, al leer este relato, Jesús parece distanciarse de su Madre y desecharla; en cambio, ella, al oír a su Hijo, comprende al momento que es acogida. ¿Cómo resolver la dificultad? Volvamos a leer el texto para llegar, a través de las palabras, a una luz más alta, que nos descubrirá, al mismo tiempo, el sentido de la tercera palabra de Cristo en la cruz.

Hubo una boda en Cana, de Galilea y la Madre de Jesús estaba allí. «Entonces, cuando el vino llegó a faltar, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Díjole Jesús: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora.* Dijo la madre a los servidores: Haced lo que Él os diga...» (Io 2, 3-5).

Mujer es una palabra solemne. Señala una distancia. Pero, ¿cual? Durante su vida oculta, Jesús se comportaba como Hijo del hombre, se preocupaba de las cosas

terrenas, estaba sometido a sus padres (Lc 2, 51), tenía cuidado de ocultar su divinidad bajo su humanidad. Ahora va a comenzar su vida pública, va a comportarse como Hijo de Dios, a ocuparse de las cosas de su Padre y a manifestar su divinidad bajo su humanidad. Va a darse un corte entre los dos modos de vida: el de la vida oculta, cuando dejaba a sus padres la iniciativa, y el de la vida pública, en que va a tomarla Él, como había hecho ya una vez pasajeramente en su infancia, cuando les había dicho: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?» (Lc. 2, 49). De nuevo, el corazón de su Madre va a desgarrarse.

«La Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Dijole Jesús: *Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?*». Se podría traducir: ¿Qué hay entre tú y yo? ³⁸. En adelante, habrá ruptura entre tú y yo, entre mi actitud como Hijo del hombre, cuando las iniciativas las tomábais vosotros y mi actitud como Hijo de Dios, en que las tomaré yo mismo; entre mi vida oculta que acaba, y mi vida pública que comienza. Se puede traducir también, más literalmente: *¿Qué nos importa esto a mí y a ti?* Tú me dices: No tienen vino. Pero, oh mujer, estas cosas que pertenecen al plano de las preocupaciones terrenas, por dolorosa que pueda ser su necesidad, ¿qué nos importan, en adelante, a mí y a ti? Es preciso que yo pase al plano de las cosas de mi Padre. Y también tú es necesario que vivas en este plano, en soledad y desolación. Tú me propones socorrer, antes, una necesidad momentánea y bajar a las necesidades de la vida cotidiana. Pues bien, ¿cómo resistirte? Sabes bien que no puedo rechazar ninguna petición tuya. Voy a concederte lo que pides. Pero al precio de un cambio que no podías ni sospechar: porque si hago un milagro comienza mi vida pública, y con ello todo el conjunto espiritual de la redención del mundo va a trastocarse.

Siguiendo las circunstancias y la evolución normal de los acontecimientos, *aún no ha llegado mi hora*: mi hora de hacer un milagro, de intervenir como Dios sobre las cosas humanas, de comenzar una existencia que, sin duda alguna, nos separará exteriormente al uno del otro, que excitará contra mí el odio, y me conducirá por un desarrollo fatal hasta la cruz. No obstante, por este tu ruego de ahora, previsto ciertamente desde toda la eternidad, he aquí que esta hora es anticipada. Voy a escucharte. El milagro va a llegar. Manifestará mi omnipotencia. Abrirá mi vida pública. Nos separará al uno del otro. Irritará a mis enemigos. Adelantará mi última hora, la de la muerte en cruz. *Esta hora no ha llegado todavía*. Cuando llegue, nuestra separación exterior cesará por un momento. Tú estarás allí de nuevo, en el final de mi vida pública, como estás aquí en su aurora. Estarás allí en el momento de mi cruz sangrienta, como estás aquí en mi primer milagro. Y como hoy, brotará de tu corazón una plegaria muda, profunda: no para pedirme que baje a las preocupaciones de los hombres y les socorra en una necesidad pasajera. Tu súplica, parecida en esto a la mía, estará por entero llena de las cosas de mi Padre, preocupada por completo de la infinita necesidad espiritual del mundo, de la salvación sobrenatural de todos los hombres, los del pasado, los del presente, los del futuro. Me pedirás unir tu súplica con la mía, tus lágrimas con las mías (Heb 5, 7), tu compasión con mi pasión, tu intercesión corredentora finita pero inmensa como el mundo, con mi intercesión redentora rigurosamente infinita; esa intercesión por la que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, soy el Único Mediador entre Dios y los hombres que se entrega a Sí mismo en redención por todos (1 Tim 2, 5-6). Entonces habrá llegado mi hora de escucharte. Como hoy, te escucharé. Desde lo alto de la cruz, bajará hasta ti una palabra al encuentro de tu más íntimo deseo. A todos aquellos, a quienes engendraré para el amor

por la intercesión redentora infinita de mi pasión sangrienta, te concederé, en ese momento, a ti la primera de los redimidos, en reconocimiento por haberme concebido cuando determiné venir a salvar el mundo, te concederé engendrarlos conmigo por la intercesión corredentora, ciertamente finita y sin embargo universal, de tu compasión. En la persona del discípulo amado, te los daré por hijos: los del pasado, por una anticipación de tu plegaria, prevista desde siempre; los del futuro, como consecuencia de esta irresistible oración. Y ellos, tal es mi deseo, te recibirán por madre. Todos aquellos que, a lo largo de los siglos, abran su corazón al amor divino, aun cuando, por un error en ellos invencible, no nos lleguen a conocer ni a ti ni a mí, conseguirán las aguas saludables de la gracia por nosotros. Por mí, como Dios Redentor; por ti, como primera creatura Corredentora. Y comprenderan el secreto de estas dispensaciones en la eterna revelación de la Patria. Para significar la concesión de tu deseo y el hermoso misterio de tu mediación corredentora suprema, desde lo alto de la cruz te confiaré solemnemente al discípulo fiel diciendote: *He ahí a tu hijo*. Y a él: *He ahí a tu madre*. Y él te recibirá en su intimidad.

En las líneas que preceden están resumidas dos maneras de entender la palabra: *Aún no ha llegado mi hora*.

«Jesús hablará a menudo de *su hora* a propósito de la Pasión. Aquí, en Caná, se trata de la hora en que debe manifestarse públicamente al mundo por sus obras. Pero el sentido no es muy diferente, pues todo se une en la vida de Jesús. Desde el instante en que inaugura su vida pública, se inicia el drama que concluirá en el Calvario»³⁹.

Juzgando el contexto inmediato, hay dos posibles interpretaciones, según el sentido que se dé a la palabra *hora* en la respuesta de Jesús a la Virgen. He aquí la primera: Debería rehusar tu petición. Porque no ha llegado aún mi hora de manifestarme. Sin embargo, a causa de tu súplica, la adelanto. He aquí la segunda interpretación: Debería rehusar tu súplica. Porque no ha llegado mi hora de morir. Entonces sí que te escucharé, y de forma maravillosa, según he determinado desde el principio, en atención a lo que has sido para mí; entonces, hare nacer en tu corazón una súplica de intercesión semejante a la mía, en favor de una necesidad humana incomparablemente más aguda que ésta por la que hoy me imploras.

La primera interpretación es necesaria para aclarar el milagro de Caná; la segunda anuncia y declara proféticamente la palabra de Cristo en la cruz. Las dos se armonizan y complementan en el pensamiento del Evangelista.

San Agustín y Santo Tomás, en sus comentarios a San Juan, han comprendido que estas dos frases de Jesús, la de Caná y la del Calvario, no pueden separarse.

Ambos piensan que Jesús es duro con su Madre en Caná, no ciertamente porque haya faltado ella en nada, sino para mostrar que va a actuar como Hijo de Dios, a hacer el milagro e inaugurar su vida pública. Dicen también que Jesús, cuando llega su última hora, es afectuoso con ella, reconociendo delicadamente que de ella ha recibido la humanidad en que muere y confiándosela amorosamente al discípulo amado. Por justa que sea esta oposición, es parcial y secundaria⁴⁰. Es verdad que Jesús en Caná actúa como Dios; pero es para escuchar a su Madre y hacer desbordar sobre ella una inmensa ola de dulzura: «Nada tan grande se ha dicho, ni nunca jamás se dirá sobre el

poder de intercesión de la Virgen, como el relato evangelico de Caná. Es la hora del poder de María»⁴¹.

Nada, excepto la tercera palabra de Cristo en la cruz. Es verdad que sufre como hombre, en esta humanidad que María le había dado y educado durante años. Pero actúa como Dios cuando, una vez más, la escucha, cuando asocia la intercesión finita de ella a su propia infinita intercesión, cuando pronuncia esas palabras solemnes, eficaces para realizar lo que significan, en virtud de las cuales la constituye Madre, por el martirio de su compasión corredentora, de todos los que Él engendra sobre la cruz por la sangre de su pasión redentora: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Y al discípulo: *He ahí a tu madre*.

Oh Virgen, acordaos de que ha sido vuestro Hijo en la cruz quien os dijo, pensando en mí —porque yo jamás hubiera osado en la tierra volver al cariño de vuestros ojos— *¡He aquí a tu hijo!*

Hermano mío, quienquiera que seas, sea cual fuere la mancha que oculta tu corazón, no olvides jamás la última palabra que para ti dijo tu Salvador, mirandote desde su cruz: *¡He ahí a tu madre!*

La cruz de Cristo domina todos los tiempos. Sus dos brazos se alzan sobre el pasado y el futuro. La historia del mundo se divide en dos periodos: antes de Cristo, bajo la sombra de su cruz; después de Cristo, a la luz de su cruz,

En el pensamiento de los artistas de la Edad Media, San Juan representa el pasado; la Virgen, el futuro. Aquel está a la izquierda de Cristo y la Virgen a su derecha, del lado en que aparece abierta la herida de su corazón y hacia donde inclina su rostro. A veces se ponía, a la izquierda, la luna; y a la derecha, el sol. O a la izquierda, la Sinagoga, con su cetro roto y un velo sobre los ojos; y a la derecha, la Iglesia, con un cáliz y los Evangelios. San Juan significaba la Sinagoga, porque, en la mañana de Pascua, cedió el paso a San Pedro, al entrar en el sepulcro; como la Sinagoga, según comenta San Gregorio Magno, debe ceder el paso a la Iglesia⁴². Sin embargo, a quien debería colocarse a la izquierda de Cristo para figurar el pasado es al Bautista, como en la crucifixión de Grunwald; el lugar del Evangelista; en cambio, es a la derecha, cerca de la Virgen, no desfallecida, sino en pie.

La cruz de Cristo trasciende a todos los tiempos, salva a todos los hombres; a los que vivieron en el pasado y a los que vivirán en el futuro: «Cuando fuere levantado en alto, había dicho el Salvador, atraeré a todos a mí» (Io 12, 32). En ella se cumple el misterio de la pasión redentora de Cristo, que es la Cabeza.

Lo que la Virgen y el discípulo amado al pie de la cruz simbolizan es, ante todo, el misterio de la compasión corredentora de la Iglesia, que es el Cuerpo. Ellos son uno con Cristo, unidos con Él en su drama, envueltos por la inmensa intercesión divino humana, teándrica, que sube de la cruz hasta el cielo, y por la excelsa donación que, del cielo, desciende sobre la cruz a favor del mundo; porque, dice la Escritura, Cristo «fue escuchado a causa de su reverencia» (Heb 5, 7). Los dos son uno, unidos inseparablemente por la palabra de Cristo, que hace que, en adelante, la Madre de Dios al pie de la cruz sea la madre de todo discípulo de Cristo; y que todo discípulo de Cristo sea hijo de la Madre del Dios Redentor: *He ahí a tu hijo. He ahí a tu madre*.

Unida a Cristo Redentor, toda la Iglesia es corredentora. «A partir de uno Solo y por uno Solo, decía Clemente de Alejandria, somos salvados y salvadores», como el hierro, que atrae en la medida en que él mismo es atraído por el imán⁴³. Pero el ser la

primera Corredentora, corredentora de todos los corredentores, se lo concedió al pie de la cruz.

Los textos de los Últimos Papas, desde León III a Pío XII, que tratan sobre la mediación corredentora universal de la Virgen, se basan en el pasaje misterioso del Evangelio que nos presenta, junto a la cruz de Jesús, a su Madre y al discípulo amado.

Las palabras de Jesús operan lo que significan.

En Naín toca el féretro sobre el que se transporta un cadáver: «*Joven, yo te lo digo, levántate*. Y el muerto se incorporó y comenzó a hablar» (Lc 7, 14-15). En la casa de Jairo, toma la mano de la niña muerta: «*Niña, yo le lo digo, levántate*. Y al instante se levantó la niña y echó a andar, pues tenía doce años» (Mc 5, 41-42). En Betania, después de orar a su Padre, grita con fuerte voz: «*Lázaro, sal fuera*. Y salió el muerto, ligados con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús le dijo: Soltadle y dejadle ir» (Io 11, 43-44).

La palabra de Jesús en la cruz se entrelaza con el deseo de su Madre, el ardiente deseo que tiene de dar, también ella, su vida a una con su Hijo, por la salvación del mundo. Pero a la vez que acoge este deseo, el Salvador, antes de satisfacerlo, lo profundiza hasta los límites de lo imposible. Al buen ladrón le había concedido, en un instante, el perdón y la promesa de la bienaventuranza. Ahora, al decir a su Madre: *Mujer, he ahí a tu hijo*, impide que su dolor quede como epílogo de la más desgarradora de las tragedias privadas; a la vez, abre sus entrañas maternas sobre la universal miseria de la humanidad, y, finalmente, le concede, en el mayor grado posible para la más santa de las creaturas, que ella engendre, por su oración, con Él y en subordinación a Él, a todos cuantos sólo Él, por ser Dios, puede limpiar de sus pecados con la sangre de su cruz.

La palabra de Jesús en la cruz enlaza también con el deseo del discípulo amado. Y también aquí va a profundizar este deseo antes de otorgarlo. Le será dada una felicidad y una dulzura que jamás se hubiera podido imaginar. Será unido de tal modo a su Dios que, en adelante, deberá tener como Madre suya a la misma Madre de su Dios. Para que su corazón no sea presa del vértigo al pensar en una dignidad tan inaudita, las palabras del Salvador: *He ahí a tu madre*, inauguran y establecen en su corazón un amor desconocido hasta entonces, pero destinado a penetrar desde ese momento hasta en el corazón de los más humildes discípulos, y por el que llegarán todos a ser tan verdaderamente hermanos del Salvador que su Madre será también Madre de ellos.

Después de la tercera palabra de Jesús en la cruz es necesario que tenga la osadía de decir: ¡Santa María, Madre de mi Dios, que para mí, tan miserable, sois una madre, *mi madre!*

«Y después de aquella hora, el discípulo la recibió en su intimidad.» Esta última expresión se puede traducir: «en su casa». O también, literalmente: «como cosa suya». A propósito de este texto, se ha dicho, «María le es confiada, no tanto como mujer que hay que proteger cuanto como Madre que hay que venerar»⁴⁴. En efecto, con más gusto aún que su propia casa lo que abre el discípulo amado a la Madre de su Dios es la morada de su corazón. Ella es quien da y él quien recibe. Comentando el Evangelio de

San Juan, Orígenes escribirá: «Ninguno puede recibir el Espíritu, si no ha reposado sobre el pecho de Jesús y si en él no ha recibido a María por madre suya»⁴⁵.

«Dijo a su Madre: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Luego dijo al discípulo: *He ahí a tu madre*.» Es una inmensa delicadeza de Jesús para con su Madre —aunque cómo iba a recibirla ella más que con lágrimas— el darle como hijos, en la persona del discípulo amado, a cuantos Él redime con su sangre. Y es también una gran delicadeza de Jesús para con el discípulo amado, en quien están figurados todos los que próximos o lejanos acogieron las finezas del divino amor, el darles espiritualmente por Madre a su propia Madre, sean ellos conscientes o no del gran regalo. Así toda la ternura del corazón de la Madre de Dios va a volcarse sobre la miseria de los hijos de Adán. Así éstos son constituidos hermanos de Jesús, no sólo porque tendrán a Dios por Padre adoptivamente, sino también porque tendrán a María por Madre, gracias a la universal compasión corredentora de ella.

Hay actos eminentes de dulzura y mansedumbre que los teólogos llaman bienaventuranzas porque Jesús los ha beatificado. Había dicho en el Sermón de la Montaña, al comienzo de su vida pública: «Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra» (Mt 5, 5). Y ahora, en la cruz, al final de su vida, bajo la atroz quemadura de sus llagas, con una tristeza infinita del alma, no hay en Él más que mansedumbre: pide al Padre perdón para los que le crucifican, promete el paraíso al ladrón, deja al discípulo fiel y a cuantos prolongarán esta fidelidad, a aquella que había sido para Él, en su infancia, una fuente de dulzura. Ya no le queda nada. Al darnos a María nos ha dado todo.

*Su corazón es un jardín de dulzura infinita;
en él, bajo la viña en sangre del más supremo amor,
vendrán a descansar San Juan y Magdalena.*

Esos actos supremos que son una bienaventuranza son, a su vez, efecto del don de piedad. Cuando un alma es dócil al Espíritu Santo, Dios envía sobre ella un soplo que la hace descubrir con rapidez y como experimentar las profundidades insospechadas del misterio de la paternidad divina. Invasada por el espíritu de piedad filial, se afana por dar gracias a Dios no solo en razón de los beneficios de que es colmada, sino en razón de la gloria infinita de Dios, *propter magnam gloriam tuam*, y del abismo adorable de una paternidad «de la que deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Eph 3, 15). Este es el soplo que enardecía al apóstol: «No habéis recibido un espíritu de servidumbre para recaer en el temor, antes habéis recibido un espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba! ¡Padre! El Espíritu mismo testimonia a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Rom 8, 15). Así, bajo el sentimiento de la paternidad infinita, todas las creaturas, incluso las inconscientes y las hostiles, pueden volverse paternales; todas las cosas amargas pueden hacerse dulces. San Benito José de Labre se inclina y recoge la piedra agresiva que le acaban de tirar y que ha hecho brotar sangre de su pierna, la besa, la deja junto al muro de una casa de Bari y continúa su camino⁴⁶. Pascal escribe de Jesús: «Jesús no mira en Judas su enemistad, sino el orden divino que ama; es tan poco lo que se fija en ella, que hasta le llama amigo»⁴⁷. Al llegar su última Pascua, el Salvador había podido decir esta extraña palabra: «Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de sufrir» (Lc 22, 15). La muerte le resultaba amiga, ya que el Padre se la pedía para la salvación del mundo.

Bienaventurados los mansos, «porque heredarán la tierra». Los malvados se desvanecerán, dice el Salmista, «pero los justos poseerán la tierra, en una paz sin fin» (Ps 37 (36) 11), la tierra prometida, que es, en el Antiguo Testamento, la prefiguración del Reino de las almas, más estable que el cielo y sus estrellas. La mansedumbre de Cristo, que le lleva a despojarse por nosotros y a darnos incluso a su propia Madre, le hace merecedor para siempre jamás de este Reino de justicia, de amor y de paz que debe restablecer «cuando venga al final» (1 Cor 15, 24) en la majestad infinita del Padre.

He ahí a tu Madre. Vos sois, Jesús, quien me la dais por Madre. Esta es la herencia que me dejáis. Desde vuestra Cruz es, esa Cruz que brota sangre y a la que me invitáis a aproximarme, desde donde oigo llegar hasta mí, lleno de temblor, esta palabra de «Madre», esta revelación de ternura cuyo sentido será siempre superior a cuanto yo pueda alcanzar.

Vuestra Madre está más próxima a Vos de lo que podría yo estarlo jamás; sus ojos se adentran en la inteligencia del drama de la redención mucho más allá de lo que jamás podrían mis ojos de ciego. ¿Me acogerá María bajo su amplio manto, ese del que lo han revestido los pintores de los siglos pasados? ¿Podrá retenerme junto a ella y lograr que yo vuelva mis ojos hacia esta Cruz, de donde llega hasta mí tan fuerte imán de dulzura, aunque envuelta en un dolor tan enorme que mi ser tiembla y tengo miedo de huir?

Hazme esto, Madre Santa:
Imprime fuerte en mi alma
de Cristo las cinco llagas⁴⁸.

Sois vos, Jesús, quien me ponéis a mí en manos de ella. Haced que escuche vuestra voz. Haced que acoja vuestro designio. Haced que, en mi hora final, cuando lleguen los asaltos de la desesperación, sienta de pronto muy cerca de vuestra Cruz a vuestra Madre, hecha Madre mía, que me da la señal para morir.

*Christe, cum sit hinc exire,
Da per Matrem me venire
Ad palmam victoriae⁴⁹.*

CUARTA PALABRA: DIOS MIO, DIOS MIO...

Et hora nona exclamavit Jesús voce magna dicens: Eloi, Eloi, lama sabachthani? quod est interpretatum: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

Y a la hora de nona gritó Jesús con voz fuerte: *Eloi, Eloi lama sabachthani?* Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15, 34).

Las tres primeras palabras de Jesús manifiestan la claridad infinita que brilla en el centro mismo de su dolor. Jesús se eleva sobre sus torturas, parece olvidarlas, no se ocupa más que de implorar perdón para quien le maltrata, de prometer el paraíso al ladrón y confiar a su Madre al discípulo amado.

Las dos palabras siguientes expresan la intensidad de su dolor. Son gritos arrancados por la crueldad del suplicio, gemidos que suben hasta el Cielo: «¡Dios mío, Dios mío...», y la otra: «Tengo sed». ¿No señalan una introversión de Jesús sobre sí mismo, un replegarse sobre su propio sufrimiento? Tratemos de analizar este misterio.

Sigamos el texto de San Marcos: «Y llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre la tierra hasta la hora nona. Y a la hora de nona grito Jesús con fuerte voz: *Eloi, Eloi, lama sabachthani?* Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y algunos de los presentes, oyéndole, decían: Mirad, llama a Elías» (Mc 15, 33-35; Mt 27, 45-47).

El Evangelista ha relatado un poco antes la crucifixión ⁵⁰, el reparto de las vestiduras, el título de la inscripción, las burlas de los transeúntes, de los escribas y de los ladrones. Desde la hora sexta, precisa él, es decir, desde el mediodía, la oscuridad cubrió la tierra ⁵¹.

Parece que a las tres primeras palabras les sucedió un largo silencio.

A la hora nona, Jesús siente llegar la muerte. De nuevo alza su voz. Va a hablar de forma más angustiosa. Es el momento de sus cuatro últimas palabras.

Se enfrentó con los jefes, aquellos que confundían el orden religioso y el orden nacional. Su mensaje contrariaba demasiado las ideas recibidas, trastocaba en exceso cosas establecidas para quedar impune. Después de la resurrección de Lázaro, relata San Juan, «los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron al Sanedrín y dijeron: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros. Y si lo dejamos así, todos creerán en Él, y los romanos vendrán y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año les dijo: Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo y no que perezca la nación entera? (...). Desde aquel día decidieron matarle» (Io 11, 47-53).

Fácil les fue a estos defensores del orden convertir a Dios en aliado de su causa. después de la declaración de los testigos que cambian el sentido de las palabras de Jesús, el sumo sacerdote le pregunto: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Dios Bendito?» Y, al oír la respuesta de Jesús, «rasgó sus vestiduras y dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Y todos le condenaron como reo de muerte» (Mc 14, 61-64). Jesús había blasfemado declarándose el Mesías, el Hijo de Dios. Era justo que muriese. Así, pues, la causa de ellos es pura, santa, Dios la bendice. Al fin, triunfa... Y el porvenir de ellos queda asegurado.

Cuantos presenciaron la ejecución pudieron mover la cabeza, ante Jesús, en son de burla: ¡A otros ha salvado, a sí mismo no puede salvarse! ¡El Mesías, el Rey de Israel! ¡Que baje ahora de la Cruz para que lo veamos y creamos!» (Mc 15, 31-32). Cualquier sentimiento de piedad sería un crimen. ¿No era bien visible que moría como un maldito, como un abandonado de Dios?

Es entonces cuando brota de la Cruz un grito. ¿Qué puede significar? ¿No es, acaso, una declaración suprema de Jesús? ¿Es que, con él, no acaba por dar la razón a los mas atentos y mas vigilantes de sus enemigos? *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Ha sido condenado por los jefes, en nombre de la religión y de la patria, como sedicioso y blasfemo. Ha sido abucheado por la masa. Ha sido puesto en manos de extranjeros, comparado a los criminales comunes. Ha sido traicionado por un discípulo, negado por otro, abandonado por casi todos.

Luego ha ido como desviando de sí mismo las fidelidades mas inquebrantables, la de su Madre y la del discípulo amado, que trataban de rodear de cariño su agonía, a fin de ser, según la expresión de Santa Ángela de Foligno, «pobre en amigos».

Este momento de total desnudez, en que no tiene ya nada sobre que apoyarse, es el que espera el Padre para desolarle interiormente y dejar caer sobre su corazón el peso de una indecible angustia. Entonces, como si la prueba fuera excesiva y su resistencia estuviera a punto de quebrarse, en un intento supremo, concita todas sus fuerzas y grita con voz potente: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* No dijo «Padre», como en la primera palabra. Dijo: «Dios mío, Dios mío...»

¡Palabra fatal! ¿Por qué la ha pronunciado? ¿Por qué no la ha retenido en su pecho? No sabe que la utilizarán contra Él? ¿Cómo van a reconocer sus contemporáneos, en este hombre transido de dolor, al Mesías que debía al fin librar al pueblo de sus seculares humillaciones? ¿Cómo pensar que quienes más adelante nieguen su divinidad no encontrarán aquí un argumento? Si es Dios, ¿cómo puede decir que su Dios le abandona? Si, palabra fatal, que será hasta el fin del mundo un escándalo para la fe de muchos.

Pero también, para los que creen, palabra adorable. En ella se nos descubre el fondo último del misterio de la Encarnación y los anonadamientos del Verbo hecho carne. Es verdad que es un escándalo. Pero todo el Evangelio es escándalo. Cristo solo salva al mundo contrariándolo. Al final, lo trastocara por completo.

Escándalo es la creación: ¿qué añade el universo a lo Absoluto, las cosas que no son a Aquel que es? Y ¿cómo Dios puede tocar un mundo sin consumirlo? La

Encarnación es un escándalo más clamoroso todavía: el Todopoderoso se hace debilidad, la Palabra infinita está en este niño que balbucea, el Fuego de Dios se une personalmente a una naturaleza humana sin reducirla a cenizas, Jesús es a la vez Dios que escucha y hombre que suplica... La revelación del Verbo hecho carne entra en mí como una espada para hacerme una herida que debe permanecer abierta hasta mi muerte. El escándalo de mi espíritu es tal que es necesaria la fuerza de la fe divina para aquietarme. La razón, en cambio, tiende por naturaleza, a veces secretamente, a racionalizar el misterio. Trata de cerrar subrepticamente la llaga que Dios abre en mí para salvarme. Me fuerza a escoger entre un Jesús puro hombre pasible y un Jesús puro Dios inaccesible al dolor. En efecto, según sugiere la mera razón, o bien Jesús es verdadero Dios, pero entonces es impasible y su sufrimiento no es más que aparente: tal es el error de los docetas; o bien, Jesús ha sufrido verdaderamente como nosotros, pero entonces no es Dios: y tenemos así el error de los nestorianos. Hasta el fin de los siglos, la razón humana, incapaz de sostener por sí misma el impacto de la revelación de la Encarnación, buscará la salida en uno de estos errores opuestos. Solo la fe descubre al Jesús auténtico, Aquel por quien y para quien todo ha sido creado (Col 1, 16) y que, sin embargo, sufre tan atrozmente sobre la Cruz que llega a gritar: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Los niños nunca se han escandalizado de los misterios del cristianismo. Para ellos el universo está lleno de maravillas. Entonces, ¿qué dificultad hay en que Dios haya nacido para salvarnos? Cuando llega el momento de hacerles sentir lo que es un misterio y que la Encarnación es uno de ellos se les podrá preguntar primero: ¿Dios es feliz? Y a continuación: ¿Jesús en la cruz era Dios? ¿Entonces, era feliz? Sentirán en este instante, a su manera, el choque saludable y decisivo del misterio. Y se les dirá que, incluso para las personas mayores, tampoco el misterio queda esclarecido.

Jesús es feliz y sufre atrozmente. Es Dios y es abandonado por su Dios. Entremos un instante en el nudo de este misterio.

Jesús, Dios y hombre, es feliz no sólo como Dios, sino también como hombre. Como Dios es, con el Padre y el Espíritu Santo, el Océano puro de la felicidad infinita. Como hombre pueden coexistir en Él, simultánea e intensamente, la felicidad y el dolor⁵². La felicidad es intensa: porque, desde el primer instante de la Encarnación, la parte superior de su alma, aquella que se refiere inmediatamente a Dios, está sumergida, por un acto jamás interrumpido de visión y de amor, en el Océano de la divinidad. El dolor: porque, durante su vida mortal, los rayos transfiguradores, es decir, los rayos de gloria capaces de transfigurar en un instante todo su ser, quedan detenidos en el ápice de su alma; en cambio, los estratos interiores de su ser —aquellos que conciernen inmediatamente a su misión, a su comportamiento entre los hombres, a su sensibilidad, a su vida corporal—, no son visitados más que por rayos santificadores; es decir, por rayos que no eliminan los sufrimientos, aunque sí los santifican, unas veces llenándolos de luz, y otras, al contrario, cargándolos de desconsuelo, cubriéndolos de tinieblas, abrasándolos en su oscuro fuego.

El comportamiento del Verbo respecto de su parte sensible es desconcertante. En efecto, unas veces la levanta en arrobos repentinos y ella exulta de gozo: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 45); en la Transfiguración hace

desbordar sobre ella oleadas de gloria acumuladas en su alma por la visión intuitiva y el amor beatífico nunca interrumpidos. Otras, en cambio, la cubre con densa oscuridad, dejándola aparentemente sin apoyo, más aún abandonada, sumergida en la amargura de la expiación infinita que ha de dar a Dios en compensación por el cúmulo de iniquidades de la historia de la raza humana: «Y comenzó a sentir temor y angustia. Y les dijo: Mi alma esta triste hasta la muerte... Y decía: ¡Abba, Padre!, todo tu es posible; aleja de mi este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mc 14, 33-34. 36).

¿Cómo entender la coexistencia en Cristo de la visión beatífica y de semejante agonía? Tocamos aquí el fondo del misterio de la Encarnación, donde a fin de cuentas habrá que callar y adorar. Santo Tomás ensaya un modo de explicación. Según él, hay que distinguir entre la parte superior del alma de Cristo, que goza de la visión de Dios, y las potencias inferiores, que sufren el dolor⁵³. Algo así como una montaña, cuya cima está ya iluminada por los primeros rayos del sol naciente y cuya base permanece aún en la sombra.

San Juan de la Cruz comenta la cuarta palabra de Jesús en la *Subida del Monte Carmelo* invitando a los fieles a morir a su naturaleza, tanto sensible como espiritual, siguiendo a Cristo.

«Y porque he dicho que Cristo es el camino, y que este camino es morir a nuestra naturaleza en sensitivo y espiritual, quiero dar a entender cómo sea esto a ejemplo de Cristo, porque Él es nuestro ejemplo y luz.

»*Cuanto a lo primero*, cierto está que Él murió a lo sensitivo, espiritualmente en su vida, naturalmente en su muerte. Porque, como Él dijo, en la vida no tuvo donde reclinar su cabeza, y en la muerte lo tuvo menos.

»*Cuanto a lo segundo*, cierto está que al punto de la muerte quedó también aniquilado en el alma sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad, según la parte inferior. Por lo cual, fue necesitado a clamar diciendo: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?* Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida. Y así, en Él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo, conviene a saber: acerca de la reputación de los hombres, porque como le veían morir, antes hacían burla de Él que le estimaban en algo; y acerca de la naturaleza, pues en ella se aniquilaba muriendo; y acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre, pues en aquel tiempo le desamparó por que puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios, quedando así aniquilado y resuelto así como en nada. De donde David dice de Él: *He sido reducido a nada y nada sé.*

»Para que entienda el buen espiritual *el misterio de la puerta y del camino de Cristo* para unirse con Dios, y sepa que cuanto más se aniquilare por Dios, según estas dos partes sensitiva y espiritual, tanto más se une a Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar. No consiste, pues, en recreaciones y gustos, y sentimientos

espirituales, sino en una viva muerte de cruz, sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior»⁵⁴.

«Jesús en su pasión sufre los tormentos que le causan los hombres; pero en la agonía sufre los tormentos que Él mismo se inflige: *turbare semetipsum* (Io 11, 33)⁵⁵. Es el suplicio de una mano no humana, sino todopoderosa; y es preciso que también Él sea todopoderoso para resistirlo»⁵⁶. Así habla Pascal. Pero el dolor de Jesús va aumentando desde el huerto de Getsemaní hasta el Gólgota. El sufrimiento interior de la agonía, que se causa Él mismo y que su divinidad inflige a su humanidad privándola de consuelo precisamente cuando hace recaer sobre ella el peso de la redención del mundo, aflora secretamente en todos los sufrimientos exteriores de la pasión y, con violencia inédita, en el momento de la cuarta y quinta palabras. Los tormentos que le causan los hombres no hacen más que sumarse al dolor que Él mismo se inflige, para hacerlo más cruel.

En la agonía suplicaba y decía: *¡Abba! ¡Padre!* Ahora, en este momento de su pasión, ya no suplica; se queja de haber sido abandonado. Dice solamente: *¡Dios mío, Dios mío!*, como si no sintiese el vínculo de la filiación. En la agonía, «se le apareció un ángel del cielo, que le confortaba» (Lc 22, 43). En la Cruz, el cielo parece sordo a su lamento; los soldados, que no comprenden, piensan que llama a Elías y dicen: «Veamos si viene Elías a salvarle» (Mt 27, 49).

Esta aparición del ángel en la agonía de Jesús es un suceso lleno de misterio. ¿Qué puede darle un ángel a Jesús, que, aún como hombre, es Rey de los Ángeles, a quien todo está sometido (1 Cor 15, 27; Col 2, 10), a quien todos los Ángeles de Dios deben adorar? (Heb 1, ó). ¿Puede acaso un ángel reconfortar al Rey de los Ángeles? ¿Qué significa entonces todo esto? Lo siguiente. La divinidad de Jesús viene en auxilio de su humanidad, enviando a uno de sus Ángeles. Desde el instante de la Encarnación, los Ángeles hacen coro alrededor de Jesús, disfrutando de la irradiación de su visión beatífica. La divinidad permite que uno de ellos, que se llama en adelante el Ángel de la Agonía, pueda llevar, en la desolación de Cristo, a las regiones dolientes de su ser, un rayo de esa luz que toma del paraíso del alma de Cristo. Es Jesús quien concede al ángel consolarle un instante en su divina agonía. De Jesús pasa a Jesús, por el ángel, esta señal del Cielo, esta gracia fugitiva.

Cualquiera que sea la angustia de las potencias inferiores de su ser, Jesús, en la cúspide de su alma, disfruta de la visión beatífica. Es una locura pensar que, en el momento de su agonía —como dice Calvino cuando intenta explicar, en su *Institución cristiana*, el descenso a las infiernos⁵⁷—, «sufrió los espantosos tormentos que sienten los condenados y perdidos», que «fue presa de las tristezas y angustias que engendra la ira y la maldición de Dios», que «experimentó todas las penas con que Dios castiga a los pecadores, irritándose contra ellos y desechándoles», que «temió por la salvación de su alma», que «tembló de horror ante la maldición y la ira de Dios», y que así «descendió a los infiernos».

No. Jesús no temió por la salvación de su alma. No creyó nunca que Dios le castigaba. No sufrió los tormentos de los condenados. Sufrió moral y psíquicamente mucho más de lo que jamás nosotros podremos saber en la tierra. Vió cada uno de mis pecados, cada una de mis traiciones, cada uno de mis rechazos de su verdad. Sobre todo previó también los flagrantes desprecios por los que algunas almas se separarían

definitivamente de su Amor. Su sufrimiento es el del Salvador del mundo, no el de un condenado. Es satisfacción, no castigo. Es sufrimiento luminoso, no desesperado.

Pero el sufrimiento luminoso de un Dios que muere por nosotros es más desgarrador que el sufrimiento de la desesperación. Sólo a Él se concedió medir plenamente el abismo que separa el bien del mal, el cielo del infierno, el amor del odio, el sí del no dicho a Dios. Sólo a Él se concedió poder conocer hasta el fondo, poder asumir todo entero, poder ofrecer a Dios, el precio exigido para la redención del pecado y la renovación del universo.

Que el sufrimiento luminoso de la redención sobrepase todo el sufrimiento de los desesperados, que sea el más intenso de todos los sufrimientos y algo así como la sombra de lo que sería, si fuera posible, el sufrimiento de la divinidad misma, es un nuevo aspecto del misterio de la Encarnación. No conviene dejar este punto sin una explicación.

¿No dijo San Pablo que Cristo se hizo por nosotros maldición?: «Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros maldición; pues escrito está: Maldito todo el que es colgado del madero» (Gal 3, 15). ¿No dijo incluso que Cristo fue hecho por nosotros pecado? ⁵⁸: «A quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que en Él fuéramos justicia de Dios» (2 Cor, 5, 21). Veamos qué significan estos textos.

Jesús no es un maldito; es el Hijo muy amado en quien Dios puso todas sus complacencias (Mc 9, 7); pero por nosotros «llegó a ser maldición». No es un pecador; es santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores, más alto que los cielos (Heb 7, 26); pero por nosotros Dios «le hizo pecado». ¿Qué hay bajo estas espantosas palabras?

Sin duda, para sus enemigos Jesús fue presa de la maldición divina y del pecado. Pero el sentido de las palabras del Apóstol es más misterioso. No sólo a los ojos de sus enemigos, sino incluso en relación con el plan divino de la salvación del mundo, Jesús pareció identificarse con la maldición y el pecado. En efecto: la revelación nos enseña que el hombre fue creado en estado de felicidad. Con el pecado, su condición llegó a ser dramática, trágica; y así será hasta el fin del mundo. Jesús descendió hasta el fondo de este drama, de esta tragedia. La tomó sobre El, se revistió de ella, asumió todas sus amarguras, «hasta la muerte de cruz» (Philp 2, 8). De esta forma, Él, que no tenía pecado (Heb 4, 15), se identificó con nuestra situación de maldición y de pecado. No es que la alejase de nosotros, sino que la soportó en Sí mismo con amor. Y viviéndola Él, vino a ser y ha llegado a ser, en Él, por la dignidad infinita de su persona, una compensación de amor, cuya infinitud sobrepasa incomparablemente la infinidad de la ofensa hecha a Dios por el pecado de los hombres. En Él, la tragedia de nuestra condición, iluminada y transfigurada por su caridad, no ha sido abolida, sino rescatada, es decir, utilizada para un maravilloso plan de amor: ha llegado a ser redentora de todos los pecados de los hombres. Y, en nosotros, la misma tragedia de nuestra condición humana, si nosotros la llevásemos en la gracia y la verdad que desciende de Cristo hasta sus miembros, puede llegar a ser, hasta el fin de la historia, corredentora en Cristo de nuestros contemporáneos.

Ahora podemos acabar de leer el texto de San Pablo a los Gálatas: «Cristo nos redimió de la maldición de la Ley haciéndose por nosotros maldición para que la bendición de Abrahán se extendiese a los gentiles en Jesucristo y por la fe recibamos la promesa del espíritu» (Gal 3, 13-14)⁵⁹. Cristo, el rescatarnos de la maldición, es decir, para que podamos llevar en adelante la maldición de nuestra condición en la gracia de su Espíritu Santo. Querer prolongar la Economía de la Ley, como querían los Gálatas, sería entorpecer la Economía de la Promesa y de la edad del Espíritu Santo. Podemos releer, de forma parecida, con su contexto, la advertencia del Apóstol a los Corintios: «Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios. A quien no conoció el pecado, Dios le hizo por nosotros pecado, para que en Él fuéramos justicia de Dios» (2 Cor 5, 20-21). Cristo llegó a ser por nosotros pecado para que nosotros lleguemos a ser, en Él, santidad. En otras palabras: Cristo, sin pecado, se identificó con la condición trágica que hizo el pecado, para que, en el seno mismo de esta trágica condición, podamos, por la gracia que fluye de Él, vivir reconciliados con Dios y «aprovechar bien el tiempo» (Eph 5, 16).

Conviene decir una palabra, aunque sea breve, sobre los que sufren esta tragedia de la condición humana sin poder transfigurarla por el amor, porque no han despertado aún a la vida moral, ni son capaces de hacer un acto profundo de libertad. El misterio del sufrimiento de los niños, bautizados o no.

¿Qué puede responder la filosofía? Pues dice que forman parte del gran todo que es el universo, donde la vida y la sensibilidad aportan una riqueza incomparable, aunque esto tenga, como contrapartida ineludible, el dolor y la muerte. Dice que en conjunto vale más que existan el dolor y la muerte que suprimir la vida y la sensibilidad para que no haya ni muerte ni dolor. Todo esto es verdad, y Santo Tomás mismo lo confirma⁶⁰. Pero ahí concluye la respuesta de la filosofía.

Ahora bien: esta respuesta no es suficiente. «Un filósofo como Leibniz entiende en un sentido de filosofía pura, y como una respuesta suficiente dada por la filosofía pura» la verdad que acabamos de recordar, a saber, que el dolor humano es la contrapartida necesaria de la humana sensibilidad. «Entonces este filósofo nos dice que es bueno que una madre llore la muerte de su hijo, porque la máquina del mundo pedía tal dolor para ser más perfecta. *Rachel plorans filios suos, et noluit consolari...* Explicará esta posición leibniziana a la madre en cuestión, y que eso era necesario para que todos los grados del ser fuesen cumplidos. Ella os responderá que se burla de la máquina del mundo; y que se le devuelva a su hijo. Y tendrá razón; porque estas cuestiones no se resuelven por la máquina del mundo, sino en la noche de la fe y por la cruz de Jesús.» Santo Tomás no olvida, pues lo dice con frecuencia, que el hombre es una persona. Por ello, «el dolor de un hombre es el dolor de una persona, de un todo. Aquí, el hombre no es ya considerado como parte del universo; sino que, en cuanto persona que es, es considerado como un todo, como un universo por sí mismo. Sufrir este dolor como parte del universo, en la perspectiva de naturaleza, o de mundo como obra de arte de Dios, no suprime el hecho de que, en cuanto persona, esto sea una incomprendible anomalía»⁶¹.

Como se ve, en este punto la filosofía no puede dar una respuesta íntegra sin recibir de la teología datos superiores. ¿Qué dirá la teología del sufrimiento y la muerte de los niños? Dirá ante todo, que el dolor y la muerte también a ellos les alcanza en su

naturaleza, hecha de espíritu y de carne. Que, no obstante, Dios, en su bondad infinita, había previsto para ellos una condición de pura felicidad. Y el dolor y la muerte entraron en nuestro mundo como consecuencia del pecado original.

Dirá además que el grito de Raquel es como una prueba del paraíso terrestre. Si no quiere ser consolada es porque tiene el oscuro presentimiento de lo que era nuestra primera condición.

Dirá que un día los niños, resucitados por virtud de Cristo, no conocerán ya el sufrimiento, o en el cielo si murieron bautizados, o en el limbo si murieron sin el bautismo.

Dirá también, dirigiéndose a Raquel, que hay sufrimientos que se quedarán sin consuelo en esta tierra —sufrimiento que Cristo ilumina aún sin calmarlos— y que el consuelo definitivo sólo se encontrara en el cielo.

Y dirá también a Raquel, que a los niños no bautizados que son asesinados por odio de Cristo, Cristo les otorga el bautismo de sangre y les introduce inmediatamente en su gloria.

Sería preciso añadir todavía una palabra sobre todos aquellos, niños o adultos, que podrían hacer uso de su libertad, pero son aplastados por la brutalidad de los acontecimientos, «que mueren como expulsados de la existencia terrestre, arrojados en la agonía de Cristo sin saberlo ni quererlo». Sobre esto hablaremos un poco mas adelante.

Jesús sufrió sobre la cruz unos dolores de intensidad inigualable. Con delicada ternura lo demuestra el Doctor Angélico.

Padeció los mas intensos dolores corporales, porque su sensibilidad era la mas delicada que haya existido jamás, la sensibilidad de un cuerpo formado inmediatamente por el Espíritu Santo en la Virgen María ⁶²; y la vida que iba a dejar era de un precio inestimable, puesto que había sido asumida por la divinidad ⁶³.

Sufrió también los mas acerbos dolores espirituales. Su alma estaba como destrozada, dividida entre la visión, por una parte, de la santidad infinita de Dios y, por otra, de la oleada incesante de pecado que proviene de la tierra. En virtud de la visión beatífica, veía con una sola mirada en el espejo del Verbo todo el desarrollo de la historia, «todos los pecados del genera humano por los que ofrecía en satisfacción sus propios padecimientos»⁶⁴. Veía también todos los rechazos de las almas, y la fuerza divina de un amor ⁶⁵ laceraba su corazón. Es teológicamente verdadera la palabra del Misterio de Jesús: «Pensaba en ti en mi agonía, por ti he derramado tales gotas de sangre»⁶⁶.

Jesús, según explica Santo Tomás, abrazó voluntariamente el sufrimiento, tomando de el la cantidad proporcionada a la inmensidad del fruto que había de resultar, es decir, la liberación de los hombres del pecado ⁶⁷.

Dios concede a algunas almas corrededoras saber experimental y plenamente lo que representa de oración y de agonía, llevar el peso de la salvación de un alma. Escribe María de la Encarnación, en su *Relación de Quebec 1654*, a propósito de la vida de su

hijo y de su sobrina, a quienes ella quería enteramente para Dios: «Vos sabéis, mi divino Esposo, que por estas dos almas que os he pedido que no sean para el mundo, yo me he ofrecido a soportar el castigo de las faltas que hayan podido cometer contra vuestra divina Majestad y que les hayan podido hacer indignos de vuestra vocación, de vuestra amistad y del estado de total dedicación a vuestro santo servicio»⁶⁸. En su Memoria de 1656, respondiendo a las preguntas de su hijo, Dom Claude Martín, describe de esta forma la prueba que hubo de pasar en esta ocasión: «Esta llama que vi no duró mucho tiempo, pero su efecto fue tan vivo y tan agobiante que me pareció ser la puerta misma del infierno. Me atormentaba la tentación de desesperación, que trataba de precipitarme para desagradar a Dios. Él, sin embargo, me sostenía por un secreto resorte en el fondo de mi alma, para no hacer nada que le fuese desagradable. Esto me ha sucedido varias veces en momentos de grandes penas, pero no con tanta violencia como en esta ocasión. En cuanto a decir sois vos la causa de todo esto solo Dios lo sabe.

Yo he cometido bastantes pecados como para merecer el castigo de un millón de infiernos; así que dejemos esto al juicio de su divina Majestad. Lo que sí es verdad es que he querido hablar de vos, y si hubiese sido necesario sufrir hasta el fin del mundo para ganaros para Dios, con gusto lo hubiera hecho porque su divina Majestad me ha dado una vocación viva y eficaz para ello»⁶⁹.

Pero las almas corredentoras no pueden cargar con las almas rescatadas más que en la medida en que ellas mismas, a su vez, son llevadas por la agonía y la pasión de Jesús. Todo el peso de la condenación del mundo descansa en última instancia sobre la única mediación redentora de Cristo Jesús. María de la Encarnación añade inmediatamente: «No obstante, se muy bien que vuestras vocaciones a su santo servicio proceden de su puro amor y de su elección gratuita»⁷⁰.

En la cuarta palabra hay dos aspectos.

Por un lado, un grito espontáneo de Jesús. Es lo que hemos considerado hasta aquí. Por otro, es la cita, en labios de Cristo, del comienzo de un salmo que describía proféticamente las pruebas del Justo. Es lo que vamos a mostrar a continuación.

En el primer aspecto es una especie de interrogante que el Justo le lanza al cielo. En el segundo es una respuesta dada por el Justo a sus compatriotas que le persiguen.

En el primer sentido es un gemido desgarrador que sube hasta Dios. En el segundo, una terrible acusación contra la justicia y los tribunales humanos.

Por una parte, es el lamento de una sensibilidad sumergida en el dolor. Y, por otra, es la última y solemne advertencia de una voluntad que, dominando el dolor y ansiando arrancar a las almas de la perdición, las enfrenta misericordiosamente con el juicio de las profecías.

El salmo 22 (21 de la Vulgata) describe las pruebas del Justo con una visión tan penetrante, tan escrutadora, que en él aparece verdaderamente profetizado, con siglos de antelación, y con precisiones sorprendentes, el suplicio que padecerá el Justo por excelencia, el Mesías.

El Justo se siente desamparado de Dios:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
Lejos estás de mi socorro, de las palabras de mi gemido.
Dios mío, clamo de día y no me respondes;
de noche, y tu no me atiendes.»

¿Es posible que Dios pueda abandonar a los suyos?
«Con todo, tú eres el Santo;
que habitas entre las alabanzas de Israel.
En ti esperaron nuestros padres,
confiaron y tú los libraste.
A ti clamaron y fueron librados,
en ti confiaron y no fueron confundidos.»

Pero ahora sí que parece que Dios se ha retirado:
«Pero yo soy un gusano, no un hombre;
el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo.
Búrlanse de mi cuantos me ven,
abren los labios y mueven la cabeza.
Se encomendó a Yahvé—dicen—;
líbrele, sálvele Él, pues dice que le es grato.»

Recordemos el texto de San Mateo: «Igualmente los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos se burlaban. Y decían: Salvó a otros y a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que Él lo libre ahora si es que le quiere, puesto que ha dicho: Soy el Hijo de Dios» (Mt 27, 41-43).

Las lamentaciones del salmista continúan:

«Me rodean como perros,
me cerca una turba de malvados;
han traspasado mis manos y mis pies
y me han acostado en el polvo de la muerte.»
«Cuentan mis huesos uno a uno me miran, me contemplan.
Se reparten mis vestidos
y echan a suertes mi túnica.»

San Juan escribió: «Mirarán al que traspasaron» (Io 19, 37)⁷¹; y San Mateo relatará que los soldados se repartieron los vestidos de Jesús (Mt 27, 35) «a fin de que se cumpliese la Escritura: Repartieron mis vestidos y echaron a suertes mi túnica» (Io 19, 24).

Sin embargo, el justo perseguido continúa implorando a su Dios:

«Pero tu, oh Yahvé, no tu alejes;
fuerza mía, ven pronto a socorrerme.»

Y sabe que es escuchado:

«No despreció a un desdichado
ni rehusó responderle.
No apartó de mi su rostro,
me escuchó cuando le imploraba.»

Las estrofas finales del salmo se abren a unas vastas perspectivas mesiánicas que se refieren a Israel y al mundo entero:

«Se acordarán y se convertirán a Yahvé
todos los confines de la tierra,
y se postrarán delante de Él
todas las familias de las gentes.
Porque de Yahvé es el reino,
y Él dominará a las gentes...
Mi alma vivirá para Él.
Mi posteridad le servirá,
se hablará del Señor a las generaciones venideras.
Los pueblos que nacerán conocerán su obra.»

El salmo 22 es un canto de esperanza. El clamor del principio: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*, es un grito de dolor, no de desesperación. Como los violentos sollozos de Job y de Jeremías, expresa la angustia del alma que siente haber llegado al límite último de su propia resistencia, y que concita sus fuerzas para gritarle a Dios que la medida está ya colmada.

Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado? En el corazón del salmista, es un grito de angustia, no de rebelión, y el comienzo de un canto de esperanza mesiánica. ¿Cómo iban a ser un grito de desesperación en el corazón del Mesías, cuando cita intencionalmente estas mismas palabras, dándoles por vez primera toda su inimaginable profundidad?

Son una súplica desgarradora que sube hacia el cielo. Son también, según dijimos hace un instante, una solemne amonestación para sus mayores enemigos.

Para aquellos príncipes de los sacerdotes y escribas que están al pie de la cruz, es claro que Jesús muere como un maldito. Se ha atribuido títulos insensatos, ha blasfemado, se ha creído Mesías e Hijo de Dios. Por fin, ahora lo reconoce: Dios le ha abandonado.

Es cierto que acaba de lamentarse. Pero estaba profetizado que el Justo, en el colmo de su dolor, se quejaría de haber sido abandonado por Dios: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» Eran las primeras palabras de un salmo que ellos sabían de memoria.

Habían dicho un poco antes, en son de burla: «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. ¡El Mesías, el Rey de Israel! Baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos» (Mc 15, 31-32). Él seguía clavado en el madero, su Dios no venía a librarle, su Dios le abandonaba. Pero el salmo, cuyas primeras palabras acababa de citar Jesús, decía: «Búrlanse de mí cuantos me ven, abren los labios y mueven la cabeza. Se encomendó a Yahve —dicen—; líbrele, sálvele Él, pues dice que le es grato».

Los soldados que crucificaron a Jesús habían hecho cuatro partes de sus vestidos y echado a suertes su túnica. Y el Justo decía en el salmo: «Han traspasado mis manos y mis pies... Se reparten mis vestidos y echan a suertes mi túnica».

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Cómo no iban a ver, al menos como a la instantánea luz de un relámpago, la terrible ambivalencia de estas palabras que grita Jesús con voz potente? ¿Es que son en verdad un gemido desesperado o serán mas bien el lamento del Mesías? ¿Es la muerte de Jesús la muerte de un

insensato, de un maldito, o será la muerte del Justo de que habla el salmo? ¿Son ellos los mandatarios de la justicia de Dios o serán unos asesinos, tal vez incluso de su propio Mesías?

¡Qué tremenda alternativa! ¿Qué harán? ¿La acogerán, cancelando un futuro de remordimientos y congojas? ¿O la descartarán, echando tierra sobre cualquier interrogante y haciéndose entre todos una buena conciencia colectiva? Para estos hombres, este es el momento decisivo del paso de la gracia.

A cuantos han recibido mucho de Él, pero que, en un momento de su vida, le han vuelto la espalda y se han endurecido, caminando hacia su propia destrucción, Dios les dirige a veces solemnes, terribles, crueles amonestaciones, que son las penúltimas, tal vez las últimas, invitaciones de su Amor.

A la luz de estas ideas se aclara la conducta de Jesús para con Judas. Cuando anuncia abiertamente a los apóstoles: «Uno de vosotros me entregará (Mc 14, 18)..., uno de los Doce, que moja conmigo en el plato (Mc 14, 20)..., ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre!; más le valiera no haber nacido» (Mc 14, 21); cuando responde a la pregunta privada de Judas: «Tú lo has dicho» (Mt 26, 25); cuando moja el bocado para dárselo (Io 13, 26); cuando le dice, en fin, su última palabra: «Amigo, que has venido?» (Mt 26, 50); cuando hace todo esto, Jesús está poniendo en práctica las últimas tentativas de su misericordia para arrancar al apóstol desesperado de su infierno —y ¿qué infierno, sino el que solo ha podido cavar la envidia?— y para hacer que se confiese pecador, que pida un perdón que, incluso entonces, cambiaría de repente su destino.

Es cierto que Jesús está agobiado por el exceso de dolor y por la desolación de su alma, puesto que grita con fuerte voz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Pero es cierto también que Jesús domina, incluso como hombre, su dolor y su desolación espiritual, puesto que, para gritarle a Dios, lee en el pasado bíblico y respalda su queja en las palabras de un salmo mesiánico, dándoles con ello una carga de sublime significación.

Parece vencido por el sufrimiento, pero hay en Él una voluntad lúcida que triunfa del dolor, que sabe que este sufrimiento es mesiánico, que decide aceptarlo y que lo soporta sin desfallecer.

Digámoslo una vez más: este es el misterio de Jesús. En Getsemaní, oraba diciendo: «Abba, Padre, todo te es posible: ¡Aleja este cáliz de mí!»; tal era la inclinación de su sensibilidad y el deseo de su naturaleza. Pero añade a continuación: «Mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú» (Mc 14, 36): esta es la decisión de su libertad; el querer de su voluntad racional⁷².

Al iniciar la explicación de esta cuarta palabra, nos preguntábamos si no significaría un repliegue de Jesús sobre sí mismo, un encerrarse en su propio sufrimiento. Ahora podemos responder. El magnánimo deseo de salvar a las almas, que tan claramente mostraban las tres primeras palabras de Jesús, ni un instante cesó de devorar su corazón, y eso fue lo que le mueve, a tomar sobre sí el peso del sufrimiento mesiánico. Sin embargo, lo que la cuarta palabra nos manifiesta es, ante todo, la

inefable agonía del Salvador. La Divinidad retiene todas las gracias consoladoras y hace descender, sobre la sensibilidad y las regiones inferiores del alma de Cristo, la noche oscura de una desolación infinita.

Es un misterio esta alternativa de luz y de noche, de calma y de agonía, de serenidad y de angustia, que se da en la pasión del Salvador. Contraponiendo estos dos aspectos del sufrimiento redentor, uno de luz, que se expresa en las últimas palabras de Cristo, cuando entrega su alma al Padre; otro de angustia, que se manifiesta en la cuarta palabra, se ha escrito: «Parece como si la agonía de Jesús fuera algo tan divinamente inmenso que es imprescindible, para que su imagen pase de Él a sus miembros y los hombres puedan participar completamente en este gran tesoro de amor y de sangre, que se fraccione en ellos según sus aspectos contrastantes»⁷³.

El aspecto de luz se prolonga en los santos. Van libremente en seguimiento de Jesús, se ofrecen con Él, conocen los secretos de la vida divina. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia... «En las torturas del cuerpo y del espíritu, en los abismos del abandono, son unos privilegiados. La bienaventuranza de los perseguidos ilumina su existencia terrestre. Cuanto más abandonados, más pueden decir con San Juan de la Cruz: Míos son los cielos y mía es la tierra...»

«Pero los completamente abandonados, las víctimas de la noche, los que mueren como expulsados de la existencia terrestre, los que son arrojados en la agonía de Cristo sin saberlo ni quererlo son expresión de la otra cara de esta agonía y es bien necesario sin duda que también este aspecto sea manifestado... A este otro rebaño, Jesús le deja como un legado en estas palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?* Es el gran rebaño de miserables auténticos, de muertos sin consuelo. ¿Cómo no iba a cuidar de los que llevan esta señal de su agonía? ¿Cómo su mismo abandono no iba a ser el signo de su pertenencia al Salvador crucificado, y un título supremo a su misericordia? En la encrucijada de la muerte, en el instante en que pasan al otro lado del velo, cuando el alma va a dejar una carne que el mundo no ha querido, ¿no habrá tiempo aún de decirles: *Estarás conmigo en el paraíso?*»⁷⁴.

«Algunos de los presentes, oyéndole, decían: Mirad, llama a Elías» (Mc 15, 35).

Jesús había dicho: *Eloi*, no *Elijah*. Sólo los doctores comprendieron que citaba un salmo. Los otros creyeron, o fingieron creer, que llamaba a Elías. «Vieron en esto la última alucinación de aquella mente que la tortura había trastornado. Porque Elías, como sabían todos, volvería para manifestar al Mesías (cfr. Mc 9, 11-13). Pero no iría a buscarle sobre la cruz»⁷⁵.

Brotara un retoño del tronco de Jesé, retoñara de sus raíces un vástago. Sobre Él reposara el Espíritu de Yahvé..., espíritu de entendimiento y de temor de Yahvé» (Is 11, 1-2). Jesús poseía, en el grado más elevado y en la forma más pura, el don de temor, que hacía su corazón totalmente dócil a los impulsos del Espíritu de temor. Como explica Santo Tomás⁷⁶, el temor de Dios no podía ser en Jesús lo que es en nosotros: esa impresión, ese temor delicado y filial a separarse de Dios por algún pecado que podamos cometer; mucho menos todavía, podía ser ese temor, ciertamente saludable,

que despierta en nosotros el pensamiento del castigo merecido por nuestros pecados. El temor de Dios en Jesús no podía ser más que el temblor de su naturaleza creada en presencia de la Trascendencia divina, ese sentimiento de reverencia amorosa que el Espíritu Santo sostuvo de continuo en la naturaleza humana de Cristo manteniéndola así unida a su Principio. Esta amorosa reverencia la experimentó Cristo en cuanto hombre en un grado mucho más elevado del que puede alcanzar cualquier otra creatura.

El temor reverencial y amoroso de la Trascendencia divina, que llenaba el alma santísima de Cristo, contribuía a suscitar en Él un afán insaciable de pobreza: pobreza de cosas exteriores, pobreza terrible de dolor corporal y esa otra pobreza más desgarradora, la agonía sobre la cruz, ante la cual se estremecía todo su ser.

Había dicho en el Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los pobres de espíritu...» (Mt 5, 3). Y, desde ese momento, la pobreza se convirtió en bienaventuranza. Pero los nuevos impulsos del don de temor jamás llevarán a nadie a pobrezas comparables a las del Salvador, que da su vida para la redención del mundo.

«Bienaventurados los pobres de espíritu...» Es la bienaventuranza del don de temor. Y esta es su recompensa: «Porque de ellos es el reino de los cielos». A la pobreza se ha prometido el reino de los cielos; pero ahora, entre lágrimas; más tarde, en la paz. Cristo, divinamente Pobre, llega a ser divinamente Rey. «Él es, dice la Epistola a los Hebreos, quien habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y suplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor... y vino a ser, para todos los que le obedecen, causa de salvación eterna» (Heb 5, 7-10). Y San Pablo escribe a los Corintios estas maravillosas palabras: «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza» (2 Cor 8, 9).

En toda vida humana hay muchos momentos de indecible tristeza: siempre la misma lucha, que es preciso recomendar cada día; siempre la misma impotencia para acabar con el mal, en sí mismo y en el mundo; y, además, las desgracias, la muerte, las catástrofes, tantas cosas amadas que se destruyen... «Incluso cuando uno se ve bastante al abrigo de todo, quizá aparece el desaliento surgiendo, por propia iniciativa, del fondo del corazón, donde tiene sus raíces naturales, para llenar el espíritu de su veneno»⁷⁷.

¡Jesús, que mis tristezas no sean un veneno! Que me visiten en la medida en que sea necesario; yo acepto desde ahora, con voluntad amorosa, que vengan a desolar mi alma, que la llenen hasta el borde; pero haced que la amargura y la angustia que me invadan no sean nunca de rebeldía ni desesperación. Traed, Señor, hasta mí en esos momentos la grandeza de vuestra agonía. Haced que, repitiendo con mi corazón las palabras que Vos pronunciásteis en el ápice de vuestro dolor por los hombres, sienta que mi angustia se disuelve en la vuestra como una lágrima en el océano. Haced que mi dolor deje de ser egoísta para comenzar a ser corredentor. Os suplico, Señor, me concedáis antes de mi muerte, siquiera sea en corta medida, el privilegio de presentir en algún instante el misterio de vuestra noche redentora y de vuestro abandono.

QUINTA PALABRA: TENGO SED

Postea scens Jesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed (Io 19, 28).

La cuarta y la quinta palabra de Jesús hablan, ante todo, del exceso de su sufrimiento. Presentan al Salvador acosado en los reductos últimos de su sensibilidad. La cuarta es el grito de la congoja interior. La quinta, más humilde y lastimosa todavía, es el grito de la penuria física.

Las cuatro palabras anteriores suponían presencias. Hasta en la cuarta, hay diálogo entre Jesús y Dios. Aquí, las presencias se han retirado, la soledad no tiene límites, no hay más que el grito del suplicio de la sed. Pero el que dice: *Tengo sed*, es el Verbo divino, y de nuevo se abre ante nosotros el misterio de la Encarnación.

La cuarta palabra: «*Dios mío, Dios mío...*», se nos ha conservado en San Marcos y San Mateo. La quinta palabra nos la refiere San Juan. Después de relatar las palabras de Jesús a su Madre y al discípulo amado, continúa: «Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed. Había allí una vasija llena de vinagre. Fijaron en una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la llevaron a la boca» (Io 19, 28-29).

La quinta palabra también tiene, como la precedente, dos aspectos. Es el gemido extremo, arrancado espontáneamente a Jesús por el dolor físico. Y es la cita voluntaria que Él hace del texto de un salmo mesiánico.

Por una parte se diría que no hay en Jesús otra ansia que la de la sed que le quema interiormente. Por otra, su espíritu mantiene imperturbable el camino trazado de antemano por el Padre y se va ofreciendo en cada uno de los episodios de la pasión redentora.

He aquí, pues, en Jesús, una vez más, las desgarradoras paradojas de la Encarnación. Por una parte, el afán de su sensibilidad torturada, que le hace desear verse libre del dolor. Por otra, la santa decisión de su voluntad, que le lleva a apurar el cáliz de los sufrimientos previstos. El Evangelista subraya esta clara voluntad: «Jesús, sabiendo que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed».

He aquí, de nuevo, delante de nosotros, el abismo del misterio de la fe: hay que creer en un Jesús agobiado por el dolor y, al mismo tiempo, dominando su dolor: un Jesús que nos mueve a piedad, y, al mismo tiempo, nos impresiona por la implacable lucidez de su espíritu.

Sobre estas palabras: «para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: Tengo sed», Santo Tomás advierte en su comentario: «Es preciso tener en cuenta que la expresión para que indica aquí no una razón, una causa, sino una constatación, una consecuencia. Jesús no dice que tiene sed para que se cumpla la profecía del Antiguo Testamento; sino, al contrario, la profecía ha sido escrita porque un día sería vivida por Cristo. Decir que Cristo ha pedido de beber porque las Escrituras lo habían predicho, sería decir que el nuevo Testamento está ordenado al Antiguo y viene para cumplirlo. Hay que invertir la perspectiva: las profecías han sido hechas porque serán vividas por Cristo»⁷⁸, Jesús ha dicho: «Tengo sed» de forma que la Escritura ha quedado cumplida.

Los salmos cuando designan directamente al futuro Mesías o el futuro reino mesiánico son mesiánicos en sentido literal. Pueden también referirse inmediatamente a ciertos sucesos de la vida de un justo o de la vida de Israel, capaces de prefigurar al Mesías o el reino mesiánico; el sentido mesiánico, en este caso indirecto, es entonces llamado típico o espiritual.

En sentido literal se habla del Mesías en el salmo 2:

«Se reúnen los reyes de la tierra
y a una se confabulan los príncipes, contra Yahvé y contra su Ungido:
¡Rompamos sus trabas, arrojemos de nosotros sus ataduras!
El que mora en los cielos se ríe. El Señor se burla de ellos...
Yahvé me ha dicho: «Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy.
Pídeme y haré de las gentes tu heredad
te daré en posesión los confines de la tierra.»

Lo mismo en el salmo 110 (Vulg. 109), donde David anuncia:

«Oráculo de Yahvé a mi Señor: Siéntate a mi diestra
mientras ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.»

Estas palabras las citará el Salvador: «Reunidos los fariseos, les preguntó Jesús: Que os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dijéronle ellos: De David. Les replicó: Pues ¿cómo David, inspirado, le llama Señor, diciendo: “Dijo el Señor a mi Señor...” Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió desde entonces a preguntarle más» (Mt 22, 41-46).

El salmo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado», ¿se refiere directamente al Mesías? Sería entonces mesiánico en sentido literal. ¿O describe más bien inmediatamente las tribulaciones típicas del hombre justo, que, llevadas al supremo grado de intensidad, debían ser las del Justo por excelencia, del Mesías? Sería entonces mesiánico en sentido típico o espiritual.

«Jesús, sabiendo que todo estaba ya consumado, para que se cumpliese la Escritura, dijo: *Tengo sed.*»

¿De qué Escritura se trata? En el salmo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» se lee:

«Seco está como un tejón mi paladar,
mi lengua está pegada a las fauces» (Ps 22, 16).

Pero el Evangelista piensa más en otro salmo, el salmo 69 (Vulg. 68), en que se lee:

«Diéronme a comer veneno,
y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Ps 69, 22).

Este salmo manifiesta las lamentaciones de un siervo de Dios perseguido por su celo. No se refiere directamente al Mesías. Algunos trozos, en efecto, no podrían convenirle. Por ejemplo, aquellos donde el justo perseguido reconoce sus pasados extravíos:

«Oh Dios, has conocido mi locura
y no se te ocultan mis pecados» (Ps 69, 6).

Lo mismo sucede con los pasajes en que el llega hasta maldecir a sus enemigos:

«Derrama sobre ellos tu ira,
alcáncelos el fuego de tu cólera.
añade esta iniquidad a sus iniquidades,
y no tengan parte en tu justicia» (vv. 25. 28).

Jesús dirá, al contrario: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Además, al final del salmo, la esperanza mesiánica del siervo de Dios, a pesar de manifestarse tan ardiente, queda presa en la red de sueños temporales:

«Porque Dios salvará a Sión
y reconstruirá las ciudades de Judá y habitará allí y la poseerá.
Y la heredará la descendencia de tus siervos
y morarán en ella los que aman su nombre» (vv. 36-37).

No se trata, pues, del Mesías directamente. El salmo se refiere a un siervo de Dios, que está sumido todavía en las sombras de la ley mosaica. El sentido mesiánico no puede ser directo y literal.

Pero algunas tribulaciones de este justo hacen presentir la pasión del Mesías. Por ello, el salmo se convierte en mesiánico en sentido típico o espiritual. El justo, en medio de la prueba, suplica y se lamenta de esta forma:

«Sálvame, oh Dios,
porque las aguas han entrado hasta el alma...
Pues por ti sufro afrentas
y cubre mi rostro la vergüenza.
He venido a ser un extraño para mis hermanos,
un desconocido para los hijos de mi madre.
Pues el celo de tu casa me consume;
los denuestos de los que te vituperan caen sobre mí» (Ps 69, 8-10).

Hay ahí puntos que le convendrán a Cristo de forma mucho más conmovedora. San Juan escribe en su prólogo: «Vino a los suyos, y los suyos no le conocieron» (Io 1, 11). Mis adelante, cuando Jesús expulsa del templo a los vendedores, el Evangelista añade: «Se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume» (Io 2, 17). Y San Pablo enseña a los romanos: «Cristo no buscó su propia complacencia, según está escrito: Sobre mí cayeron los ultrajes de quienes me ultrajaban» (Rom 15, 3).

En el mismo salvo 69, un poco más adelante, se desahoga el justo antiguo:

«Esperé que alguien se compadeciese, y no hubo nadie; alguien que me consolase, y no lo hallé. Diéronme a comer veneno, y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Ps 69, 20-22).

El último versículo lo citarán los Evangelistas.

Se preparaba a veces para los condenados un brebaje adormecedor para aliviar sus espantosos dolores. Según el Talmud, las mujeres cumplían espontáneamente, en Jerusalén, este oficio de caridad ⁷⁹. Esta es la bebida que ofrecieron a Jesús antes de la crucifixión. Pero, al tocarle los labios, la rehusó, para mantener el pleno conocimiento. San Marcos escribe: «Le llevaron al lugar llamado Gólgota, que quiere decir lugar de la Calavera. Y le ofrecieron vino mirrado, pero no lo tomó» (Mc 15, 22).

El mismo rasgo es narrado por San Mateo: «Llegado al sitio llamado Gólgota, que quiere decir lugar de la Calavera, diéronle a beber vino mezclado con hiel; mas en cuanto lo gustó, no quiso beberlo» (Mt 27, 34). San Mateo habla de hiel, «probablemente a causa del sabor agrio que la mirra daba a esta bebida» ⁸⁰.

Jesús había rehusado el brebaje anestésico.

Pero ahora está en la cruz, perdiendo su sangre gota a gota durante tres horas.

Todas las heridas de sus miembros se concentran en la llama atroz que devora sus entrañas.

En este momento preciso es cuando suplica diciendo: *Tengo sed*.

Continúa el Evangelista: «Había allí una vasija llena de vinagre. Fijaron en una rama de hisopo una esponja empapada de vinagre y se la aproximaron a su boca» (Io 19, 29).

Los soldados acostumbraban a tener en un vaso «una mezcla de agua y de vinagre, con que se contentaban a falta de algo mejor. Uno de ellos cogió una esponja, quizá la que cerraba la boca de su jarra, y, fijándola empapada de vinagre a la extremidad de una caña, la acercó a la boca de Jesús. Obraba por compasión» ⁸¹.

El mismo relato se encuentra en los dos primeros Evangelios. Después de haber recogido la cuarta palabra y el error de los que decían: «Mirad, llama a Elías», San Marcos añade: «Entonces corrió uno, empapó una esponja de vinagre, la puso en una caña y se la dio a beber, diciendo: Dejad. Veamos si viene Elías a bajarle» (Mc 15, 36; cfr. Mt 27, 48-49).

Así, pues, un soldado se apiada de Jesús; pero, para excusarse de la ayuda que presta y temiendo que otro quiera impedirselo, consiente en hablar como los demás de su corrillo y hasta simula participar en las burlas de ellos. A su pobre acto de misericordia le mezcla así unas gotas de amargura.

No obstante, ¿le salvaría aquel primer impulso de piedad? ¿Sería este soldado el centurión, el que bien pronto confesaría que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios? (Mc 15, 39).

Esta pobre misericordia que se ha ejercitado con Él, Jesús quiere que se le haga a sus miembros. La miseria física, que Él continúa sufriendo hasta el fin de los tiempos en seres que son suyos porque ha dado por ellos el precio de su sangre, está significada muchas veces en el Evangelio por la sed. «El que diere de beber a uno de estos pequeños aunque solo sea un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa» (Mt 10, 42). Recuérdese también el gran pasaje sobre el juicio final: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los Ángeles con Él, se sentará en su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dice el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Pues tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber?... Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a cada uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis...» (Mt 25, 31-40).

Socorrer la miseria física del mundo. Curar las llagas de Jesús en los más desfigurados e irreconocibles de sus miembros. Hoy, estas llagas son espantosas. «Si los católicos vieran Harlem con los ojos de la fe como deben, acudirían allí en masa: cientos de sacerdotes y laicos abandonarían todo, para tratar de aliviar la espantosa miseria, la pobreza, el sufrimiento, la vileza, el abandono de una raza deshecha y pervertida, moral y físicamente, bajo la carga de una injusticia económica gigantesca»⁸². Solo el amor de Jesús puede curar las llagas de Jesús. Cualquier otro remedio es irrisorio. Acercándose a una negra, que se moría de cáncer, el autor citado añade: «Comprendí que poseía el secreto de Harlem, que conocía la forma de salir del laberinto. Para ella, no había paradoja; más aún, no estaba en el infierno de Harlem más que por el simple accidente de su presencia física. Vi en aquel rostro cansado, tranquilo y santo, la paciencia y la alegría de los mártires, la luz clara e inextinguible de la santidad. Ante la puerta del edificio, sentadas en una silla con otras católicas al frescor agradable de la calle, en el crepúsculo, estas mujeres, en medio del torbellino de la muchedumbre perdida, son como un islote que llena de asombro a los transeúntes por la sensación de victoria, de paz, que infunden: esa paz profunda, insondable, radiante de las negras creyentes. Allí, ante mis propios ojos, sin necesidad de ir más lejos, entrevi la solución del problema de Harlem, la única solución: la fe, la santidad»⁸³.

A la sed física que tortura a Jesús, se añade una sed más desgarradora todavía: su deseo de salvar al mundo.

Había dicho el Jueves Santo a sus discípulos: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22, 15). ¿Cómo puede desear así la Pascua, donde van a comenzar su agonía y su pasión? La respuesta secreta es que, desde su entrada en el mundo⁸⁴, le atormentó y consumió un deseo tan grande de compensar la ofensa infinita hecha a Dios por el pecado y de abrir a los hombres los caminos del perdón prometidos por el profeta⁸⁵, que la inminencia del suplicio sangriento de la cruz, por el que todas las cosas de la tierra y de los cielos van a ser reconciliadas⁸⁶, significa para Él un misterioso alivio.

Esta sed del deseo que atormenta a Jesús es destacada por San Agustín en sus comentarios sobre los salmos: «¿Quería Cristo comer cuando buscaba frutos en la higuera, de tal manera que los tomaría si los encontraba? ⁸⁷. ¿Quería Cristo beber cuando dijo a la mujer de Samaría: Dame de beber, y cuando dijo en la cruz: Tengo sed? ¿De qué tuvo hambre Cristo, de que tuvo sed sino de nuestras buenas obras?»⁸⁸. Y en otro pasaje: «¿Puede haber alguna duda de que los hombres habían de ser atraídos por el bautismo al cuerpo de la ciudad de Jerusalén, cuya figura era el pueblo Israel?... Hasta el fin, este cuerpo tiene sed; camina y tiene sed. Bebe muchedumbres, pero jamás dejará de tener sed. De ahí la palabra de Jesús: Tengo sed; mujer, dame de beber. La Samaritana junto al pozo comprende que el Señor tiene sed y, sin embargo, es saciada ella por el que tiene sed. Primero cae ella en la cuenta de que Jesús tiene sed para acogerla luego Cristo cuando ella cree. Y sobre la cruz dijo: ¡Tengo sed! Pero no le dieron a beber lo que Él apetecía. De ellos mismos tenía sed, pero le dieron vinagre»⁸⁹.

Santo Tomás insistirá a su vez sobre los dos sentidos, uno carnal, el otro espiritual, del *Sitio* (Tengo sed) ⁹⁰: «Si Jesús dijo: ¡Tengo sed! es ante todo porque muere con muerte verdadera, no aparente. En esta palabra se muestra además su ardiente deseo de la salvación del género humano, según dice San Pablo: Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2, 3-4). Jesús mismo había dicho: El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10). La vehemencia del deseo se expresa a menudo por la sed, según lo que dice el salmista (Ps 52 (51), 3): Mi alma tiene sed del Dios vivo».

Estas interpretaciones le son muy queridas a Santa Catalina de Siena. «El hambre y la sed del ardiente deseo que Jesús tenía de nuestra salvación, escribe ella, es lo que le hacía gritar sobre el madero de la Cruz santísima: ¡Tengo sed! Como si dijese: Tengo sed y deseo de vuestra salvación, un deseo mucho más vehemente de lo que puede manifestar este suplicio corporal de la sed. Porque la sed del cuerpo es limitada, pero la sed del santo deseo es infinita ⁹¹. En otra carta explica que si Jesús quedó saturado de oprobios en su cuerpo, fue insaciable en su deseo. Desde el momento de la Encarnación, tomó sobre sí la cruz del deseo de hacer la voluntad de su Padre y de salvar el mundo. Una cruz mucho más pesada que cualquier dolor corporal. Y así, cuando su fin se acerca, en la Cena del Jueves Santo, exulta su espíritu: el sufrimiento del sacrificio ya inminente echa fuera el sufrimiento del deseo; gracias al sacrificio, el deseo será otorgado» ⁹².

¿Cómo hubiera comprendido la Santa de Siena tan intensamente esa sed de hacer la voluntad del Padre y de salvar el mundo que atormentaba a Jesús en la cruz, si no hubiera recibido ella misma una chispa al menos de ese fuego devorador? Su carta 16 está dirigida a un gran prelado. Con la impetuosidad de su deseo, le habla de los amigos de Dios que, viendo las ofensas que se le hacen en el mundo y la condenación de los hombres, experimentan en sí tal sufrimiento que pierden el interés por su propia vida. No sortean los sufrimientos, van hacia ellos. Se glorían como Pablo en las tribulaciones. ¡Oh, seguid a este Apóstol!, dice ella con audacia. Abrid los ojos. El lobo infernal se arroja sobre las ovejas que pastan en el jardín de la Santa Iglesia. Nadie se atreve a arrancarlas de sus fauces. Los pastores duermen en su amor propio, en la codicia, en la

impureza. El orgullo los deslumbra hasta el punto de no ver que la gracia les ha abandonado. Se aman por sí mismos, no por Dios. Dejan crecer el mal, fingen no verlo, se callan. «Oh, queridísimo Padre, de un tal amor de vos yo quisiera que estuviésemos exentos! Os conjuro a que hagáis que la Verdad primera no tenga que reprenderos algún día con estas palabras: ¡Maldito seas tú que te has callado.»

María de la Encarnación refiere como, siendo todavía ursulina en el convento de Tours, fue arrebatada por el espíritu apostólico y vio la indigencia de las tierras de misión, que se le iba descubriendo e inflamaba su deseo: «Veía en mi interior con plena certeza como los demonios triunfan de estas pobres almas a las que arrancan del dominio de Jesucristo, nuestro divino Maestro y soberano Señor, que las ha rescatado con su preciosa Sangre. Ante esta visión tan clara, yo entraba en celos, no podía más, abrazaba a todas estas pobres almas, las tomaba en mis brazos, las presentaba al Padre Eterno, diciéndole que era ya tiempo de que hiciese justicia en favor de mi Esposo, que recordase que le había prometido todas las naciones por herencia, y más aún, que Jesús había satisfecho con su Sangre por todos los pecados de los hombres..., y que si bien había muerto por todos, no todos vivían y que no tenía aún todas aquellas almas que yo le presentaba y llevaba en mi seno; que se las pedía todas para Jesucristo al que por derecho pertenecían»⁹³.

Santa Teresa de Lisieux sentía que su celo por salvar el mundo se identificaba en ella con el de la Iglesia eterna: «Quisiera iluminar las almas como los profetas, como los doctores. Quisiera, ¡oh Amado Bien mío!, recorrer la tierra, predicar vuestro nombre y plantar en el suelo infiel vuestra cruz gloriosa. Pero no me bastaría una sola misión: quisiera anunciar el Evangelio en todas partes del mundo a la vez y hasta en las islas más remotas. Quisiera ser misionera, no solo unos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos»⁹⁴. Algunas horas antes de su muerte escribirá: «Jamás creí que pudiera sufrir tanto. ¡Jamás! ¡Jamás! No puedo explicármelo más que por los ardientes deseos que he tenido de salvar las almas»⁹⁵.

Los santos, a semejanza de Cristo, tienen sed de la salvación del mundo. El sufrimiento redentor de Cristo en cruz, aunque podemos describirlo de fuera, no descubre su vehemencia, sus terribles exigencias más que a aquellos que, siglo tras siglo, se introducen decididamente en él sin reservar para sí nada de ellos mismos. El misterio de la corredención les abre los secretos más íntimos del misterio de la redención.

Jesús ruega por el mundo entero, si «mundo entero» significa todos los hombres. Se solidariza con cada uno de ellos: «Hijitos míos, dice San Juan, os escribo estas cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, tenemos ante el Padre a un Abogado, Jesucristo, justo. Él es propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero» (1 Io 2, 1-2). Si Jesús envía por todas partes a sus discípulos, es para que el mundo entero crea que el Padre le ha enviado (Io 17, 21). Es el Mediador único entre Dios y los hombres, «que se entregó a Sí mismo para redención de todos» para que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 4-6). Todos los que se salven, se salvarán por la única plegaria redentora que nos ha sido dada, la plegaria de Jesús en la cruz.

Pero Jesús no ruega por el mundo, si «mundo» significa la ciudad del mal ⁹⁶. Ruega contra el mundo. Ruega por todos los hombres, contra el mundo que les empapa, para arrancarlos al mundo que está en ellos y trasplantarlos en plenitud a la ciudad de Dios. Sin embargo, incluso esta plegaria de Jesús puede quedar estéril. Yo puedo hacerme el fuerte ante ella, cerrarle mi corazón. Puedo desviar mi vida del Amor que viene a mí, primero desde el pesebre y luego desde la cruz. He aquí el infierno. Y que esto puedan preferirlo muchos con decisión final, es la causa suprema de la indecible agonía del Salvador.

«Yo pensaba en ti en mi agonía, por ti he vertido tales gotas de sangre»⁹⁷. Estas palabras son verdaderas teológicamente. En la esencia divina, donde sumergía su conocimiento, Jesús descubría con una sola mirada todo el desarrollo concreto de la historia del mundo. Veía, en cada minuto de su existencia, todas las almas inmortales por las que intercedía. Conocía cada pecado, cada ofensa infinita al Amor. Nuestras infidelidades de hoy y de mañana le han matado. Han desolado su agonía. Por todas ellas murió Cristo, teniéndolas presentes. Incluso una sola hubiera necesitado de redención infinita. La agonía de Jesús es así coextensiva con toda la tragedia humana. Toda la duración del tiempo, todas nuestras faltas y omisiones coinciden, en el fondo, con el instante irreplicable de la pasión redentora. Resulta entonces que si Jesús ha sufrido por pecados no existentes todavía, pero que se cometerán hasta el fin del mundo, entonces es verdad —aunque esto sea espantoso— que yo, pecando mañana, le habré causado la agonía hace dos mil años. Es uno de los sentidos de otro pensamiento de Pascal: «Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: es preciso no dormir durante este tiempo»⁹⁸. Hablando de los que han gustado el don de Dios y después reniegan de él, la Epístola a los Hebreos, con expresión misteriosa, declara autorizadamente «que crucifican por sí mismos al Hijo de Dios y le exponen de nuevo a pública ignominia» (Heb 6, 6).

Nuestros pecados de mañana habrán desolado la agonía de Jesús. Pero también es verdad que nuestras fidelidades de mañana le habrán consolado. Pio XI escribe, en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor* (del 8 de mayo de 1928): «Si la previsión de nuestras faltas futuras volvía a Cristo triste hasta la muerte, ¿cómo dudar de que la previsión de nuestras futuras reparaciones le hayan dado, ya en ese momento, algún consuelo? ¿No dice el Evangelio que su tristeza y su angustia fueron consoladas por la visita del ángel? Pues nosotros tenemos ahora, para consolarlo, su corazón santísimo, al que no cesa de herir la ingratitud del pecado. Y podemos hacerlo de una manera muy misteriosa, pero verdadera. Cristo se lamenta, en la liturgia, por boca del salmista, de ser abandonado por sus amigos: El desprecio me ha destrozado el corazón; mis oprobios y afrentas no tienen remedio. Esperé la compasión, pero en vano; consoladores, y no los he encontrado»⁹⁹.

En la tercera de sus grandes visiones, San Nicolás de Flúe, transportado al cielo, oye a su ángel de la Guarda interceder por el junto al Padre y decir: «He aquí al hombre que ha levantado a vuestro Hijo, que le ha llevado, y que le ha asistido en sus aflicciones y en su miseria. ¿Queréis agradecersele y quedarle reconocido?» Entonces vino a través del palacio alguien muy hermoso y grande, con la cara resplandeciente, vestido de blanco como un sacerdote con alba. Extendió los brazos sobre sus espaldas, le estrechó contra sí, y le agradeció con todo el amor de su corazón haber asistido a su

Hijo y haberle socorrido en su pobreza. Y el solitario, desconcertado y espantado, dijo: «¡Yo no sé que haya prestado jamás un servicio a vuestro Hijo!» Y el Padre desapareció. Después la Virgen vino también a mostrarle su agradecimiento. Y, al fin, el Hijo mismo. Su vestido estaba rociado de sangre. Se inclinó hacia el solitario y le agradeció tiernamente el haberle asistido en su dolor. Entonces el solitario vio que su vestido estaba teñido de rojo, como el del Hijo. Le sorprendió esto mucho, porque no se acordaba de haberse vestido jamás de esta forma»¹⁰⁰. Uno recuerda aquí aquellas palabras de Pascal: «Los elegidos ignorarán sus virtudes y los malvados la enormidad de sus crímenes: Señor, ¿cuándo te hemos visto hambriento, sediento, etcétera...?»¹⁰¹.

Se ha dicho antes que Jesús gozaba de la visión y del amor beatíficos en la parte superior de su alma, pero que, en la parte inferior, sumergida en la misión que debía cumplir, alternaban las alegrías y las penas. La parte inferior de su alma sufría por nuestros pecados y, a la vez, gozaba por nuestras fidelidades. Todo el desarrollo de la historia del mundo, los ardores de la ciudad de Dios y las rebeldías de la ciudad del mal, la consolaban y la desolaban al mismo tiempo de forma indecible.

En el instante privilegiado de su pasión, que abarca todo tiempo, Jesús siente en su corazón todo el drama que la Iglesia vivirá hasta el fin del mundo. El instante de su pasión redentora, el punto final de su vida mortal, coexiste con todo el desarrollo del drama de la Iglesia irradiando sobre él la luz. En este sentido, el drama de la Iglesia es como una prolongación en el espacio y en el tiempo del drama de Jesús. La pasión de Jesús es ya, aunque en su fuente, la pasión de la Iglesia; la pasión de la Iglesia es, en su expansión, la pasión de Jesús.

Jesús tuvo sed de la gloria de Dios y de la salvación del mundo. Por eso ama tanto a los que experimentan esta sed. Por eso les promete fuentes de agua viva.

«El último día, el más solemne de la fiesta, narra San Juan, Jesús, puesto en pie, gritó diciendo: Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba... Como dice la Escritura: Ríos de agua viva correrán de su seno» (Io 7, 37-38), es decir, del seno del Salvador.

A la Samaritana, a la que quiere revelar otra sed distinta de las cosas temporales, y que sólo Él puede saciar, le responde: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría agua viva». Y como ella no adivina aún de qué agua le está hablando, añade: «Quien bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le diere, no tendrá sed jamás; porque el agua que yo le daré se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna.» Entonces la mujer, entreviendo ya algo, dice: «Señor, dame de esa agua, para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí a sacarla» (Io 4, 10-15).

El Libro de Isaías invitaba anticipadamente a todos los pobres que tienen sed a venir a beber a las fuentes mesiánicas: «¡Oh vosotros, los sedientos, venid a las aguas, aún los que no tenéis dinero! Venid, comprad trigo y comed; venid, comprad sin dinero» (Is 55, 1). Y el Señor profetizaba en el Libro de Zacarías: «Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén un espíritu de gracia y de misericordia, y mirarán hacia mí. Y a aquel a quien traspasaron, le llorarán como se llora al unigénito... Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia. Y aquel día, palabra del Dios de los Ejércitos, yo haré desaparecer del país a los profetas y al espíritu

impuro» (Zach 12, 10; 13, 1-2; según traducción de M. J. LAGRANGE, *Rey. Biblique*, 1906, p. 75).

En el Libro del Eclesiástico, la Sabiduría eterna anuncia hablando de sí misma: «Los que me coman quedarán con hambre de mí, y los que me beban quedarán de mi sedientos» (Eccli 24, 29). En cambio, Jesús proclama en San Juan: «El que beba del agua que yo le diere ya no tendrá sed jamás» (Io 4, 14). Y también: «El que viene a mí, no tendrá más hambre, y el que crea en mí jamás tendrá sed» (Io 6, 35). ¿Cómo conciliar estos textos? Dejemos hablar a Bossuet ¹⁰²:

«No tendrá jamás ni hambre ni sed que no sea de mí; pero tendrá un hambre y una sed insaciable de mí: y jamás cesará de desearme. Será una sed insaciable y, no obstante, satisfecha; porque tendrá la boca en la misma fuente: *Los ríos de agua viva brotarán de sus entrañas* ¹⁰³. *El agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua que salta hasta la vida eterna* (Io 4, 14). Siempre tendrá, pues, sed de mi verdad, pero podrá siempre beber y le llevará a la vida, donde ya no tendrá por qué desear más; porque le haré gozar con la belleza de mi rostro y saciaré todos sus deseos. ¡Venid, pues, Señor Jesús, venid! El Espíritu dice siempre: Venid. La Esposa dice siempre: Venid. Repetid todos los que escucháis: Venid. Y el que tenga sed, venga. Venga todo el que desee recibir gratuitamente el agua viva (Apc 22, 17 y 20). Venid, no se excluye a nadie; venid, no cuesta nada; solo es preciso querer.

«Vendrá un día en que ya no se dirá más: Venid. Cuando llegue este Esposo tan deseado, no habrá necesidad de decir: Venid. Se dirá eternamente: *Amén*, así sea, todo esta cumplido; *Alleluia*, alabemos a Dios, que ha hecho bien las cosas; ha cumplido cuanto había prometido y lo único que resta es alabarle.»

El Espíritu de Yahvé, que reposó sobre el Mesías, era, según la profecía de Isaías, «... un Espíritu de consejo y de fortaleza» (Is 11, 2). El don de fortaleza se manifiesta de dos formas. Una más ostensible: es la valentía, la intrepidez en el ataque. La otra, más significativa: es la paciencia, la constancia en la adversidad.

En su explicación del Sermón de la Montaña, San Agustín ¹⁰⁴ relaciona con el don de fuerza la cuarta bienaventuranza, la de los que tienen hambre y sed de justicia.

El Espíritu de fortaleza llevará al Salvador a afrontar valerosamente la cruz para saciar su vehemente hambre y sed de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Al entrar en el mundo dijo en su interior: «No has querido sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado, no los aceptaste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo, para hacer, oh Dios, tu voluntad» (Heb 10, 5-7). El Jueves Santo se adivina una especial vehemencia en su deseo de morir: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22, 15). Un poco más tarde, en Getsemaní, cuando esta invadido por el pavor y el tedio, solo un acto purísimo de la fortaleza que mantiene le hara decir al Padre: «No lo que yo quiero; sino lo que quieras tú» (Mc 14, 36). Y después, a los discípulos: «Levantaos; vamos. Ya se acerca el que me ha de entregar» (Mc 14, 42).

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.» Es la bienaventuranza del don de fortaleza. Y he aquí la recompensa: «serán saciados» (Mt. 5,

6). En la tierra, les saciarán su hambre y su sed cosas eternas. No tendrán hambre ni sed de cosas temporales. Como Jesús, tienen hambre y sed de la Parusía. Se esfuerzan por adelantar con su deseo el advenimiento del gran día de Dios, en que los cielos inflamados se disolverán; porque esperan, «según su promesa, unos cielos nuevos y una tierra nueva, donde habitará la justicia» (2 Pet 3, 12-13). Cuando el último enemigo, que es la muerte, sea vencido, cuando todas las cosas sean devueltas a Dios Padre, cuando toda la justicia de la que Cristo ha tenido sed llegue a su plenitud, entonces también ellos, con Cristo, serán saciados.

Oh Jesús, ¿cómo podéis tener sed de esta alma mía maloliente? ¿Cómo podéis tener sed de estos pobres y demasiado breves momentos de oración que trato de ofrecer cada día?

SEXTA PALABRA: TODO ESTA CONSUMADO

Cum ergo accepisset Jesús acetum, dixit: Consummatum est.

Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Todo está consumado (Io 19, 30).

Las tres primeras palabras de Jesús en la Cruz muestran su afán de comunicar la luz alrededor de El: primero a los que le crucifican, después a un bandido condenado a muerte; finalmente a su Madre y al discípulo amado.

Las dos palabras que siguen hablan del exceso de su sufrimiento moral y de su sufrimiento físico en manera tan dramática que descubren, ante la mirada de la fe, las profundidades insondables del misterio de la Encarnación redentora.

Las dos últimas palabras que preceden inmediatamente a su muerte, donde se trasluce el diálogo secreto y continuo que mantiene con su Padre, expresan de nuevo el dominio que tiene de Sí mismo y la serenidad divina en que vive su corazón.

La sexta palabra está en San Juan. Después de recoger el «Tengo sed» de Jesús, el Evangelista añade inmediatamente: «había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en una rama de hisopo una esponja empapada de vinagre y se la llevaron a la boca. Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: *Todo está consumado*» (Io 19, 29-30).

San Marcos dice que el soldado que le ofreció la esponja de vinagre en la punta de una caña fingía unirse a los que imaginaban que Jesús había llamado a Elías, y decía: «Dejad, veamos si Elías viene a bajarle». Así, el acto de bondad de este hombre llega a Jesús mezclado de un poco de cobardía. El último socorro que recibe de los hombres va unido de incompreensión, produciéndole una última herida. Tomará no obstante el vinagre; después dirá: *Todo esta consumado*.

No pide Jesús de beber para cumplir una profecía, sino porque su pobre cuerpo, que se va desangrando, siente una sed devoradora. Pero Jesús sabe que el justo perseguido había dicho proféticamente: «En mi sed, me dieron a beber vinagre» (Ps 69 (68), 22); y sabe que esta profecía encuentra ahora su cumplimiento. El Evangelista escribirá: «Jesús..., para que se cumpliera la Escritura, dijo: ¡Tengo sed!».

De forma semejante, al comienzo de su vida pública, Jesús entra en la sinagoga de Nazaret, no para cumplir una profecía, sino para anunciar el advenimiento de la nueva ley. Pero, abriendo el Libro de Isaías en el pasaje donde está escrito del Siervo de Yahvé: «El Espíritu del Señor está sobre mí; me ha unguido para anunciar la buena nueva a los pobres y proclamar la libertad a los cautivos», Jesús, mientras todos los ojos están fijados en Él, añade: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4, 16-20).

Jesús no ha venido para cumplir las profecías; ha venido para hacer la voluntad de su Padre: «He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que

me envió» (Io 6, 38). «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió...» (Io 5, 30). «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra» (Io 4, 34). Pero al hacer la voluntad de su Padre, cumple las profecías. Él lo sabe. Al fin de su vida, cuando la obra de su Padre esta realizada, todas las profecías están cumplidas, incluso la que anunciaba que al justo le darían a beber vinagre, y puede decir: *Todo esta consumado*.

Todo se ha cumplido, todo esta consumado: esto significa no sólo que las profecías se han cumplido, sino también que lo han sido de una manera tan alta, tan plena, tan divina, que sobrepasa la esperanza del mismo Israel.

Dios había prometido que se daría a Israel de una forma maravillosa en tiempos del Mesías, del Rey Salvador. Luego, cuando Israel se apartaba de la luz, le sobrevenían multitud de desgracias. Cuando permanecía fiel a la Alianza, Dios le protegía, le rodeaba de favores que eran sin duda pruebas de benevolencia y de inmediatas recompensas, pero también, y sobre todo, presagios de la manifestación suprema que no cesaba de anunciar sin precisar la fecha, para que la esperanza de Israel se mantuviese siempre atenta hacia la liberación mesiánica.

Cada uno imaginaba esta liberación según sus deseos: los carnales la concebían como la era de una felicidad temporal y de dominación política, cuyo garante sería el mismo Yahvé. Los espirituales, en cambio, como reino de la Santidad de Yahvé, de su justicia, de su amor. Cuando la liberación llegue con Jesús y su Reino, un Reino que esta en este mundo sin ser de este mundo, los carnales no le conocieron. Sí le conocieron los espirituales, que fueron siempre la parte privilegiada de Israel, el «resto de Israel»; a pesar de lo cual, todas las esperanzas fueron ampliamente sobrepasadas.

Hasta entonces el favor divino se manifestaba a Israel, no siempre por cierto, pero si ordinariamente, en la nube luminosa de recompensas carnales. Israel es el pueblo de la nube luminosa. Pero había dos clases de israelitas: los que en la nube luminosa preferían sobre todo la consistencia de la nube; y los que preferían la claridad de la luz. Cuando, con la venida de Cristo y de su Reino que no es de este mundo, se disipó la nube y la luz comenzó a brillar desnuda, los unos se desviaron incapaces de reconocer en esta luz —que era la de la Cruz y de un reino independiente de las cosas del César— la sustancia de las promesas mesiánicas; los otros, el Israel del espíritu, descubriendo de pronto en toda su pureza la significación verdaderamente divina de las promesas mesiánicas, se convirtieron.

Jesús y el advenimiento de su Reino han esclarecido las profecías mesiánicas y han revelado a nuestros ojos su último sentido, hasta entonces cubierto con un velo. En adelante, habrá dos maneras de leer el Antiguo Testamento: la del cristianismo, para quien el velo se ha descorrido; es la interpretación espiritual. Y la del judaísmo, para quien el velo permanece; colectivamente, y sin prejuizar de ningún modo la rectitud de las almas individuales, es una interpretación irreparablemente carnal. «Hasta el día de hoy, dice San Pablo pensando en los judíos, en la lectura de la Antigua Alianza permanece el mismo velo» con el que Moisés al bajar del Sinaí ocultaba la gloria de su rostro, «puesto que no se le ha revelado que esta Alianza fue abolida en Cristo. Hasta el día de hoy, siempre que leen a Moisés, un velo persiste sobre sus corazones. Sin embargo, cada vez que se convierten al Señor, el velo queda descorrido» (2 Cor 3, 14-16).

Jesús no podía cumplir las profecías de Israel más que a base de desbordar la esperanza misma de Israel: sin esto, las profecías hubieran resultado inconciliables entre sí.

Las profecías anunciaban una teofanía, una venida de Dios, una manifestación de su Santidad plenificadora y purificante; un rey victorioso, hijo de David, al que Isaías, en un instante de claridad fugitiva como un relámpago, llama el Dios fuerte, el Príncipe de la paz, que haría reinar a Israel sobre las naciones; un siervo de Yahvé, traspasado por nuestros pecados, que por su sacrificio expiatorio adquiriría una descendencia incontable.

A falta de poder conciliar datos tan dispares, el judaísmo los dividía refiriéndolos a varios personajes, hasta imaginar, por ejemplo, un primer Mesías doliente, que vendría a preparar los caminos del Mesías glorioso.

Pero estos rasgos, una vez que fueron interpretados en su significación más pura y elevados a su grado supremo de espiritualidad, han podido converger espontáneamente en Jesús.

Sin esta armonización, en Jesús, de tantos rasgos diseminados por el Antiguo Testamento, este libro sería todavía para nosotros como un libro sellado, como lo es aún, desde nuestra perspectiva, para el judaísmo. Con Jesús, el Antiguo Testamento es un libro abierto.

En Jesús, a quien Tertuliano llama el Iluminador del pasado, *Illuminator antiquitatum*¹⁰⁵, todo es cristianismo: la creación, el paraíso terrestre, el pecado, el diluvio, los patriarcas, Moisés y los profetas, el Jordán, la nueva Jerusalén, los fines últimos.

Cuando todo esto se predica a gentes sencillas, a pueblos primitivos, a pobres negros, les conmueve y les convierte. La epopeya de la salvación de un pueblo se hace así la epopeya de la salvación del mundo.

En Jesús se nos revelan los esplendores inimaginables de la más humilde de las «historias de santos» que ponemos en manos de nuestros niños¹⁰⁶.

«Pero los frutos sobrepasarán la promesa de las flores.» Esto siempre es verdad cuando la promesa viene de Dios. El Nuevo Testamento ha desbordado la promesa del Antiguo. Y la vida de la gloria superará con creces la promesa de la vida temporal.

La Iglesia lo sabe: «Oh Dios, dice, que habéis preparado bienes invisibles para los que os aman, infundid en nuestros corazones el imán de vuestro amor, para que, queriéndoos en todo y sobre todas las cosas, podamos alcanzar vuestras promesas que superan todo deseo»¹⁰⁷.

Las más puras dichas de la tierra no son más que figuras. Su plenitud les viene de que son un anticipo de la Patria.

Todas las profecías se han cumplido. Jesús lo sabe.

Había apelado a menudo a las Escrituras en el curso de su predicación. «Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí» (Io 5, 39). «El que os acusa es Moisés, en quien habéis puesto vuestra esperanza. Porque si creyérais a Moisés, me creeríais a mí, porque el escribió de mí» (Io 5, 46). «Abrahán, vuestro padre, se estremeció de alegría, pensando en ver mi día; lo vio y se lleno de gozo» (Io 8, 56), inicialmente, cuando le fue concedida una descendencia.

Ahora Jesús contempla la larga serie de las profecías, en el orden en que fueron apareciendo para orientar progresivamente la esperanza de Israel hacia un punto misterioso del tiempo en que al fin todas las cosas de la tierra y del cielo serían reconciliadas y pacificadas por la sangre de su propia cruz (Col 1, 20).

La serenidad soberana de esta mirada, que abarca todos los siglos, aflora en la sexta palabra de Jesús, transida a la vez de tristeza y de majestad: *Todo esta consumado*.

Jesús sabía, pues, que Él cumplía las profecías. Pero, según hemos dicho, Él no venía para cumplir las profecías. Venía para cumplir la voluntad de su Padre.

Por la visión beatífica, su mirada se sumergía en el seno del Padre: «A Dios nadie le ha visto jamás; Dios Unigénito, que esta en el seno del Padre, lo ha manifestado» (Io 1, 18). «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo» (Mt 11, 27).

Desde el primer instante de la Encarnación y de su venida al mundo, Jesús y con un simple golpe de vista, en el seno mismo del Padre, toda la voluntad del Padre sobre Él, todo el designio divino que le envía al mundo para salvar al mundo por su cruz redentora: «Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre los pecados. Por lo cual, entrando en este mundo, Cristo dice: No quisiste ni sacrificios ni oblações; pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado, no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad» (Heb 10, 4-7).

Sabiendo Jesús en plena lucidez todo el designio del Padre sobre Él, su vida entera no será desde entonces más que un adorable misterio de obediencia. Es su alimento hacer la voluntad del que le envió (Io 4, 34). Habla a menudo de los mandatos de su Padre. El padre le ama porque ha hecho donación total de Sí mismo. No es Él quien dispone de su vida; es el Padre: «Mi Padre me ama porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la, quita, soy yo quien la doy por mí mismo. Tengo poder para dárla y poder para volverla a tomar. Tal es el mandato que he recibido de mi Padre» (Io 10, 17-18). Cuando el Príncipe de este mundo le acecha para matarle, Jesús no se lo entorpece; porque el mundo se salvará en cuanto comprenda que Jesús ha muerto por obediencia amorosa al Padre con amor: es preciso «que el mundo sepa que yo amo al Padre, y que actué según el mandato que me dio el Padre» (Io 14, 31). Un poco más adelante, Jesús pide que los discípulos le obedezcan, como Él ha obedecido al Padre: «Si observareis mis mandatos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor» (Io 15, 10).

En fin, en el Huerto de los Olivos, cuando el mandamiento del Padre choca contra su sensibilidad y el impulso espontáneo de su naturaleza, se mantiene fiel: «Abba, Padre, todo te es posible; aleja de mí este cáliz... Pero no se haga lo que yo quiero; sino lo que quieres tú» (Mc 14, 36).

Más tarde el Apóstol ensalzara la obediencia del Salvador: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo su condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y apareciendo en su porte como hombre, se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le dio el Nombre-sobre-todo-nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (Philp 2, 5-11). También se dice de Jesús en la Epístola a los Hebreos: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y suplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su aptitud reverente; y *aún siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec*» (Heb 5, 7-10).

Así, pues, *Todo esta consumado* significa sin lugar a dudas que toda profecía concerniente a la obra de Jesús ha sido cumplida. Pero significa sobre todo, en visión más profunda, más íntima e inmediata, que el plan del Padre de salvar al mundo por la obediencia de Jesús ha sido realizado.

Después de haber plegado su voluntad creada total y amorosamente a los mandatos de la Voluntad increada, cuya infinita santidad no cesó nunca de contemplar Jesús cara a cara ni siquiera en su agonía, Cristo recoge ahora, en una última mirada, este mundo creado por su Padre, pero atrocemente desfigurado por los hombres y que su muerte va a transformar.

Y así como antes había dicho al Padre, en su gran oración sacerdotal, anticipándose un poco al hecho mismo: «Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste» (Io 17, 4), pronuncia ahora: *Todo está consumado*.

«Doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volverla a tomar. Tal es al mandato que he recibido de mi Padre» (Io 10, 17-18). Jesús es dueño de su vida. La dará libremente. Pero si el Padre se la pide, es infalible que se la dará. En Jesús, pues, se concilian la libertad y la infalibilidad de su obediencia. Se trata de un alto misterio.

Jesús, siendo el Verbo hecho carne, es impecable. Es imposible que desobedezca, como hombre, a los mandatos del Padre; es imposible que en Él, el Verbo desobedezca al Padre. Y, sin embargo, sus actos de obediencia, por ejemplo al precepto de morir en Cruz, son soberanamente libres. Brotan de Él, no por la necesidad interior irresistible —como es la espontaneidad con la que amaba a Dios, a quien veía cara a cara por la visión intuitiva—, sino por un acto de libre decisión y de libre preferencia: «No lo que yo quiero, sino lo que quieras tú» (Mc 14, 36).

Dios se ama a sí mismo espontánea e irresistiblemente y es, a la vez, libre por naturaleza, con una independencia dominadora y soberana respecto de todo el orden de las cosas finitas, hasta el punto de que no puede crear más que libremente. De manera semejante, Jesús amaba espontánea e irresistiblemente la Bondad divina percibida cara a cara por la visión intuitiva, y era, a la vez, libre, poseyendo por su estado de unión hipostática una independencia dominadora en todo lo referente a los medios concretos de agrandar a su Padre, de forma que entre los varios que se le podían presentar, solo podía decidir mediante un acto de libre elección. Someter totalmente su voluntad creada a la Voluntad increada en el cumplimiento de un precepto particular, no era jamás para Él más que un medio inadecuado de atestiguar en un acto externo, aquí y ahora, el amor espontáneo, irresistible, ininterrumpido que llenaba su corazón. La riqueza interior, inexhausta, perpetua de su amor quedaba siempre por encima de las determinaciones particulares que debía aceptar. Esta superabundancia de amor era la causa secreta no solo de la infalibilidad, sino también de la libertad de sus obediencias ¹⁰⁸.

El misterio de la infalibilidad y de la libertad de las obediencias de Jesús puede dar una gran luz sobre la naturaleza y la grandeza de la obediencia cristiana. En efecto, nos señala el término hacia el cual tienden las alma grandes. Y nos explica esa extraña sed que ellas tienen de obedecer; y la dificultad insuperable, digamos la imposibilidad moral, que tienen para desobedecer. Es, sin embargo, entonces cuando realizan los actos de más alta libertad.

Cuando San Juan de la Cruz, en la *Subida del Monte Carmelo*, quiere apartar a los fieles de recurrir a Dios por vías extraordinarias, como visiones y revelaciones privadas, recuerda que muchas cosas permitidas en el Antiguo Testamento no lo son en el Nuevo, después de que Cristo ha consumado la religión: «No conviene, pues, ya preguntar a Dios de aquella manera, ni es necesario que ya hable, pues acabando de hablar toda la fe en Cristo, no hay más fe que revelar ni la habrá jamás. Y quien quisiere recibir ahora cosas algunas por vía sobrenatural ¹⁰⁹, era como notar falta en Dios de que no había dado todo lo bastante en su Hijo. Porque, aunque lo haga suponiendo la fe y creyéndola, todavía es curiosidad de menos fe. De donde no hay que esperar doctrina ni otra cosa alguna por vía sobrenatural. Porque a la hora que Cristo dijo en la cruz: *Consummatum est* cuando expiró, que quiere decir: *Acabado es*, no sólo se acabaron esos modos, sino todas esotras ceremonias y ritos de la ley vieja. Y así, en todo nos habemos de guiar por la ley de Cristo hombre, y de su Iglesia, y de sus ministros, humana y visiblemente, y por esa vía remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales, que para todo hallaremos abundante medicina por este vía. Y lo que de este camino saliere no solo es curiosidad, sino mucho atrevimiento, y no se ha de creer cosa por vía sobrenatural, sino sólo lo que es enseñanza de Cristo hombre, y de sus ministros, hombres. Tanto, que dice San Pablo estas palabras: «*Si algún ángel del Cielo os evangelizare fuera de lo que nosotros hombres os evangelizamos, sea maldito y descomulgado*» (Gal 1, 8) ¹¹⁰.

Cristo, que ha venido una vez para salvar el mundo, volverá de nuevo para juzgar al mundo: «Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará sus Ángeles con resonante trompeta, y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo al otro de los cielos» (Mt 24, 30-31).

Al final de su primera venida, cuando se consuma sobre la cruz su pasión redentora, dice: *Todo esta consumado*. Al final de la historia, cuando se concluya el destino de nuestra humanidad redimida, pronunciará una palabra parecida, diciendo, en el momento de entregar el mundo a su Padre: *Todo esta sometido*. He aquí el importante texto del Apóstol a fieles de Corinto: «Luego vendrá el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo principado, dominación y potestad. Porque es necesario que Él reine hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies. Pero cuando diga Cristo: *Todo esta sometido*¹¹¹, es evidente que se excluye a Aquel que le ha sometido a Él todas las cosas. Y cuando todo haya sido sometido a Él, entonces también Él, el Hijo, se someterá a Aquel que le ha sometido todas las cosas, para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 24-28). Entonces, en efecto, lo que la mediación de Cristo se esfuerza ahora por arrancar a la noche para pasarlo a la claridad del día, estará plenamente inundado de luz. La tensión que vive necesariamente la Iglesia de la tierra habrá concluido en la paz de la Iglesia del cielo. En este sentido, Dios será todo en todos.

Así, ya desde ahora, todo esta consumado con la tragedia de la cruz cuya virtud puede pacificar todas las cosas de la tierra y de los cielos. Y al final, en la segunda parusía, *todo será sometido*. Porque todo cuanto toque la sangre redentora será transformado para una vida de gloria.

«Cristo Jesús, el que murió, más aún el que resucitó, está a la derecha de Dios e intercede por nosotros» (Rom 8, 34). «Cristo por cuanto permanece para siempre, posee un sacerdocio perpetuo. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por Él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos» (Heb 7, 24-25). La intercesión celeste de Cristo, al contrario de lo que sucede con su muerte; no es un acto meritorio y redentor. Es un acto suprahistórico ininterrumpido, en el que Cristo ratifica la intercesión histórica y redentora de la cruz, realizada una sola vez, pero válida permanentemente en cada uno de los momentos sucesivos de nuestro tiempo: «Mediante una sola oblación, ha llevado a la perfección para siempre a los santificados» (Heb 10, 14). No es un acto destinado a conseguirnos las gracias de salvación; es un acto destinado a dispensarnos desde el cielo las gracias salvíficas conseguidas en la tierra. «*Todo está consumado*» sobre la cruz para la *adquisición* de la redención; pero todo no «será sometido más que al final, cuando se concluya la aplicación de la redención».

Paralelamente, la intercesión celeste de la Virgen y de los santos tampoco es meritoria y corredentora. Procede siempre de la caridad, pero de una caridad que ya no tiene posibilidad de merecer ni adquirir, y cuyo oficio es pedir que le sean concedidas a los hombres gracias celestiales en razón de los méritos de la caridad terrestre histórica: ante todo, de la caridad terrestre de Cristo, redentora para todo tiempo histórico; después, de la caridad terrestre de la Virgen, corredentora para todo este mismo tiempo histórico; finalmente, de la caridad terrestre de la Iglesia y de sus santos, válida sobre todo para el momento histórico del que son contemporáneos. Así, por lo que respecta a la intercesión de la Virgen y los santos, de forma similar a lo que sucede en el caso de Cristo, después de un tiempo de mediación en orden a la adquisición de gracias, viene un tiempo de mediación para su distribución. Todo está consumado para ellos con su

muerte en el plano de la *adquisición* de las gracias; pero todo continúa para ellos hasta el fin del mundo en orden a su *distribución* ¹¹².

Sobre este punto, como sobre otros que conciernen a la naturaleza de la Iglesia y su profunda analogía con Cristo, alcanzó Santa Teresa de Lisieux un cabal conocimiento por simple intuición de amor. He aquí una de sus últimas palabras, el 29 de septiembre de 1897, la víspera de su muerte, a una Hermana que le pedía una despedida: «Ya lo he dicho todo. *Todo está cumplido*. Sólo cuenta el amor» ¹¹³. Pero un poco antes, el 12 de julio, había dicho: «No puedo pensar mucho en la felicidad que me espera en el cielo. Una sola esperanza hace sacudir mi corazón: es el amor que recibiré y el que podré dar... Pienso en todo el bien que querría hacer después de mi muerte: hacer bautizar a los niños, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia» ¹¹⁴. Algunos días después, el 17 de julio, dirá: «Siento que *mi misión va a comenzar*: la misión de hacer amar a Dios como yo lo amo, dar mi caminito a las almas. Si mis deseos son escuchados, mi cielo se perpetuará sobre la tierra hasta el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo el bien sobre la tierra. Esto no es imposible; (también) los ángeles cuidan de nosotros sin perder la visión beatífica. No, no me tomaré ningún descanso hasta el fin del mundo y mientras haya almas que salvar. Sólo cuando el Ángel diga: *Se acabó el tiempo* ¹¹⁵, podré descansar, podré disfrutar, porque el número de los elegidos estará ya completo y todos entrarán en la alegría y en el reposo. Mi corazón se estremece con este pensamiento» ¹¹⁶. Y al día siguiente, el 18 de julio, tendrá esta conmovedora vacilación: «Mi Padre Dios no me infundiría este deseo de hacer el bien sobre la tierra después de mi muerte, si Él no quisiera realizarlo; me daría más bien el deseo de descansar en Él. ¿Qué pensáis vos de esto, mi Madrecita?» ¹¹⁷.

La santa prevé, sin duda alguna, la resonancia que tendrán sus escritos. Pero presente con más claridad que el reposo de Cristo y de sus santos, entre el instante del *Todo está consumado* y el instante del *Todo está sometido*, es una incesante mediación y una continua solicitud por la salvación de nuestra pobre tierra. Si en el cielo Cristo mismo continúa, según el Apóstol, intercediendo por nosotros, ¿cómo podrían sus santos del cielo no interceder con Él?

De los frutos cognoscitivos del amor divino el más sazonado es el don de sabiduría. Cuando el espíritu de sabiduría viene a un alma, vierte sobre ella el instinto de Dios. El alma entonces no ve a Dios extraño o distante, sino como injertado o inviscerado en ella, hasta llegar a convertirse Dios, dentro de ella, como en el peso que da la medida a su amor. En este contacto misterioso, Dios le da a sentir algo de la visión que Él tiene de Sí mismo y de su obra. El universo es conocido desde Dios, en contemplación que desciende hacia las cosas con la serenidad de la mirada divina. El conocimiento del don de sabiduría es, por ello, eminentemente pacificador. La bienaventuranza que produce en el alma en que reside es la de los pacíficos, la de los que dejan, por dondequiera que pasan, algo de la paz de Dios. Por esto el Evangelio les llama hijos de Dios: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9).

«Brotará un retoño del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vástago; sobre él reposará el Espíritu de Yavé, Espíritu de sabiduría y de inteligencia...» (Is 11, 1-2). Jesús es la Sabiduría eterna encarnada. Su alma está llena de la sabiduría de la visión intuitiva y de la sabiduría afectiva que el don implica. Incluso cuando se conmueve, como en el momento de resucitar a Lázaro (Io 11, 33), las partes superiores de su alma

permanecen inmutables. Son las que van orientando hasta el final su camino sangrante: «Salí del Padre y vine al mundo; dejo de nuevo el mundo y me voy al Padre... (Io 16, 28). He manifestado tu nombre a los hombres que me has dado de en medio del mundo. Tuyos eran y tú me los diste, y han guardado tu palabra... (Io 17, 6). Padre, quiero que donde esté yo los que me has dado estén también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo» (Io 17, 24). «El Hijo del hombre se va, según está escrito de Él; pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado!» (Mt 26, 24). Y la misma serenidad soberana muestra en los últimos instantes, cuando dice: *Todo está consumado*. Entonces, en este momento preciso, atrayendo hacia Sí a todos los hombres (Io 12, 32) y abrazando en su muerte con fuerza singular a toda la creación nueva para reconciliarla en Él con el Padre y pacificarla hasta en los mismos fundamentos —«No te he tocado desde lejos»—, la convierte en hermana de Él y, para siempre jamás, en hija de Dios.

Cristo posee toda Sabiduría porque es por naturaleza Hijo de Dios: por ello, cuando viene al mundo, sabe pacificar por Sí mismo todas las cosas, hacérselas hermanas e hijas de Dios. Nosotros, en cambio, tenemos que ir siendo hijos de Dios progresivamente; y es el don de sabiduría el que nos facilitará ser cada día menos imperfectamente hijos de Dios y portadores de la paz sobre la creación. Porque, según dice Santiago, el Padre de las luces nos engendra por la Palabra de la verdad «para que seamos como primicias de sus creaturas» (Iac 1, 18).

La muerte, que es un instante desgarrador, «el instante del desgarramiento de la sustancia humana», puede, sin embargo, esclarecerse a la luz del futuro; puede «aparecer como el punto de maduración suprema de un destino, acompañarse del sentimiento de que hemos llegado a la madurez, que nuestro destino está verdaderamente cumplido, que nuestra vida ha llegado a su plenitud y se la estamos ofrendando a Dios, para entrar, si le place, en su eternidad.

«Hay muertes prematuras. Pero no pienso al decir esto en la muerte de los jóvenes; porque, después de todo, por breve que sea una existencia, puede bastar para hacer madurar una vida. La muerte será en verdad prematura si no nos encuentra dispuestos a comparecer ante Dios, que nos sorprenderá en pleno desarrollo, inciertos sobre cuál será nuestra auténtica imagen, y no en el término que deberíamos haber alcanzado»¹¹⁸.

Mil veces dichoso el cristiano que, en la hora de su muerte, pueda sin temeridad repetir muy quedo en su corazón aquellas palabras de Jesús al Padre: «Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» (Io 17, 4).

SÉPTIMA PALABRA: EN TUS MANOS...

Et clamans voce magna Jesús ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

Y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46).

En el corazón de la cruz de Jesús brilla una luz potentísima, que resplandece en sus tres primeras palabras, donde, no muestra otra preocupación que la de perdonar; una luz que parece ocultarse en las otras dos palabras que le arranca la violencia del suplicio: en la cruz, dice el himno litúrgico, se oculta la Divinidad ¹¹⁹, una luz, que vuelve a aparecer en la paz dominadora y en la majestad serena de las dos últimas palabras.

Esta maravillosa luz es el Verbo mismo, «imagen del Dios invisible» (Col 1, 15), «resplandor de la gloria del Padre e impronta de su sustancia, que con su palabra poderosa sostiene todas las cosas» (Heb 1, 3).

El Verbo inundaba la inteligencia de Cristo del fuego de la visión beatífica. Es el que va a hacer adorable, en sentido propio, la espantosa agonía en la que Cristo debe entrar para desposarse sin ninguna otra excepción más que el pecado, con la tragedia de nuestra condición.

En el canto 27 del Purgatorio, cuando Dante llega tembloroso ante la cortina de fuego y el ángel que canta: “Bienaventurados los corazones puros” le invita a seguir avanzando, necesitará el poeta, para superar su temor, que añada Virgilio:

«Mira, hijo,
entre Beatriz y tú está esta muralla» ¹²⁰.

El Verbo ha asumido el dolor, no para ahorrárselo a los hombres, sino para pedirles a todos los que quieran entrar en la Paz infinita que atravesen su largo telón de fuego. Ha querido dejar oculto para nosotros, en esa Cruz ante la que temblamos, toda la luz del paraíso.

De un solo golpe ha cambiado Cristo el sufrimiento humano en sufrimiento cristiano y, a la vez, ha librado al mundo de la desesperación: «Así como los hijos participan de la sangre y de la carne, dice la Epístola a los Hebreos, así también participó Él de las mismas, para aniquilar mediante su muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y librar a cuantos, por temor de la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Heb 2, 14-15).

En la sexta palabra, Jesús, ya al término de su vida, se había vuelto hacia el mundo que había venido a salvar: ponía en manos del Padre su obra redentora.

En la séptima palabra, consumado ya todo lo referente a la redención del mundo, Jesús puede pensar en Sí mismo. Le queda aún por arrancar su alma santísima de su cuerpo, para hacerla pasar completamente de esta vida, donde el sufrimiento tanto la ha destrozado, a la otra vida, en que ya no habrá agonías.

El sentido de estas dos últimas palabras, incluso su conexión, estaba implícita en dos versículos de la gran oración sacerdotal de Jesús: «Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» (Io 17, 4): es el anuncio de la sexta palabra. «Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo existiese» (Io 17, 5): es el anuncio de la séptima palabra.

La séptima palabra nos la ha conservado San Lucas. Es el único que nos refiere tres palabras de Jesús: la primera, *Padre, perdónalos*; la segunda, *Hoy estarás conmigo*; y la última.

San Juan es el único que nos relata otras tres: la tercera, *Mujer, he ahí a tu hijo*; la quinta, *Tengo sed*; y la sexta, *Todo está consumado*.

San Marcos y San Mateo han recogido la cuarta, *Dios mío, Dios mío...*

Uno se conmueve al pensar en la forma un tanto ocasional en que estas grandes palabras, ardientes y adorables, han llegado hasta nosotros. Parece como si arrojadas al aire y esparcidas por el mundo no hubieran sido escritas más que por puro azar. Pero, después de todo, sabemos muy bien que una sola de ellas, penetrada hasta el fondo, bastaría para descubrir ante los ojos de la fe, el abismo insondable del misterio de la redención.

Inmediatamente después de habernos relatado la promesa de Jesús al ladrón, que es la segunda palabra, San Lucas nos refiere la última, de esta forma: «Era ya como la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona; el sol se oscureció y el velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, dando una gran voz, dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Y diciendo esto, expiró» (Lc 23, 44-46).

Tratemos, de reflexionar sobre cada una de estas palabras.

«*Et clamans voce magna Jesús ait.*» Jesús grita con fuerte voz, está lleno de vida. La vida está en Él divinamente enraizada. Tanto que, para morir, tendrá que arrancarla Él mismo de su cuerpo con violencia, mediante una, dura decisión de su voluntad.

Había dicho en otra ocasión: «Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, yo soy quien la doy por, mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volverla a tomarla» (Io 10, 17-18).

En su tercer *Ientaculum*, escrito en Poznan en 1524, el cardenal Cayetano explica cómo, al contrario del martirio, que no es sacrificio más que en sentido metafórico o espiritual, la muerte del Salvador es un sacrificio en sentido propio. Señala tres diferencias. He aquí la segunda ¹²¹: «La oblación de Cristo era voluntaria por naturaleza. Dicho de otra forma, Cristo murió porque Él quiso, no solo con su voluntad divina, sino también con su voluntad humana. Y no sólo como se acepta un hecho, sino como se produce un efecto. Porque su alma participaba ya de la gloria y Él podía impedir su

muerte corporal; pero no quiso hacerlo. Se ve así en qué sentido totalmente excepcional pudo decir de Él Isaías: *Se ofreció porque quiso* ¹²². Por otra parte, Él dijo de sí mismo: *Nadie me quita la vida, yo soy quien la doy por mismo*, precisando que tenía poder sobre ella: *Tengo poder para dada y poder para volverla a tomar*. La ofrenda de los mártires, en cambio, no es voluntaria por naturaleza: no está en sus manos morir o no morir. Es voluntaria por simple consentimiento, en el sentido de que aceptan morir por el honor de Dios».

«Padre, en tus manos...» Ya no dice, *Dios mío, Dios mío...* Ahora dice *Padre*, como en la primera palabra. La serenidad de las partes superiores de su alma parece descender sobre las inferiores y sobre sus potencias sensibles infundiéndoles el mis sublime sosiego.

«Padre, *encomiendo mi espíritu...*» Era ésta una expresión del Antiguo Testamento. El justo, amenazado de muerte, se volvía hacia Yahvé:

«Tú me sacarás de la red que me han tendido,
porque tú eres mi fortaleza.
En tus manos encomiendo mi espíritu,
tú me has rescatado, Yahvé» (Ps 31 [30], 5-6).

Así, pues, la última palabra de Jesús, como la cuarta, *Dios mío, Dios mío*, está tomada, de un salmo. Pero ¡con qué sentido tan diverso! El problema para Jesús no es evitar la muerte, sino afrontarla; pide al Padre no que le conserve una vida precedera, sino al contrario, que acoja su alma inmortal.

Es el momento en que esta alma va a dejar el régimen de esta vida terrestre, donde el océano del sufrimiento humano podía desbordarse sobre ella, para entrar en el de la vida celeste, donde quedará invadida enteramente por la paz de la gloria. Sería lógico que para Jesús el paso de la tierra al cielo se realizase mediante una transfiguración de su cuerpo, sin la ruptura horrible de la muerte. Pero Cristo vino a la tierra para abrazar esta muerte. Es preciso, pues, que ahora, por una decisión tajante de su voluntad, arranque al vivo su propia alma de su cuerpo maltrecho. Y la entrega al Padre, de donde había salido por creación cuando, después de la Anunciación, su naturaleza humana fue formada milagrosamente en el seno de la Virgen. Antes de la separación de su humanidad, Cristo confía las partes que la componen a Aquel que tiene potestad infinita para unir las de nuevo. Jesús entrega su alma al Padre en depósito.

Así, en el instante mismo de entrar en la muerte, Jesús, que es Dios, entrega a Dios su espíritu, es decir, su alma, creada pero inmortal.

El paso no se hace de la persona de Jesús a la persona del Padre. El tránsito se realiza de la vida humana en el tiempo terrestre, donde Jesús experimentaba, a la vez, la cruz y la gloria, a la vida humana fuera de nuestro tiempo, donde ya sólo disfrutará de la gloria.

Si entrega su alma a Dios y a la vida gloriosa, es para comenzar a instaurar y congrega en torno a ella el universo escatológico. Había dicho a los discípulos: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo diría. Voy a prepararos un

lugar. Y cuando yo me haya ido y os haya preparado un lugar, de nuevo volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros» (Io 14, 2-3).

Es preciso leer en esta perspectiva el comentario de San Ambrosio a las palabras: *Encomiendo mi espíritu*: «Con gran precisión se dice “encomendar” el espíritu, puesto que se guarda. Lo que se encomienda no se pierde. El espíritu es un tesoro, un buen depósito... Encomienda, pues, Jesús su espíritu al Padre y por eso pudo decir: *No abandonarás mi alma al seol*¹²³.

»Mas he aquí un gran misterio. Cuando Jesús encomienda su espíritu en manos del Padre, habita ya en el seno del Padre porque nadie más que el Padre puede abarcar totalmente a Cristo. De ahí las palabras de Jesús en San Juan: *Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí* (Io 14, 10).

»Entrega, pues, su espíritu al Padre. Pero aunque está en las alturas, ilumina todo, hasta lo más ínfimo, para redimir todas las cosas.» Cristo, en efecto, que está presente en todas las cosas, actúa en cada una de ellas, sean carne o espíritu. «Él muere según su carne, pero es para resucitar en ella; encomienda su espíritu al Padre..., pero es para instaurar en el Cielo mismo una paz que invadirá toda la tierra»¹²⁴.

«Padre, *en tus manos* encomiendo mi espíritu.»

No confía su alma, su «mismidad» al Angel, que vino no hace mucho a confortarle en su agonía. Él está por encima de los ángeles, es el Rey de los ángeles. Se la confía directamente al Padre. Habiendo reconciliado todas las cosas consigo mismo (Col 1, 20), he aquí que ahora se ofrece Él en las manos del Padre. Las manos del Padre están hechas para socorrer a sus hijos: son tiernas y fuertes; son fieles para recibir una entrega; son seguras para dejarlo todo a buen recaudo.

Jesús encomienda al Padre el más preciado, el más valioso depósito que jamás se haya puesto en tales manos: su alma creada de Hijo Unigénito, transida de la claridad del cielo y del dolor de la tierra. En ella el amor es tan grande que puede abrazar el mundo nuevo de la redención y llevarlo a su culminación.

«Padre, *en tus manos* encomiendo mi espíritu.» Esta palabra de Jesús va a realizar lo que indica. En el momento en que la concluya, su alma va a desgajarse del cuerpo para pasar definitivamente a la gloria.

Había dicho en otra ocasión: «Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes de que existiese el mundo» (Io 17, 5). La gloria divina, que poseía por naturaleza como Verbo de Dios antes de que existiera el mundo, va a poseerla como hombre por participación y no solo en la parte superior de su alma, sino en todo su ser, al franquear por su muerte el umbral de lo que llamamos la Patria.

Se dice en los Hechos de los Apóstoles que el diácono Esteban glorificaba a Dios diciendo: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra de Dios.» Y cuando le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle, oraba diciendo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Act 7, 56-59). No entrega él mismo su espíritu, sino que Jesús lo reciba; no se quita él mismo la vida, acepta que le sea quitada.

He aquí el comentario de San Agustín sobre este pasaje: «Suspendido en la cruz, Nuestro Señor Jesucristo dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Dijo esto como hombre, como crucificado, como hijo de mujer, como vestido de carne, como destinado por nosotros a morir y ser sepultado y resucitar al tercer día y subir al cielo. Todas estas cosas, en efecto, conciernen al hombre. Como hombre, pues, dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*.

»Jesús dijo: *Padre*. Esteban dijo: *Señor Jesús*; y añadió: *Recibe mi espíritu*. Lo que tú has dicho al Padre, yo te lo digo a ti. Te tomo por Mediador. Has venido a levantar lo que estaba caído y no has caído conmigo. Recibe mi espíritu»¹²⁵.

El relato de los Hechos continúa: «Después, puesto de rodillas, gritó con fuerte voz: Señor, no les imputes este pecado. Y, en diciendo estas palabras, se durmió» (Act 7, 60). Así, estas dos últimas palabras de Esteban se parecen a la última palabra de Jesús en la cruz. Lo que comenzó en Jesús continúa en sus miembros. Tal es la idea de fondo que ilumina este relato de los Hechos. Más tarde, los Primitivos franceses representarán la escena de la lapidación de Esteban junto a un gran Cristo muriendo en la cruz, para darnos a entender que la suprema dignidad del martirio, desde el momento de la muerte de Jesús, se difunde pasando de Cristo a la Iglesia, de la Cabeza al Cuerpo.

Quizá sea preciso añadir, por ello, que si Esteban y después de él tantos santos mueren con las palabras de la cruz en sus labios, no es por un deseo premeditado de imitar la muerte inimitable del Salvador; sino más bien porque, cuando la caridad de Cristo, que es la Cabeza, se difunde en la Iglesia, que es su Cuerpo, produce en esta efectos análogos. Las palabras que la Iglesia descubre espontáneamente en su corazón y reinventa cada día al contacto con la persecución y la muerte tendrán un maravilloso parecido, como si fueran su copia, con las palabras de amor de su Jefe.

«*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*». En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Es la plegaria del final de las Completas. Cada día, con su amanecer y su ocaso, es un nacimiento y una muerte. Al caer la tarde, como cuando llegue la tarde de la vida, todas nuestras faltas, todas nuestras ofensas al Dios del amor, suben del corazón al espíritu. ¡Oh, que ni la noche ni la muerte me sorprendan sin arrepentirme de todo! ¡Sobre todo que, cuando la muerte arranque mi cuerpo, encuentre mi espíritu en vuestras manos, Señor!

Todos los elegidos mueren en el amor, en el hábito del amor. Los santos mueren por amor, practicando el amor; no en la inconsciencia, como bestias acosadas. Hasta tal punto que el relato de sus últimos momentos es impresionante. Incluso algunos, dice San Francisco de Sales, mueren de amor: «Esto sucede cuando el amor no solo hiere el alma hasta hacerla languidecer, sino cuando la traspasa asestando su golpe certero en mitad del corazón y tan fuertemente que empuja al alma fuera de su cuerpo»¹²⁶. El santo doctor explica así la muerte de la Virgen¹²⁷.

Explicando el verso sexto de la primera estrofa de la *Llama de amor viva*:

Rompe la tela de este dulce reencuentro,

escribe San Juan de la Cruz: «El morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de su muerte cuanto al natural es semejante a las demás, pero en la

causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia. Porque si las otras mueren de muerte causada por enfermedad o por longura de días, estas, aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no las arranca el alma, sino algún impetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo *romper la tela* y llevarse la joya del alma»¹²⁸.

«Tengo miedo de haber tenido miedo de la muerte», decía Santa Teresa de Lisieux algunos días antes de morir. «Pero no es que temiera *el más allá de la muerte* y que echara de menos la vida, oh no. Me decía solamente, con una cierta aprensión: ¿Qué será esa misteriosa separación del alma y del cuerpo? Es la primera vez que he tenido este sentimiento, pero en seguida me abandoné en manos de mi Padre Dios»¹²⁹. El día mismo de su muerte manifestó: «Se me han concedido hasta mis más pequeños deseos. Entonces también deberá cumplirse el más grande, que es morir de amor». Algunas horas más tarde, mirando su crucifijo, pronunciaría no sin esfuerzo sus últimas palabras: «¡Oh, le amo! ¡Dios mío, os amo!»¹³⁰.

«En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.»

Hoy pueden apoderarse de un cristiano, de un sacerdote, de un obispo, de un príncipe de la Iglesia y torturarles salvajemente para destruir su psiquismo y reducirles a un estado de autómatas. Así firmarán lo que se les presente, repetirán ante un microfono la lección que se les haya hecho aprender y negarán públicamente lo que había sido hasta ese momento su única, su divina razón de vivir. La técnica de los perseguidores es fruto de un largo aprendizaje. Y hoy ya está en su punto. Le arranca así al mártir su única alegría, la del testimonio. No sólo le niega el derecho de morir públicamente por Cristo, sino que además le obliga a decir públicamente que muere por el dinero, por la política, por haber traicionado a su patria.

Jesús dijo: «No tengás miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla» (Mt 10, 28). Y sin embargo parece como si hoy tuvieran más afán por matar el alma que el cuerpo. Incluso da la impresión de que han logrado tener más éxito del que nunca hubieran podido soñar.

¡Pero no! Ellos pueden, con las torturas, destruir el cuerpo de un hombre, destruir un psiquismo humano. Pero no pueden tocar siquiera el alma inmortal. Si este hombre, está bautizado, este sacerdote, este príncipe de la Iglesia ha previsto que se le humillaría de esa forma, que se le reduciría al estado de máquina, que se haría de él una pobre marioneta sangrienta, y, a pesar de todo, no ha tratado de huir, ni pasarse al adversario, ni de traicionar su fe; si ha dado previamente un «sí» total a Jesús y a su Iglesia; si ha encomendado al Señor, su espíritu en sus manos, para sufrir en su cuerpo y en su actividad sensitiva todas las ignominias que quieran infligirle, entonces esta es la victoria que triunfa del mundo (1 Io 5, 4), esto es lo único que cuenta para los Ángeles, esto es «el tesoro escondido en el cielo, donde ni la polilla ni el orín lo corroen y donde los ladrones no horadan ni roban» (Mt 6, 20).

El último de mis actos libres: he aquí mi alma, he aquí lo que vale ante Dios y ante la Iglesia, he aquí lo que se escribe en el Libro de la vida. ¿Qué importa que mi psiquismo se deshaga en el instante mismo de mi muerte corporal o que se destruya unos años antes y que me presenten como un espectáculo sobre la escena del mundo? La donación que yo hice como hombre libre ante Dios no puede ser revocada por las

palabras que me harán pronunciar como un sonámbulo ante los tribunales del diablo. En las miserables declaraciones arrancadas en Budapest al Cardenal Mindszenty, hemos podido leer, de pronto, una palabra de esplendor, salida de las profundidades de su alma, que han divulgado, como por milagro, todos los periodicos: «¡La Iglesia, amor mío!»

Quizá la era en que estamos entrando llegue a conocer una nueva forma de martirio, menos frecuente hasta ahora. Un martirio empobrecido, harapiento, despojado de todo elemento admirable que pudiera avivar la fe de las comunidades cristianas. Todo lo espectacular será como privativo de las filas de la Bestia (Apc 13, 3-5). Entonces Dios pedirá a los mártires que, antes de morir corporalmente por Jesús, acepten, también por su amor, ser envilecidos y renunciar a la alegría de poder confesar a Jesús a la faz del mundo.

Aquellos a quienes visita el espíritu de inteligencia llegan a penetrar la profundidad de los misterios divinos. Son hombres que se apartan de lo inauténtico. Tienen el corazón puro. Los actos más sublimes de honestidad, en las cosas materiales o en las espirituales, proceden del don de inteligencia. Es una de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los limpios de corazón...» (Mt 5, 8). Ya en la tierra viven la claridad de los misterios del cielo. Les es fácil entonces, al llegar la hora de su muerte, encomendar su alma a Dios. La justicia divina, en lugar de amedrentarles, les conforta. Tal es sin duda el caso de Santa Teresa de Lisieux, que en su lecho de muerte engrandece la Misericordia de Dios con estas palabras: «Alguien podría creer que tengo tan gran confianza en el Buen Dios porque me ha preservado del pecado mortal. Dígame, Madre mía, que aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, tendría siempre la misma confianza; tendría la convicción de que esa multitud de ofensas se evaporarían como una gota de agua arrojada en un brasero encendido»¹³¹. Es verdad, no obstante, que su confianza personal en la Justicia divina provenía de la pureza de su corazón. A un misionero que temía el purgatorio, le escribió en estos términos¹³²: «Sé que hace falta estar muy limpio para comparecer ante el Dios de toda santidad, pero sé también que el Señor es infinitamente justo; y que esta Justicia, que aterra a tantas almas, es el motivo de mi alegría y de mi confianza... Espero tanto de la Justicia del buen Dios como de su Misericordia; por ser justo, *es compasivo y lleno de dulzura, tardo a la ira y de gran misericordia. Él conoce nuestra fragilidad y sabe que no somos más que polvo. Como un padre es tierno para con sus hijos, así de tierno es el Señor para con nosotros*» (Ps 103 [102], 8.14.13). Si, la Justicia divina no terrible más que para el pecado; es dulce, en cambio, para los corazones puros. «Bienaventurados los limpios de corazón», es la bienaventuranza. Y he aquí la recompensa: «Porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Cuando llegue su muerte, verán inmediatamente a Dios, sin sufrir las demoras del purgatorio.

El Espíritu de inteligencia reposaba en Jesús. Cristo conocía, incluso en cuanto hombre, la pureza del Cielo, por la evidencia de la visión beatífica y, a la vez, por la inclinación amorosa del don de inteligencia. Al devolver su espíritu al Padre, lo retiraba de todo contacto con el mundo impuro para situarlo en el centro mismo de la Jerusalén celeste, de la Ciudad santa, donde no entrará nada manchado y donde no existe la muerte (Apc 21, 27.4).

Según el relato de San Lucas, expira al decir la séptima palabra: «Y dando una gran voz, dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Y, en diciendo estas palabras, expiró».

San Marcos y San Mateo no recogen la séptima palabra, pero hablan de un gran grito. Al relatarnos la cuarta palabra, dicen los dos que Jesús había gritado con fuerte voz: *Dios mío, Dios mío*. Un poco después hablan de un segundo grito de Jesús. He aquí el texto de San Marcos: «Jesús, dando un gran grito, expiró» (Mc 15, 37). Y el de San Mateo: «Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró» (Mt 27, 50). A este grito hace referencia la Epístola a los Hebreos: «Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal plegarias y súplicas al que era poderoso para salvarle de la muerte, con potente grito y lágrimas...» (Heb 5, 7).

Según San Juan, después de la sexta palabra, Jesús inclina la cabeza para morir «Cuando hubo gustado el vinagre, dijo: *Todo esta consumado*. E inclinando la cabeza, entregó, el espíritu» (10 19, 30).

El ser corporal de Jesús, por la unión Hipostática, está unido a las fuentes divinas de la vida tan poderosamente que es necesario que Él quiera morir para para que las horribles torturas de la crucifixión puedan producir en Él su efecto natural y llevarle a la muerte. Pues bien, ese grito recogido por San Marcos y San Mateo, esas palabras de Jesús entregando su espíritu al Padre y ese gesto anotado por San Juan: «Inclinando la cabeza, entregó su espíritu», lo que expresan es el consentimiento supremo de Cristo ante la muerte, separación violenta y voluntaria de su alma.

«*E inclinando la cabeza, entrego el espíritu*» (Io 19, 30). En este instante todo comienza para el mundo.

La muerte de Jesús marca el fin de la Ley Antigua y el comienzo de la Ley Nueva, es decir, el inicio del más grande acontecimiento de la historia espiritual de los hombres desde la creación del mundo. A partir de este momento comienza a realizarse el designio de amor forjado por Dios desde toda la eternidad: anunciar la paz a los gentiles, que estaban lejos, y a los judíos, que estaban cerca, para unirlos en un solo pueblo espiritual, a saber, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia; hacer confluir la economía de la Ley Natural, bajo la que vivían los gentiles, y la economía de la Ley Antigua, bajo la que vivían los judíos, en la Economía única, más santa y misericordiosa, de la Ley Nueva (cfr. Eph 1, 9-10; 2, 13,18; 3, 5-9). La gracia de Cristo, concedida hasta ahora de forma anticipada, secreta e imperfecta en la Ley Natural y en la Ley Antigua, va a derramarse en adelante abiertamente y en toda su plenitud. La luz difusa y velada, que ha venido iluminando aunque en diversa proporción el doble universo de los gentiles y de los judíos, deja ver al fin su Foco luminoso cuando se alza sobre el mundo el sol de la Redención.

Los hechos que siguen inmediatamente a la muerte de Jesús en los relatos de San Marcos y de San Mateo no son más que débiles indicios de esta inaudita transformación espiritual.

Según San Marcos: «El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Y el centurión, que estaba frente a Jesús, viendo de que manera había expirado, dijo:

«Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15, 38-39; cfr. Mt 27, 54). ¿Sería tal vez el que había tendido a Jesús, por compasión, el agua avinagrada? Así son los juegos de la gracia: desde el momento en que uno comienza a cooperar con ella por un libre asentimiento, ella ilumina el alma abriéndola a horizontes más altos. Como quiera que sea, hay un gentil al pie de la cruz para confesar a Jesús. Está junto a San Juan y las santas mujeres, como en la crucifixión de Grunewald en el Museo de Basilea. Le ha tocado un rayo de gracia. Le ha transformado la muerte de Jesús. Ahora la ve por dentro: no es una carnicería, es un sacrificio. El centurión adivina que es la muerte de un justo (Lc 23, 47), una muerte que grita la verdad de su mensaje; y, sin entender del todo lo que dice, testimonia que Jesús es Hijo de Dios. La plegaria de Cristo por aquellos que le crucifican comienza a ser escuchada: un gentil se ha convertido.

La ruptura del velo del templo, signo de la abolición de la Antigua Alianza, y la confesión del centurión, primicias de la Alianza Nueva, figuran también en los relatos de San Lucas y San Mateo. Pero este último Evangelista recoge además otras manifestaciones de la transformación de la economía espiritual del mundo (Mt 27, 51-53). Un seísmo abre las rocas donde se excavaban tumbas y los muertos, vueltos a la vida, se aparecerían a muchos después de la resurrección del Salvador. Si es verdad, según yo pienso, que los que fueron alcanzados por el pecado original no pueden resucitar gloriosos más que al fin del mundo, cuando sea vencido el último enemigo, que es la muerte (1 Cor 15, 26), entonces es preciso afirmar que la vida de estos resucitados fue efímera ¹³³. El velo desgarrado, un seísmo, resurrecciones precarias.... Pero, ¿qué es todo esto para significar la muerte de un Dios, la redención del Universo, el advenimiento de la Iglesia?

«Jesús, dando un gran grito, expiró» (Mc 15, 37). En ese extraordinario lienzo del Museo del Prado, donde el Greco ha plasmado el drama de la redención, parece como si el Padre se hubiera conmovido al oír este fuerte grito. En su mirada hay una ternura enloquecida. Y al verle sostener con tanta piedad el cuerpo de su Hijo muerto, que se abandona en sus manos con una extraña grandeza, se diría que el Padre como que descubre ahora la inmensidad de los dolores de su Hijo y que se arrepiente de haberle enviado a tan grande martirio. Por encima, la Paloma del Espíritu vierte sobre el drama la luz de la Trinidad. A la derecha, el bello rostro femenino, pensativo y ardiente, que se inclina hacia Cristo, bien podría ser la Iglesia de la tierra. A la izquierda, están los Ángeles y la Iglesia del cielo.

Con el último grito de Jesús, algo se acaba para siempre. Su vida temporal ya no volverá de nuevo jamás. Este misterio de irreversibilidad fascinaba a Peguy: «Dichosos los que le han visto caminar sobre la tierra; los que le han visto caminar sobre el lago; dichosos los que le han visto resucitar a Lázaro. Cuando se piensa, Dios mío, cuando se piensa que esto no sucedió más que una vez... Dichosa la Magdalena, dichosa la Verónica; dichosa santa Magdalena, dichosa santa Verónica: vosotras no sois santas como las demás. Todos los santos son santos, todas las santas son santas, pero vosotras no sois santas como las otras. Todos los santos y todas las santas contemplan a Jesús sentado a la derecha del Padre. En el cielo está su cuerpo de hombre, su cuerpo humano glorioso, puesto que así ascendió el día de la Ascensión. Pero vosotras, sólo vosotras, habéis visto este cuerpo humano en nuestra común humanidad, caminando y sentado

sobre la tierra común. Sólo vosotras lo habéis visto dos veces y no una sola. No una vez solamente, como las otras, en la eternidad; no en esa segunda vez, que dura eternamente. Vosotras lo habéis visto también una primera vez, una vez anterior, una vez terrenal. Y esto es lo que no sucedió más que una vez, esto es lo que no ha sido dado a todo el mundo»¹³⁴. Todo esto concluyó para siempre. La vida temporal del Salvador ya no volverá a comenzar jamás. Pero su recuerdo será guardado en los cielos. Y además —Peguy no lo ha dicho y es preciso añadirlo— Dios nos prestará por añadidura, para contemplar el desarrollo del tiempo, su propia mirada; esa mirada que está por encima del tiempo, en la que nada se olvida y donde toda la historia del tiempo permanece presente en su frescura original.

En la vida de Jesús hubo indecibles sufrimientos, pero también gozos divinos e inenarrables. Cuando era niño, tuvo la ternura de su madre. Más tarde, cuando abrió sus ojos al mundo, ¡cómo supo descubrir las cosas: las flores de los campos, los granos de mostaza, las higueras comenzando a brotar al venir el verano, las mieses que blanquean, el cielo en arreboles que anuncia el buen tiempo o la tempestad! Posó su mirada en los trabajos humanos: el de los pescadores, el del sembrador que sale a sembrar, el de la mujer que hace girar la muela para moler el grano o que barre su casa para encontrar la dracma. Visto todo con tan profunda humanidad, con tal pureza y admiración, con alegría tal que podía descubrir la idea creadora oculta en el seno de las cosas, en comparación con la cual la visión de los pintores y poetas es punto menos que nada. Contempló los ojos y el corazón de los niños. Su alma no estuvo nunca aprisionada, sino en holgura. Y, sin embargo, no perdió de vista jamás, durante los treinta y tres años de su vida, que moriría clavado en una cruz.

El pensamiento de la gloria de su Padre y de la redención del mundo bastaba, en todo instante, para estremecer su alma: «En aquel tiempo Jesús dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo» (Mt 11, 25-26). Exulta ante la magnanimidad del Centurión: «En verdad os digo, que en nadie he encontrado tanta fe en Israel» (Mt 8, 10)) o de la Cananea: «¡Oh mujer!, grande es tu fe...» (Mt 15, 28). La gran plegaria sacerdotal, en San Juan, es serena y solemne como una victoria. Una paz triunfal la llena toda. Parece que la muerte esté ya rebasada: «Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo» (Io 17, 24).

Los cuerpos no podían quedar en la cruz el día del sábado. Por ello fue preciso, en la tarde del viernes, tratar de acelerar la muerte de los ajusticiados rompiéndoles las piernas. «Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él; pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua» (Io 19, 32-34).

Es un milagro que la sangre y el agua salgan de un cuerpo muerto. El discípulo amado se dio cuenta del milagro y lo atestigua solemnemente y su testimonio es verdadero (Io 19, 35). Aquí se oculta un gran misterio.

La sangre de la redención del mundo se perpetuará en la eucaristía. El agua que nos trae la redención, la vida, la entrada en el reino, es la del bautismo. En estos dos sacramentos, el uno de iniciación, el otro de la consumación de la vida en Cristo, están significados los siete sacramentos que dan vida a la Iglesia. La Iglesia es la nueva Eva que sale del nuevo Adán. La primera Eva había nacido del costado de Adán dormido en el jardín del Edén. La segunda Eva nace del costado de Cristo, cuando duerme en la cruz el sueño de la muerte, y de cuyo corazón, abierto por la lanza, brota toda la gracia de la redención del mundo.

Cristo muere, la Iglesia nace, el mundo se salva. La luz del Cielo, encerrada en la Cruz, comienza ahora a expandirse en la Iglesia para iluminar sus alegrías y sus dolores, sus fallos y sus victorias. En medio de un mundo de pecado, ella estará siempre no sin pecadores, pero sí ciertamente sin pecado. Es Cristo quien la guarda así. Ella es su Esposa. «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola por el baño del agua con la palabra, a fin de preparársela para Sí gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada» (Eph 5, 25-27).

La Cruz de Cristo, una vez que ha sido levantada sobre la historia, es ya la única salvación del mundo. No sólo de las personas individuales, que son inmortales, sino también de las civilizaciones, que son perecederas.

Apareció, en Occidente, en un mundo de decadencia y abocado a la ruína. En comparación con la luz que ella ofrecía, las renunciaciones que exigía no parecieron demasiado pesadas: cuando la tierra no tiene más que dar, el cielo, revelando sus esplendores, llega a ser infinitamente deseable.

¿Que ocurrió luego? A medida que los pueblos se iban agrupando en torno a la Cruz y fijaban su esperanza en el Reino que no es de este mundo, he aquí que, como por milagro, el mundo se iluminaba, la vida se volvía más humana y se organizaba una cultura cristiana, una civilización cristiana. Reapareció así la dulzura de vivir.

Pero con ella vino pronto el olvido del cielo. Las exigencias de la Cruz volvieron a pesar hasta resultar intolerables. El hombre trató de conquistar la tierra y hacer su propia felicidad. Y se hizo duro y hasta salvaje. Después de dos guerras mundiales en el espacio de medio siglo, he aquí de nuevo ante el temor de una tercera.

¿No ha tenido ya la humanidad suficiente experiencia de la desgracia? ¿Hará falta que sea de nuevo inundada de sangre y de locura? ¿Necesitará llegar al fondo de la desesperación para alzar de nuevo sus ojos a la Cruz? Entonces, las exigencias cristianas jamás deberían parecerle injustificadas. Buscará ante todo el Reino de Dios. Y tal vez, por añadidura, llegue a florecer algún nuevo orden temporal cristiano, un cierto tipo de nueva cristiandad.

La Cruz es más un misterio de luz que un misterio de dolor. El dolor no es algo esencial, pasará. Debajo de él se oculta la luz: por momentos, atraviesa la capa del sufrimiento e irradia su esplendor.

La luz si es algo esencial, que durará por siempre. Pero, al pasar por el dolor, se viste de una singular belleza asumiendo en su esplendor todo lo que de dignidad y de grandeza hay en la aventura de nuestra vida y de nuestro destino de hombres: «La

momentánea y ligera tribulación del momento presente nos produce, sobre toda medida, un enorme raudal de gloria eterna» (2 Cor 4, 17-18).

NOTAS

¹ S. JUAN DE LA CRUZ, *Máximas*, edit. Silverio, t. IV, p. 242 (Edic. BAC, Madrid 1950, p. 1290, N. del T.).

² Del Gradual del Común de las Fiestas de la Virgen.

³ *Lc* 2, 48-50. Ver más adelante, pp. 93 y 96.

⁴ *Subida del Monte Carmelo*, libro II, cap. 31; edic. Silverio, t. II, p. 252 (BAC, p. 715).

⁵ *Ecrits spirituels*, edic. Jamet, t. II, p. 426.

⁶ Cfr. *1 Pet* 3, 19-20. Ver más adelante, pp. 77 y 78, notas 21 y 23.

⁷ M. J. LAGRANGE, *Evangile selon St. Marc*, París 1947, p. 427.

⁸ *Io* 17, 9-10. Ver más adelante, p. 174, n. 96.

⁹ *Quaestiones Veteris et Novi Testamenti*, p. 76. Esta obra, atribuida a S. Agustín, hoy se considera apócrifa.

¹⁰ Si no llegaron siquiera a reconocerle como Mesías, entonces es su propia concepción acerca del Mesías lo que les condena. Ver más adelante, p. 188.

¹¹ *Summa Theologiae*, III, q. 47, a. 5: *Si los perseguidores de Cristo le conocieron.*

¹² E. B. ALLO, *Premiere Epitre aux Corinthiens*, París 1934, p. 42.

¹³ *Pensées*, edic. Brunschvicg, n. 515.

¹⁴ OSCAR WILDE : *Ballade de la geole de Reading*:

«For be sins a second time
Wakes a dead soul tu pain,
And draws it from its spotted shroud.
And makes it bleed again, And makes it bleed great gouts of blood
And makes it bleed in vain!»

(Versión castellana, edic. Aguilar, Madrid 1965, p. 863).

¹⁵ *Ibidem*:

«They think a murderer's heart would taint
Each simple seed they sow.
It is not true! God's kindly earth
Is kindlier than men know,
And the red rose would but blow more red
The white rose whiter blow.
Out of his mouth a red, red rose!
Out of his heart a white!
For who can say by what strange way
Christ brings his will tu light...»

¹⁶ M. J. LAGRANGE, *L'Evangile de Jesús-Christ*, París 1928, p. 565.

¹⁷ *Enarrationes in Psalmos*, 34, sermon 2, n. 1 (Edit. BAC, t. XIX, p. 534). Cfr. BOSSUET, *Sermon pour l'Exaltation de la St. Croix*, 14 sept. 1659; *Sermon sur les souffrances*, 10 abril 1661.

¹⁸ BOSSUET, *Sermon pour l'Exaltation...*, edic. Urbain et Levesque, t. III, p. 85.

¹⁹ *Sermon sur les souffrances*, edic. cit., t. IV, p. 70.

²⁰ *S. Th.*, III, q. 52, a. 4, ad 3. La Constitución *Benedictus Deus*, de Benedicto XII, 29 enero 1336, distingue el momento de la visión beatífica, que comenzó después de la pasión y Muerte del Salvador, y el momento de la presencia en los cielos, que comenzó después de la Ascensión; Denz., n. 530.

²¹ «Descendió a los infiernos, resucitó de entre los muertos, y subió a los cielos.» Estas palabras son comentadas también por el IV Conc. de Letran, en 1215: «Descendió en el alma, resucitó en la carne y subió juntamente en una y otra»; Denz., n. 429.

En 1140 el Concilio provincial de Sens había condenado la 18 proposición de Abelardo: «El alma de Cristo no descendió por sí misma a los infiernos, sino solo por potencia»; Denz., n. 385.

²² CAYETANO, *Comment. in Summam*, III, q. 52, a. 2, n. 5. El texto de la Vulgata que cita Cayetano habla de los dolores del infierno».

²³ La distinción es de Sto. Tomás, *S. Th.*, III, 52, 2.

²⁴ CAYETANO, *Comment. in Summam*, I, q. 52, a. 1, nn. 19 y 21. Que los ángeles y las almas separadas digan relación a un lugar, es un tema sin duda secundario en el Tratado de los Novisimos; pero tiene su importancia, ya que nos hace ver la compacta unidad del cosmos.

²⁵ CALDERON DE LA BARCA, *La devocion de la Cruz*, acto 3º, esc. 11.

²⁶ «Sacrificio, dico, actuale e mentale unito insieme, si come a unito el vassello con l'acqua che si presenta al Signore.»

²⁷ *Libro della divina dottrina*, cap. 12, Bari 1912, p. 29. Cfr. Hurtaud, t. I, p. 47.

²⁸ L. PASTOR, *Historia de los Papas*, version cast., t. 18, p. 388.

²⁹ «A los que lloran se les da el Reino de los Cielos en forma de consuelo, porque saben de qué bien les ha privado el pecado y con que males les aflige», *De Sermone Domini in monte*, I, cap. 4, n. 12 (PL 34, 1235).

³⁰ *Dico che queste sono lagrime di fuoco: per questo modo dicevo che lo Spirito santo piagneva*, *Libro della divina dottrina*, cap. 91. Cfr. Hurtaud, t. I, p. 320.

³¹ Es el que, con Pedro y Juan, acompañará al Salvador en la resurrección de la hija de Jairo, en la Transfiguración y en la agonía. Herodes le hizo «morir decapitado» (Act 12, 2). Es el primer Apóstol mártir Su fiesta se celebra el 25 de julio. La Iglesia de España le ha proclamado su Patrono.

³² Es el autor de la Epístola que lleva su nombre y el primer Obispo de Jerusalén. Su fiesta se celebra el 3 de mayo.

³³ M. J. LAGRANGE, *L'Evangile de Jésus-Christ*, Par-is 1928, p. 567.

³⁴ Ver CH. JOURNET, *La Vierge «defaillante» en Notre-Dame des Sept Douleurs*, París 1934, p. 57.

³⁵ En pie estaba la Madre afligida
y llorosa, junto a la Cruz,
donde pendía su Hijo.

³⁶ ¿«Qué quiere decir esta noción de ofensa de Dios?... Si pecco, algo que Dios ha querido y amado ya no será eternamente. Y esto en razón de mi primitiva iniciativa. Soy así causa —anonadante— de una privación respecto de Dios, privación en cuanto al término o al efecto querido (de ningún modo en cuanto al bien de Dios mismo)... El pecado no priva únicamente al universo de una cosa buena, sino que priva a Dios mismo de una cosa que era querida condicionalmente, pero realmente, por Él... La falta moral alcanza al Ser Increado, no en sí mismo, pues es absolutamente invulnerable, pero sí en las cosas, en los efectos que quiere y que ama. Aquí sí puede decirse que Dios es el más vulnerable de los seres. No hay necesidad de flechas envenenadas, de cañones o ametralladoras; basta un invisible movimiento en el corazón de un agente libre para herirle, para privar a su voluntad antecedente de algo aquí en el mundo que ella ha querido y amado toda la eternidad y que ya no será jamasa.» J. MARITAIN, *Neuf leçons sur*

les notions premieres de la Philosophie Morale, París 1951, pp. 174-176 (versión castellana, Buenos Aires, 1966, pp. 214-216).

³⁷ San Agustín relaciona la conversión de Pablo con la oración de Esteban: «Señor, no les imputes este pecado», y, más profundamente, con la oración de Cristo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», *Sermón* 316, n. 3. Ver más adelante p. 71.

³⁸ De una forma más tajante aún: *¿Qué hay de común entre tú y yo?* Es el sentido que prefiere F. M. Braun, *La Mere de Jesús dans l'oeuvre de St. Jean*, en «Rev. Thom», 1950, p. 448.

³⁹ M. OVERNEY, *Evangile selon St. Jean*, Fribourg 1946, p. 17.

⁴⁰ El gran texto de S. Agustín sobre la Mediación de María se lee en otro lugar, en la obra *De sancta virginitate*, cap. 6, n. 6. El Santo Doctor cita las palabras de Jesús: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y, extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: *He aquí mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*». (Mt 12, 48-50). He aquí su comentario:

«Madre de Cristo es toda la Iglesia, porque a sus propios miembros, es decir, a sus fieles, ella los da a luz por la gracia de Dios. Madre de Cristo es también toda alma piadosa, que cumple la voluntad del Padre con ardiente caridad, respecto de aquellos a quienes sigue dando a la luz hasta que en ellos se forme Cristo (Gal 4, 19). María, pues, haciendo la voluntad de Dios, corporalmente es tan sólo Madre de Cristo, pero espiritualmente es hermana y Madre de Dios. Por ello, únicamente esta mujer es Madre y Virgen, no sólo espiritual, sino también corporalmente. Madre espiritual no de nuestra Cabeza, que es el Salvador, toda vez que espiritualmente es ella quien ha nacido de Él, pues cuantos creen en Él, entre los que se cuenta también ella, con razón son llamados hijos del Esposo (Mt 9, 15). Es Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros, porque ella cooperó con su caridad a que nacieran en la Iglesia los fieles, que son miembros de esta Cabeza», o. c., cap. 5, n. 5 y cap. 6, n. 6 (Edit BAC, t. XII, pp. 144-145). Sobre la significación de este texto, cfr. CH. JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné*, t. II, París 1962, p. 414.

⁴¹ CH. JOURNET, *Notre-Dame des Sept Douleurs*, París 1934, p. 33.

⁴² E. MALE, *L'Art religieux au XIII siècle en France*, pp. 231-232.

⁴³ *Stromata*, libro 7, cap. 2; PG 9, 413. Citado por Pio XII en la Encíclica *Mystici Corporis*, AAS 1943, p. 241.

⁴⁴ F. M. BRAUN, *La Mère de Jésus...*, en «Rev. Thom.», 1951, p. 54.

⁴⁵ Art. cit., p. 55.

⁴⁶ F. M. J. DESNOYERS, *Benoit-Joseph Labre*, Lille 1862, t. I, p. 188.

⁴⁷ Edic. Z. Tourneur, n. 297 (París 1938), que corrige una errata de editores anteriores. Cfr. Mt 26, 50: «Amigo, ¿a qué has venido?».

⁴⁸ *Sancta mater, istud agas,
Crucifisci fige plague
Cordi meo valide.*

⁴⁹ Y cuanto haya de partir,
¡oh Cristo!, de esta vida,
concédeme por María,
la victoria conseguir.

⁵⁰ Su comienzo lo sitúa en la hora de tercia. Debe colocarse más bien, siguiendo a S. Juan, en la hora de sexta.

⁵¹ «Todos los años en Jerusalén, el comienzo de abril (y sólo entonces) esta señalado por días muy sombríos, que llamamos corrientemente *sirocos negros*. La atmosfera es abrasadora y plagada de polvo», M. J. LAGRANGE, *Evangile selon St. Marc*, París 1947, p. 432.

⁵² «Era beato e doloroso: perche la carne sosteneva (pena). E la deità pena non poteva patire; neanco l'anima, quanto a la parte di sopra de l'intelleto.» STA. CATALINA DE SIENA. Ver más adelante, p. 177.

-
- ⁵³ *S.Th.* III, q. 46, aa. 7 y 8.
- ⁵⁴ *Subida del Monte Carmelo*, II, cap. 7; edic. Silverio, t. II, pp. 94-95 (BAC, p. 621, n. 9).
- ⁵⁵ El texto bíblico citado pertenece al relato de la resurrección de Lazaro, no al de la agonía de Jesús.
- ⁵⁶ B. Pascal, *Pensées*, edic. Tourneur, n. 297.
- ⁵⁷ *Institución chretienne*, II, cap. 16, nn. 10-12.
- ⁵⁸ Como se ha hecho notar, lo que dice S. Pablo no es que Cristo sea maldito y pecador, sino que fue hecho por nosotros maldición y pecado. Reemplazando el concreto por el abstracto, el Apóstol «no trata de darle al concreto categoría de superlativo, sino de eximir de toda culpabilidad a la persona concreta de Cristo», M. J. LAGRANGE, *Epitre aux Galates*, París 1918, p. 12.
- ⁵⁹ Cfr. Rom 8, 10: «El cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia».
- ⁶⁰ *S. Th.*, I, q. 48, a. 2.
- ⁶¹ J. MARITAIN, *Saint Thomas d'Aquin et le probleme du mal* en su obra *De Bergson a Thomas d'Aquin*, Nueva York 1944, pp. 223-226 (versión castellana). Buenos Aires 1967, pp. 205-207). El mismo autor escribe en *Neuf leçons sur les notions premieres de la Phil. Morale*, París 1951, p. 71 (version castellana, Buenos Aires 1966, pp. 90-91) : «Algunos filósofos, Leibniz por ejemplo, tienden a hacer del orden moral un orden particular simplemente instrumental con respecto al orden universal. Entonces nos dirán que tal o cual mal —ya se trate del pecado o del dolor, que, teniendo en cuenta los datos proporcionados por las tradiciones religiosas y por la teología, es en el orden humano el resultado de una falta original y, por consiguiente, depende de otro orden distinto del simple orden del cosmos—, nos dirán que tal mal cometido o sufrido por un hombre es un mal en relación con el individuo en cuestión, pero que en relación al cosmos es un bien. Conciben el mal moral sobre el patrón del mal físico. Esta manera de justificar la existencia del mal y de responder al problema del mal físico y moral, diciendo que todos los sufrimientos soportados por los agentes libres, por las personas, y también las faltas morales de estos mismos seres libres, son necesarios para el bien y la gloria del cosmos y para que la máquina del mundo marche a la perfection, es la forma de defender la sabiduría divina que usaron los amigos de Job. A estos problemas no es la máquina del mundo la que puede dar una respuesta. La respuesta esta oculta en la gloria de Aquel que ha hecho al mundo y que tomó todo el mal del mundo sobre sí.»
- ⁶² *S. Th.*, III, q. 46, a. 6.
- ⁶³ *Ibidem*, a. 6, ad 4.
- ⁶⁴ *Ibid.* a. 6.
- ⁶⁵ *Ibid.* a. 6, ad 4.
- ⁶⁶ PASCAL, *Pensées*, edic. Brunshvicg n. 553.
- ⁶⁷ *Ibid.*, a. 6.
- ⁶⁸ *Ecrits spirituels*, edic. Jamet, Paris 1930, t. II, p. 382.
- ⁶⁹ *Ibid.*, p. 492.
- ⁷⁰ *Ibid.*, p. 493. Ver anteriormente, pp. 95-96.
- ⁷¹ *Zac* 12, 10: «Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén un espíritu de gracia y de misericordia, y alzarán sus ojos a mí. Y llorarán a aquel a quien traspasaron.»
- ⁷² Sto. Tomás, *S. Th.*, II, q. 18, a. 5.
- ⁷³ J. MARITAIN, *Bienheureux les persécutés*, en *Raison et raisons*, París 1947, pp. 348-349.
- ⁷⁴ *Ibid.*
- ⁷⁵ M. J. LAGRANGE, *L'Evangile de Jésus-Chrst*, París 1928, p. 571.
- ⁷⁶ *S.Th.*, III, q. 7, a. 6.
- ⁷⁷ PASCAL, *Pensées*, edic. Brunshvicg n. 139; edic. Tourneur n. 128.

-
- ⁷⁸ *Super Evang. S. Ioannis lecture*, 19, v. 28 (Marietti, Romae 1952, p. 453, n. 2447).
- ⁷⁹ M. J. LAGRANGE, *Evangile selon St. Luc*, París 1951, p. 585. El pasaje del Talmud, citado por el mismo autor en su *Evangile selon St. Marc*, París 1947, p. 426, alude expresamente al libro de los Proverbios, 31, 6-7: «Dad licores fuertes al moribundo, y vino a los afligidos. Que beba y olvide su desgracia y no se acuerde más de sus penas.»
- ⁸⁰ M. OVERNEY, *Evangile selon St. Matthieu*, Fribourg 1944, p. 246.
- ⁸¹ M. J. LAGRANGE, *L'Evangile de Jesús-Christ*, página 571.
- ⁸² THOMAS MERTON, *La nuit privée d'étoiles*, p. 307.
- ⁸³ *Ibid.*
- ⁸⁴ «Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre los pecados. Por eso Cristo, entrando en este mundo, dijo: No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los aceptaste. Por eso yo dije: Heme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad» (Heb 10, 4-7).
- ⁸⁵ «Aquel día habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia» (Zac 13, 1).
- ⁸⁶ Plugo a Dios «reconciliar por Él todas las cosas consigo mismo, pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col 1, 20).
- ⁸⁷ «Al día siguiente, al salir de Betania, sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera fue a ver si por acaso encontraba en ella alguna cosa. Y acercándose, no encontro en ella más que hojas, porque no era tiempo de higos» (Mc 11, 13). Sobre esto escribe LAGRANGE: «El relato de la higuera es una escena real en cuanto que Jesús buscó fruto y maldijo la higuera. Pero su intención no era satisfacer su hambre; desde el principio pretendía dar una lección a sus discípulos», *Evangile selon St. Marc*, París 1947, p. 299.
- ⁸⁸ *Enarrat. in Psalmos*, 34, sermon 2, n. 4, BAC, t. 19, p. 539.
- ⁸⁹ *Enarrat. in Psalmos*, 61, n. 9 (BAC, t. 20, p. 543).
- ⁹⁰ *Super Evang. S. Ioannis lect.*, 19, v. 28 (Marietti, Romae 1952, pp. 453-454, n. 2447).
- ⁹¹ *Epistolario*, carta 8, edic. Misciatelli, Siena 1913, t. I, p. 34.
- ⁹² «Con la pena corporale si cacciava la pena del desiderio; perocchè vedevo adempito quello che io desideravo», *Carta 16*; edic. cit., I, p. 65.
- ⁹³ *Ecrits spirituels et historiques*, edic. Jamet, París 1930, t. II, p. 310.
- ⁹⁴ *Historia de un alma*, cap. II, n. 13 (version cast., edic. Monte Carmelo, Burgos 1947, p. 304). Un poco antes, la Santa se admira de que Dios no «tenga a menos mendigar un poco de agua de la Samaritana. Tenía sed. Pero al decir *Dame de beber* era el amor de su pobre creatura lo que pedía el Creador del universo. Tenía sed de amor», *Ibid.*, n. 5 (versión cast. cit., página 299).
- ⁹⁵ *Novissima verba*, p. 194 (versión cast. cit., p. 493).
- ⁹⁶ «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que Tú me diste, porque son tuyos» (Io 17, 9). Algunos autores restringen estas palabras a los discípulos inmediatos de Jesús. El sentido sería entonces: Yo ruego ahora por los discípulos, no ruego ahora por el resto del mundo. Cfr. LAGRANGE, *Evangile selon St. Jean*, París 1925, p. 445. Ver más arriba, pp. 14-15.
- ⁹⁷ PASCAL, *Pensées*, edit. Brunshvicg, n. 553.
- ⁹⁸ *Ibid.* Ver mas adelante, p. 232.
- ⁹⁹ *Ps 69* (Vulg. 68), 20-21. Este salmo se recita en los maitines del jueves.
- ¹⁰⁰ CH. JOURNET, *Saint Nicolas de Flue*, Neuchatel-Paris 1947, pp. 55-57.
- ¹⁰¹ *Pensées*, edic. Brunshvicg, n. 515.

-
- ¹⁰² *Meditations sur L'Evangile. La Cene*, 1ª parte, día 30.
- ¹⁰³ *Io* 7, 38. Bossuet prefiere esta lectura: «El que cree en Mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno».
- ¹⁰⁴ *De Sermone Domini in monte*, I, 3, n. 10 (PL 34, 1333).
- ¹⁰⁵ *Adversus Marcionem*, libro 4, cap. 40; PL 2, 461.
- ¹⁰⁶ Sobre el cumplimiento de las profecías mesiánicas en el N. Testamento, puede verse CH. JOURNET, *Destinées d'Israel*, París 1945, pp. 50-95, 285-288, 366-380.
- ¹⁰⁷ Oración Colecta del 5º Domingo desp. de Pentecostés.
- ¹⁰⁸ Sobre la conciliación de la libertad y de la impecabilidad en Cristo, ver R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De Christo Salvatore*, Turín 1945, pp. 324-344.
- ¹⁰⁹ Aunque el Santo dice sobrenatural, esta palabra significa, en este pasaje, extraordinario, milagroso.
- ¹¹⁰ *Subida del Monte Carmelo*, libro 2, c. 22; edic. Silverio, t. II, p. 186 (edic. BAC, Madrid 1950, página 683, n. 7).
- ¹¹¹ Se podría también traducir: «Pero cuando dice que todo esta sometido...»; es decir, cuando el Salmista dice que todo esta sometido. Pero es preferible la primera traducción. Ver E. B. Allo, *Premiere Epitre aux Corinthiens*, París 1934, p. 409.
- ¹¹² Cf r. JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné*, t. II, página 419.
- ¹¹³ *Novissima verba*, p. 190 (vers. cast. cit., p. 490).
- ¹¹⁴ *Ibid.*, p. 68 (vers. cast. cit., p. 413).
- ¹¹⁵ *Apc* 10, 16. En el Apocalipsis el sentido es diferente. El Angel, en pie sobre el mar y la tierra, jura que no habrá dilación entre la trompeta del séptimo Angel y el fin del mundo.
- ¹¹⁶ *Novissima verba*, p. 81 (vers. cast. cit., pp. 420-421). Texto un poco más abreviado en *Historia de un alma*, cap. 12.
- ¹¹⁷ *Novissima verba*, p. 84 (vers. cast. cit., p. 422).
- ¹¹⁸ O. LACOMBE, *Existence de l'homme*, París 1951, página 91.
- ¹¹⁹ «In cruce latebat sola Deitas».
- ¹²⁰ *Purgatorio*, 27, 35: Or vedi, figlio // Tra Beatrice e te é questo muro.
- ¹²¹ Para las otras dos, ver JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné*, I, pp. 74-76.
- ¹²² *Is* 53, 7 según la Vulgata. El texto hebreo dice: «Fue maltratado y Él se resignó y no abrió la boca».
- ¹²³ *Salmo* 16 (15), 10. Este último texto es aducido por S. Pedro y por S. Pablo como un anuncio profético de la Resurrección de Cristo (Act 2, 27; 13, 35).
- ¹²⁴ *Expositio Evang. sec. Lucam*, 23, 46; PL 15, 1835.
- ¹²⁵ *Sermón* 316, n. 3.
- ¹²⁶ *Tratado del amor de Dios*, 7, p. 11; *Oeuvres*, edit. Annecy, t. 5, vol. 2, p. 42 (versión cast. BAC, II, Madrid 1954, pp. 297-8).
- ¹²⁷ *Ibid.*, cap. 13 y 14 (BAC, II, pp. 303-309).
- ¹²⁸ *Llama de amor viva*, seg. redacción; edit. Silverio, t. IV, p. 127 (edit. BAC, p. 1197).
- ¹²⁹ *Novissima verba*, p. 176 (versión cast. cit., página 482: día 11 sep.).
- ¹³⁰ *Ibid.*, p. 195 y 197 (versión cast. cit., p. 494: 30 septiembre).
- ¹³¹ *Ibid.*, p. 61 (versión cast. cit., p. 408: 11 de julio).

¹³² Carta 203; *Lettres de Sainte Therese de l'Enfant Jésus*, Lisieux 1948, p. 392 (versión cast. cit., páginas 631-632).

¹³³ Cfr. *L'Eglise du Verbe Incarné*, II, p. 449. Según la Bula *Munificentissimus Deus*, de 1 nov. 1950, la razón de la Resurrección gloriosa de la Virgen está en el hecho de su Inmaculada Concepción.

¹³⁴ *Le Mystere de la charite de Jeanne d'Arc*, París 1941, pp. 49 y 54.